


Libros del Asteroide 

Ralf Rothmann
Morir en primavera

Traducción de Carles Andreu



Ralf Rothmann

Morir en primavera

Traducción de Carles Andreu

Libros del Asteroide 

Índice

Portada

Morir en primavera

Epílogo

Colofón

Nota biográfica

Primera edición, 2016

Título original: *Im Frühling sterben*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© Suhrkamp Verlag Berlin, 2015.

All rights reserved by and controlled through Suhrkamp Verlag Berlin.

© de la traducción, Carles Andreu, 2016

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: Joven soldado alemán de la segunda guerra mundial. Afueras de Roma, Italia. Fotógrafo desconocido.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-84-9

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

Los padres comieron las uvas agrias
y a los hijos les dio dentera.

EZEQUIEL

El silencio, el rechazo absoluto a hablar, especialmente sobre los muertos, es un vacío que tarde o temprano la vida termina llenando por su cuenta con la verdad. En su día, si le preguntaba a mi padre por qué tenía el pelo tan fuerte, él respondía que era por la guerra. Cada día se frotaban el cuero cabelludo con jugo de abedul, no había nada mejor; no prevenía los piojos, pero olía bien. A un niño le resulta bastante difícil comprender qué relación puede haber entre el jugo de abedul y la guerra y, no

obstante, yo no hacía más preguntas. Sabía que, como sucedía con todo lo relacionado con aquella época, tampoco habría obtenido una respuesta más precisa. Esta se presentó por sí sola décadas más tarde, cuando cayeron en mis manos unas fotografías de tumbas de soldados y vi que, en el frente, la mayoría de cruces estaban hechas con ramas de abedul joven.

Mi padre rara vez sonreía sin que se le avinagrara el semblante. La expresión de su rostro, dominado por sus pómulos fuertes y sus ojos verdes, transmitía melancolía y cansancio. El pelo rubio oscuro repeinado con crema Brisk, para darle forma, la nuca

pulcramente recortada, la barbilla con hoyuelo, siempre bien afeitada, y la distinguida sensualidad de sus labios provocaron, según cuentan algunas historias, el desasosiego de no pocas mujeres. De perfil, su nariz, corta y vagamente respingona, lo hacía parecer más joven de lo que era y, cuando estaba tranquilo, su carácter socarrón y su astuta empatía asomaban en su mirada. Sin embargo, él apenas era consciente de su propio atractivo y, si alguna vez lo hubiera intuido, seguramente no lo habría creído.

Su constante predisposición a echar una mano despertaba la simpatía de los vecinos, y siempre que se hablaba de él

terminaba saliendo la palabra «respetable»; sus colegas de la mina lo llamaban «el hurgador» en tono elogioso y casi nadie se peleaba nunca con él. Solía llevar pantalones de pana, que perdían todo el brillo tras los primeros lavados, y chaquetas del C&A. Sin embargo, los colores, siempre bien elegidos, permitían intuir un instante de reflexión a la hora de comprar la ropa y cierto placer por combinarla con gusto; jamás se habría puesto zapatillas deportivas ni zapatos sucios, calcetines de rizo ni camisas de cuadros. Aunque su porte se resintió del trabajo duro, primero como ordeñador y más tarde

como minero, mi padre era algo que casi no existe: un trabajador elegante.

Pero no tenía amigos, ni los buscaba, y pasó la vida sumido en un silencio que nadie quiso compartir con él, ni siquiera su mujer, que tomaba el café con todo el vecindario y que los sábados se iba a bailar sin él. A pesar de la espalda encorvada, su gravedad permanente le confería una autoridad que intimidaba; su melancolía no era fruto del hastío que provocan el trajín de la vida y el trabajo esclavo, de la pena o de los sueños no realizados. A nadie se le habría ocurrido darle una palmadita en la espalda y decirle: «¡Vamos, Walter, ánimo un poco!». La suya era

la gravedad de alguien que había visto muchas cosas, que sabía de la vida más de lo que era capaz de explicar; sospechaba también que, aunque dispusiera de palabras para expresarlo, no existía redención posible.

Ensombrecido por su pasado, iba en bicicleta a la mina lloviera o nevara, pero más allá de las numerosas lesiones y las fracturas provocadas por las piedras, nunca se puso enfermo, nunca cogió ni un resfriado. No obstante, los casi treinta años bajo tierra, las largas jornadas y los turnos extra sacando carbón con el martillo neumático (sin protección en los oídos, como era costumbre antaño), le provocaron una

sordera que le impedía entender lo que decía la gente, con la única excepción de mi madre. Aún a día de hoy me resulta una incógnita y no sé si lo que le permitía conversar con ella con absoluta naturalidad era la frecuencia de su voz o la forma en que movía los labios. Cuando queríamos decirle algo, todos los demás teníamos que gritar y gesticular, ya que él nunca llevaba audífono; no le gustaba ponérselo porque, al parecer, le producía ruidos y ecos extraños. Eso dificultaba mucho la relación con él, por lo que su soledad se fue acrecentando también dentro de la familia.

Aunque yo siempre tuve la sensación de que aquel silencio sin preguntas, que año tras año se iba volviendo más denso, al menos no lo hacía infeliz. Al final, los achaques fruto de una vida de trabajo terminaron por prejubilarlo, y la vergüenza que eso le provocaba lo convirtió enseguida en un alcohólico que no esperaba mucho más de la vida que el periódico y la última novela de Jerry Cotton que vendían en el quiosco. Cuando en 1987, recién cumplidos los sesenta, el médico le anunció que iba a morir pronto, apenas se mostró conmovido. «Mi cuerpo no lo toca ningún bisturí», anunció ya durante los primeros compases de la

enfermedad, y no dejó ni de fumar ni de beber. Lo más que hizo fue empezar a pedir con cierta frecuencia su plato favorito, patatas salteadas con huevo y espinacas, y decidió esconder el vodka en el sótano, debajo del carbón, para que mi madre no lo encontrara. (Colgado en la pared conservaba todavía el taburete de ordeñar, con la correa de piel y la pata torneada.)

Cuando se jubiló le regalé una libreta, con la esperanza de que me dejara por escrito algunos pasajes de su vida, episodios dignos de mención de la época anterior a mi nacimiento, pero las páginas quedaron prácticamente en blanco. Solo anotó algunas palabras

clave, nombres de lugares extranjeros, y cuando después de la primera hemorragia le pedí que por lo menos me diera más detalles sobre aquellas semanas de la primavera del 45, esbozó un gesto cansado y, con su voz sonora, que parecía retumbar en el vacío de su sordera, me dijo: «¿Para qué? ¿No te lo he contado ya? El escritor eres tú». Entonces se rascó por debajo de la camisa, miró por la ventana y, a media voz, añadió: «Espero que esta mierda termine pronto».

Que no nos oyera hacía que los demás nos volviéramos mudos; mi madre y yo pasamos varios días sentados junto a su lecho de muerte sin

pronunciar ni una sola palabra. La habitación estaba pintada de verde hasta la altura de la cabeza, y encima de la cama había una reproducción de una pintura de Édouard Manet, *Casa en Rueil*. Era un cuadro que siempre me había gustado, y no solo por la aparente levedad, casi musical, de su ejecución, ni por la apacible luz estival que desprende la imagen, aunque no se vea ni un pedazo de cielo: la casa, de tonos ocres, rodeada de árboles, arbustos y flores rojas, y con la entrada flanqueada por dos columnas, guarda cierto parecido con la residencia señorial de la finca del norte de Alemania donde, a principios de los cuarenta, mi padre

aprendió el oficio de ordeñador. Fue también el lugar donde conoció a mi madre y, de niño, pasé allí varias vacaciones felices. Algunos de nuestros parientes aún vivían junto al canal.

Una casa del alma sobre la que ahora caía el sol crepuscular. El marco de plástico crujía con el calor de finales de verano, y mi madre, que se sentaba muy erguida en su silla, con el bolso colgando del brazo como si tan solo hubiera pasado a ver un momento a la muerte, guardaba la botella de agua en la sombra. Impecable como siempre, y con demasiada laca en el pelo, llevaba zapatos de tacón de ante y el vestido azul oscuro de raya diplomática que

había cosido ella misma, y cuando suspiraba quedamente, me llegaba el olor a licor de su aliento.

En los apenas dieciocho años que conviví con mis padres, y también más tarde, durante mis escasas visitas para celebrar las Navidades o algún cumpleaños, casi nunca vi un gesto tierno entre los dos, ni una caricia, ni un abrazo, ni siquiera un beso casual; siempre se hacían los mismos reproches, relacionados con asuntos de la vida cotidiana, o se dedicaban a destrozar el mobiliario, borrachos como cubas. Ahora, en cambio, mi madre apoyó la frente en la de mi padre, cada vez más desorientado, y le acarició la mano

fugazmente, como si se avergonzara de hacer ese gesto delante de su hijo, y él abrió los ojos.

El polvo de carbón acumulado los había alterado ligeramente, pero durante los últimos días parecían inusitadamente grandes y claros; las escleróticas brillaban como si fueran de nácar, y en el verde oscuro del iris se reconocían pigmentos marrones. Mi padre levantó un dedo y dijo:

—¿Lo habéis oído?

Por una vez no era a causa de su sordera: reinaba un silencio absoluto, no llegaba ningún ruido ni a través de la ventana que daba al parque florido de la clínica ni desde el pasillo. El horario de

visitas había terminado, hacía ya rato que habían servido la cena y acababan de recoger los platos. La enfermera del turno de noche ya había hecho la ronda. Mi madre sacudió levemente la cabeza.

—Ay —murmuró—, ya vuelve a estar en la guerra.

No le pregunté cómo lo sabía. Me bastó la intimidación que se insinuaba en su convencimiento para saber que no se equivocaba.

—¡Allí! —exclamó él al poco, y nos miró alternativamente con impotencia y preocupación—. ¡Otra vez! ¿No lo oís?

Sus dedos describían círculos sobre su pecho, arrugando el camisón y

alisándolo de nuevo, mientras tragaba saliva. Entonces apoyó de nuevo la cabeza en la almohada, volvió el rostro hacia la pared y, con los ojos cerrados, dijo:

—¡Cada vez pasan más cerca, demonios! Si supiera de algún lugar adonde pudiéramos ir...

En la Biblia de mis padres, un ejemplar apolillado encuadernado en piel y lleno de vales de descuento del supermercado Schätzlein, hay un verso del Antiguo Testamento subrayado, no con un lápiz, sino seguramente con la uña, y aunque el libro, compuesto en letra gótica

alemana, lleva ya varios años vagando por mis estanterías y mis cajas, la incisión en el papel biblia parece recién hecha. «Cuando labres la tierra, no te volverá a dar su fuerza», dice. «Errante y extranjero serás en la tierra.»

En la oscuridad, lo único que se oía de los animales era el sonido de las mandíbulas al masticar o los golpes que daban en la reja del comedero. A veces, el círculo luminoso de la lámpara de petróleo iluminaba un hocico húmedo, unas fosas nasales sonrosadas por dentro, o proyectaba las sombras de unos cuernos sobre la pared encalada,

donde se elevaban hasta dos pies de altura para desvanecerse de inmediato. Los nidos de las golondrinas, bajo el techo de paja, estaban todavía deshabitados; invisibles en la oscuridad, maullaban ya unas crías de gato.

Un grueso chorro de orín cayó sobre el pavimento, y un aroma dulzón, a maíz y salvado, impregnó la parte posterior del edificio, donde las vacas preñadas aguardaban en cuadras individuales. Inmóviles, con los ojos muy abiertos, observaban al hombre del mono azul, que para ellas no debía de ser más que un punto de luz en movimiento. Solo cuando el joven ordeñador se metió en el cuarto de las

lecheras, una vaca casi blanca —apenas tenía una manchita en el lomo— soltó un mugido y sacudió la cola.

—No te pongas nerviosa, me iré enseguida —murmuró Walter, cerrando la puerta.

Habían dejado los bidones de leche cruda, dos docenas o más, alineados junto a la pared. Por fuera tenían un tono gris apagado, pero los habían limpiado y secado por dentro, y brillaban como un espejo. Las telas de colar la leche, en cambio, estaban tiradas en el suelo, entre los delantales y las botas de goma. El chico chasqueó la lengua con fastidio y colgó la lámpara del gancho. A continuación llenó una tina de latón con

agua, echó un puñado de sosa y sumergió la tela de algodón y punto ancho. Después de colocar varios taburetes de ordeñar en el estante y de cerrar el tapón de rosca de una lata de arena de limpiar, abrió la puerta del patio.

Una bandada de tordos salió volando de un tilo; en la casa señorial aún no había ni una sola luz encendida. *Motte*, el perro viejo de Thamling, dormía en los escalones. Los puntales carbonizados de la torre del reloj se alzaban hacia el cielo color violeta y el desagüe se balanceaba. Habían cubierto con tablones las ventanas rotas, pero el escudo de armas de la finca, un caballo

negro debajo de unas hoces en cruz, seguía tirado en el jardín de enfrente. El pórtico también había quedado dañado y estaba torcido, y el ataque del cazabombardero había revelado que las columnas acanaladas, que recordaban un templo, estaban huecas: tablones enyesados tras los cuales vivían los ratones.

Walter cruzó el patio, pasó por la herrería y abrió la puerta del establo de los terneros. La paja del suelo se arremolinó con la corriente de aire. Walter levantó la lámpara de petróleo y leyó el anuncio del tablón, un comunicado de la oficina de reclutamiento del ejército. A

continuación cerró la ventana, dio unos golpecitos en el depósito de agua y echó un vistazo al comedero de pienso. Bajo el inmenso techo de paja había sitio para más de doscientas cabezas de ganado, pero en aquel momento, justo antes de la primera temporada de celo, apenas había cuarenta. Walter llamó a los animales con un débil silbido y algunos se acercaron a la verja, donde dejaron que les acariciara el lucero y le lamieron los dedos.

Apenas quedaban cerdos en la granja, por lo que los terneros tenían cada vez más salida; casi un tercio del ganado llevaba ya la cruz de tiza en la ijada. Walter echó un balde de salvado

en la artesa, cerró la puerta tras él y cruzó el camino. Junto a la entrada de la vaqueriza, en el antiguo establo para caballos, vivían los refugiados, cada familia en su cuadra; en el silencio del atardecer se oían voces de mujeres y niños, y un acordeón. Aunque tenían prohibido cocinar en el establo, por la ventana enrejada salía humo, y olía a cebolla y a lejía caliente.

Debajo del alero de la vaqueriza había unas cuerdas cargadas de sábanas y pañales, y una racha de viento le lanzó algo sedoso a la cara, unas medias frías. Junto a ellas estaba colgada la camisa fina con bordados que Elisabeth se había puesto el fin de semana anterior.

No se la había querido quitar durante varios días, ni siquiera después de beber ginebra Steinhäger, y no fue hasta que estuvo «rancia», como decía ella, que se la quitó rápidamente por la cabeza y la puso a remojo en el lavamanos de Walter, con cara de asco. En su desnudez le había parecido todavía más delicada, casi infantil, un efecto empañado solo por su vello oscuro, reluciente. Walter acarició el bordado con las yemas de los dedos, pero apenas se hubo inclinado hacia delante para olerla, una voz desde detrás de las sábanas dijo:

—Qué, ¿ya está seca?

La señora Isbahner estaba sentada en las escaleras de la cocina para el ganado, pelando una patata a la luz de una vela. Llevaba mitones, un abrigo ajado y el pelo canoso recogido en un moño. Tenía los labios finos, como sus dos hijas, que vivían con ella en la granja, y cuando pegaba la barbilla al cuello le sobresalía el bocio, una protuberancia pálida y llena de venas varicosas.

—He venido a echar un vistazo a la leche —dijo Walter—. ¿No tiene frío?

La mujer, con un gato dormido en el regazo, asintió con la cabeza.

—Pero el aire aquí es mejor —murmuró mientras quitaba los ojos a una

patata—. A echar un vistazo a la leche, ¿eh? Qué cumplidor. ¿Cómo va a estar, la leche? Será blanca o gris, a lo mejor un poco amarillenta; fría o no tan fría, agria o dulce; con una capa de nata encima o un poco pasada. Desde Adán y Eva la leche es leche, no hace falta que nadie le eche un vistazo. —Arrojó la patata al barreño y le sonrió de tal forma que se le movió la dentadura postiza—. No nos dedicamos a robar, chiquillo. Nos apañamos con lo que tenemos. Somos refugiados, no ladrones.

Walter pestañeó, desconcertado.

—Nadie ha dicho eso, que yo sepa.

Pero Thamling todavía está en Malente y

yo tengo que encargarme de la ronda nocturna. ¿Está Liesel?

—El viejo zorro... —dijo ella, chascando la lengua—. ¿Otra vez en Malente? Me gustaría saber por qué anda siempre por ahí. ¿Persiguiendo faldas? Y, mientras tanto, su mujer enferma en la cama...

Walter sacó la llave.

—No, no, es por los tractores. Se llevaron tres, pero en la lista solo constaban dos. Ha ido a presentar una queja.

La mujer meneó la cabeza.

—Ay, Dios, para lo que le va a servir... Yo ya he perdido la cuenta de las quejas que he presentado por la casa.

¡No hay manera! Esperemos que no lo retengan allí mismo y lo manden al frente. Cuando te quitan algo ya no te lo devuelven; ahora arramplan con todo. Los rusos ya están en el Oder y quién sabe si pronto llegarán a Berlín, ¿no lo has oído?

—No —repuso Walter, y se rascó la nuca—. Yo soy ordeñador, no sé nada de política. Además, aquí nadie sintoniza las emisoras enemigas.

La señora Isbahner entrecerró los ojos.

—¿Insinúas que yo sí? Me lo ha dicho un pajarito. Los pobrecitos están como locos con la primavera. ¡La de cosas que ven! Se ponen aquí, a mi lado,

y me hablan de nuestra hermosa Prusia Occidental, donde crecía el mejor maíz. Horneabas el pan, lo metías en el arcón de madera de roble, lo comías día sí y día también, y a final de mes todavía estaba crujiente.

Walter metió la llave en el cerrojo. Desde que habían bombardeado la central eléctrica de Neumünster tenían que enfriar la leche, el queso fresco y la mantequilla como se hacía cien años antes: desviando con la ayuda de presas el curso del arroyo a través de los edificios de ladrillo y metiendo los bidones y las tinas en la corriente de agua. Un par de compuertas de madera cubiertas de moho situadas a un lado y

otro de la que sería permitían regular el nivel del canal. Después de reducirlo un poco, Walter levantó la lámpara y comprobó los barriles de la mantequilla. Aquí y allí faltaba algo de nata y debajo asomaba la leche magra, azulada. Walter anotó su nombre y la hora en el tablero de la pared y salió al frío exterior.

Detrás de los árboles del camino asomaba ya la luna, grande y redonda, de color anaranjado. La señora Isbahner ya no estaba en la escalera, y aunque la puerta de la cocina había quedado abierta, Walter dio unos golpecitos en el marco. Aún olía al pienso de los cerdos que hasta hacía poco se preparaba en aquella cocina, un aroma avinagrado a

piel de zanahoria y patata que impregnaba también la ropa de Elisabeth. Había colchones y jergones alineados junto a las paredes oscuras y enmohecidas. La madre estaba junto al horno, removiendo un cazo.

—A ver —dijo, sin ni siquiera volverse—. ¿Qué quiere ahora nuestro Walter?

Fumaba su pipa corta, con el tallo de ámbar. Walter dio un paso, entró en la cocina y enderezó la imagen que había sobre el trincherero: un ángel de la guarda que guiaba a dos niños por un puente de aspecto quebradizo.

—Solo quería saber si... Bueno... —Walter tragó saliva—. ¿Me puedo

llevar a Liesel al canal esta noche? Los del Reichsnährstand* han donado un barril y va a tocar una banda nueva, de ocho músicos. Son todos ciegos y lisiados de guerra, pero tocan bien. Y se me ha ocurrido que, como le gusta tanto bailar... También la acompañaré de vuelta.

La madera menuda del fuego crepitó y la señora Isbahner añadió un leño. A continuación echó una pizca de sal al cazo.

—Eso se lo tendrás que preguntar a ella, jovencito. Ya tiene casi diecisiete años, fuma como una chimenea y va y viene como los gitanos; yo ya me he rendido. —Levantó el cucharón de

madera y probó la sopa—. Da igual que la muelas a palos, ella sigue igual de insolente que siempre. Aunque, como se quede embarazada, montará un drama y yo volveré a ser su querida mamá, claro. —La mujer lo miró, con el ceño fruncido—. Dime, ¿qué pasó el otro día detrás del establo? ¿Por qué te echó el agua de la matanza en los pies? Estaba caliente, ¿no?

El gato gris atigrado saltó de la mesa. Walter asintió y movió los dedos de los pies dentro de las botas; a pesar del ungüento, aún le dolían.

—Sí, casi ardiendo... Dijo que no me quería. Bueno, en realidad se lo dijo a sus amigas, a Ortrud y a Hedwig, por

encima del hombro: «Ya no lo quiero». Y zas, vertió el cuenco entero. ¡Y eso que yo iba descalzo, porque acababa de pisar la carne picada! Por suerte, Thamling tenía vendas...

La señora Isbahner dio una calada a su pipa y expulsó el humo por la nariz para que él no viera que sonreía.

—Bueno, a veces las mujeres dicen esas cosas según la luna. No es necesariamente una mala señal. En cualquier caso, no te considera un perverso, conozco a mi mocosa como si la hubiera parido... Regálale algo bien bonito, dale muchas vueltas en el baile y todo irá bien. Apartó la cortinita del trincherero, sacó algo de nata de una

tinaja y la echó a la sopa, lanzando una mirada furtiva hacia la puerta.

—¿Tú qué crees que va a pasar? — preguntó en voz baja, casi con miedo—. ¿Se os llevarán pronto, como a los demás? ¡Todavía sois tan niños, tú y Fiete! No sabéis nada de la vida. Dejo que te enredes con mi Elisabeth, porque eres guapo y pareces honrado, y al final de la guerra le devolverán un inválido.

La mujer tenía lágrimas en los ojos, pero Walter rio entre dientes.

—¡Ya casi tengo dieciocho años! —dijo, irguiéndose un poco más—. Pero no les sirvo, señora Isbahner. No me quisieron ni en las Juventudes Hitlerianas, por la bizquera. Además,

aquí somos importantes, indispensables. Alguien tiene que ordeñar las vacas y traer los terneros al mundo. Como le gusta decir a Thamling, no hay guerra sin leche. —Se acercó al horno y echó un vistazo al cazo: alubias blancas—. Los americanos siguen avanzando sin parar, se ve que ya están en la frontera holandesa. Esperemos que lleguen a la granja antes que los rusos.

—Vaya, vaya —dijo la señora Isbahner, sonriendo de nuevo—. ¿Quién es el que escucha emisoras enemigas, ahora? Ándate con ojo, chiquillo, que les cuesta muy poco hacerle el lazo a la sogá. —Acarició el lomo del gato y le ofreció la cuchara—. Y ahora déjame

trabajar, anda. Liesel ya andará por el Fährhof, supongo. La ha pasado a recoger Kobluhn, el tipo del aserradero, con su moto. A ella y a las otras chicas. ¡Supongo que les parecerá muy elegante, con su uniforme! En Danzig también los había, es como si todavía estuviéramos en la Prusia Occidental. —Dio una calada a la pipa y echó un vistazo al ángel de la guarda—. ¿Qué interés puede tener el Nährstand en regalaros cerveza?

Walter se encogió de hombros y se despidió. Atravesó el parque bajo la penumbra de las coníferas. La gravilla del camino, helada por el rocío del atardecer, crujía débilmente; pasó un

grupo de venados, casi sin hacer ruido. En las ventanas traseras de la casa señorial tampoco brillaba ninguna luz, en la terraza había una montaña de piñas y la puerta de la cocina —Walter golpeó escépticamente con la aldaba— estaba cerrada. Levantó la lámpara y, a través de la ventana con adornos de cristal mate, echó un vistazo a la mesa, sobre la que había un pimentero. Después cruzó el patio maldiciendo entre dientes.

Desde el ataque aéreo, había que usar una escalera de mano para acceder a los cuartos de los ordeñadores, situados encima de las vaquerizas; los restos astillados de la escalera exterior estaban amontonados junto al estiércol.

Allí arriba había diez habitaciones, separadas apenas por una talanquera; muy pocas tenían puerta y menos aún ventanas, que en realidad eran claraboyas de pared. Había zapatos cubiertos de polvo de heno al lado de las camas, libros y periódicos encima de las sillas, en las paredes colgaban retratos familiares y fotos de Marika Rökk y Magda Schneider. Pero la mayoría de labradores que habían vivido allí ya llevaban mucho tiempo muertos. Encima de una de las almohadas a cuadros había una cartilla militar, en otra una cruz de Stalingrado de plata. Walter la había sopesado en

una ocasión y le había parecido decepcionantemente ligera.

Aunque las estrechas habitaciones, equipadas con una cama, una silla y un lavamanos esmaltado, no tenían calefacción, se mantenían siempre calientes gracias a los animales que vivían debajo. Walter se quitó el traje de faena, abrió el grifo y se lavó con un jabón de lavanda que le había enviado su madre. A continuación se pasó la mano por el mentón y las mejillas, colocó una nueva hoja de afeitar en la maquinilla y se pulió las callosidades de las manos.

Se puso los pantalones de pana inglesa y sacó una camisa limpia del

armario. No estaba planchada, pero por lo menos era blanca. Se dejó el cuello abierto y se puso una chaqueta de lana gruesa, con dos hileras de botones. Se chafó el pelo (el barbero de Sehested siempre le decía que lo suyo no eran cabellos, sino clavos) con un poco de grasa de la leche, que utilizó también para sacar lustre a las botas. Finalmente cogió algo de dinero de la caja de latón con un moro grabado en la tapa y volvió a bajar por la escalera de mano deslizándose por los peldaños. Sacó la bicicleta del corral vacío donde en su día estuvo el toro y condujo sin luz hacia el canal.

En los campos, los primeros brotes de la siembra de primavera brillaban como cristales bajo la luna, que aún no había llegado a lo más alto. Pasaron varios cazabombarderos, una pequeña escuadrilla que se dirigía hacia Kiel; se podía distinguir a los pilotos en las cabinas. Junto al camino, en un campo delimitado con estacas, había un rebaño de ovejas lanudas, bestias esponjosas, reunidas alrededor de una pila de heno. Un collie escocés salió disparado de debajo de la carreta del pastor, pero no saltó el canal. Lo siguió sin hacer ruido hasta llegar al bosque, su pelaje agitándose con cada paso, y regresó a su

puesto con idéntico orgullo y sigilo. Entre las hayas altas, la luz de la luna tenía un aspecto brumoso y las cáscaras de bellota que cubrían el camino crujían bajo los neumáticos.

La música que llegaba desde el Fährhof salía de un fonógrafo o de la radio; Walter reconoció la voz de Hans Albers. Por lo menos el local, construido en pleno talud y rodeado de oscuridad, disponía de electricidad: Sybel Jahnsen, tabernero y balsero, había convertido fácilmente el motor de su barca en un generador. La fachada quedaba oculta bajo unas redes de camuflaje y había una camioneta Hanomag con un baldaquín hecho con

troncos de abetos encima y dos Mercedes 170 cubiertos de polvo, todos ellos con el logo de las SS en la matrícula. Los faros estaban embozados.

Walter dejó la bicicleta apoyada en el sidecar de la Zündapp de Kobluhn y volvió a pasarse los dedos por el pelo antes de abrir la puerta. Un humo espeso cubría la barra y el viejo mascarón de proa, una figura de una diosa malvada con un vestido dorado, y las voces que cantaban, las carcajadas y el tintinear de vasos se perdieron a sus espaldas, más allá del agua. La novia de Fiete, Ortrud, servía cerveza junto a su madre, y con un gesto lo invitó a entrar en la sala. Parecía feliz, a pesar del aborto que

había sufrido tres semanas antes, y el rostro sudoroso daba a su sonrisa un aspecto todavía más reluciente. Nadie se pintaba los labios tan rojos como ella. «*Davon geht die Welt nicht unter*», retumbaban los altavoces de la radio Volksempfänger de la pared: «Todavía no se acabó el mundo». Junto al aparato colgaba el estandarte del Reichsnährstand, con la espada y la espiga. Con cigarrillos y vasitos de aguardiente en la mano, los soldados sin boina se mezclaban con los clientes y conversaban de forma animada y afable. Eran altos cargos de las Waffen-SS, vestidos de pulcro gris de campaña y con las botas enceradas, y mientras se

dirigía hacia la puerta de la sala, a Walter le llegó el olor de la pomada que un Scharführer se había puesto en el pelo. Llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo y una ancha cicatriz le cubría la mitad izquierda del rostro. El ojo le lagrimeaba. Había cascos colgando de los percheros. Elisabeth estaba sentada en el banco de la ventana, junto al escenario. El vestido verde oscuro de cuello alto que le había regalado la señora Thamling le confería un aspecto nada juvenil; además, iba muy maquillada y tenía la espalda muy erguida. Llevaba los rizos de pelo negro recogidos con una diadema de nácar, había apurado con el delineador hasta un

poco más allá del rabillo del ojo y era evidente que había cogido prestado el pintalabios de Ortud. Llevaba el vestido de seda con las mismas botas de goma con las que había huido de Danzig (no tenía otros zapatos), y cuando Walter la saludó con la mano, ella levantó la barbilla y miró hacia otro lado, como si estuviera esperando a otra persona, pero acto seguido le sacó la punta de la lengua.

Encima del escenario había un cartel que decía: «¡Lucharemos hasta la victoria! ¡Antes muertos que esclavos!». En ese momento, los demás también se percataron de su presencia. Hedwig, que estaba sentada junto a Elisabeth, levantó

los brazos y le hizo gestos con las dos manos. Fiete, que se tambaleaba pese a estar sentado, le dirigió una sonrisita irónica mientras se liaba un cigarrillo. Todavía llevaba el traje de ordeñar (zapatos con calcañar de acero, pantalones anchos de dril, un jersey azul apolillado) y tenía las manos sucias.

—Ahí viene nuestro capataz —dijo arrastrando las palabras—. *Sieg heil*, camarada. ¡Por la litrona final!

Hedwig, la hermana de Ortrud y ama de llaves de la residencia Thamling, le clavó el codo en las costillas y Walter sacudió la cabeza.

—Pero ¿tú has visto la pinta que tienes? —le preguntó, quitándole una

brizna de paja del pelo rubio y colocándole bien el cuello del jersey—. ¿No podrías por lo menos lavarte, peinarte y ponerte algo presentable? ¿Y qué haces borracho tan temprano?

Fiete cruzó las piernas y dio una calada al cigarrillo, que le había quedado demasiado suelto. Tenía saliva seca en las comisuras de los labios, como de costumbre, y si cerraba los ojos, rodeados por unas oscuras ojeras, parecía una chica: rostro estrecho, tez lampiña y pestañas largas y curvas.

—Saludos, mi Führer: no tengo ropa presentable, no la he tenido nunca. Además, estamos en un establo, ¿no?

Por lo menos es a lo que huele. Yo solo veo ganado de las SS.

Entonces fue Walter quien le pegó un puntapié.

—¿Quieres que te maten, idiota? —dijo entre dientes—. En lugar de andar siempre soltando discursos, podrías trabajar un poco mejor. ¿Qué pintan un delantal y unas botas llenas de mierda en el cuarto de la leche? No has aclarado los paños de colar, te has dejado los taburetes tirados de cualquier manera y a los terneros les daba de lleno una corriente de aire. En cuanto desaparece el viejo, lo tienes todo manga por hombro. Tu habitación también parece una pocilga. Como te caiga otra

advertencia, lo llevas claro; ya te puedes ir olvidando del examen oficial.

—Uy, sí —dijo Fiete, y dejó caer la ceniza sacudiendo el cigarrillo en el borde de una maceta—. Acaba de hablar el gran jefe Ata. Todo tiene que estar siempre como una patena. —Se sacó una botella de Dreistern del bolsillo del pantalón y bebió un trago—. ¡Pero es que trabajamos con las mujeres de los refugiados, maldita sea! No distinguen la parte delantera de una vaca de la parte trasera. Serían capaces de ordeñar un palo de escoba. Tengo que explicarles cómo funciona todo, y eso lleva tiempo: apartar la nata con cuidado; no tirar de las ubres, sino apretar; no parar antes de

tiempo, sino exprimir la bestia al máximo. Y luego no olvidarse de volver a vestirse... —dijo, ofreciéndole la botella a Elisabeth—. ¿Verdad, pequeña?

La chica hizo una mueca y se tocó la frente con un dedo.

—Fiete, eres un cochino y un ordinario —le dijo—. No me extraña que te echaran del instituto.

Dicho esto, bebió un trago de aguardiente, se sacudió y le pasó la botella a su amiga.

—No —añadió Hedwig, limpiando el cuello con la palma de la mano—, un cochino no, un cerdo, con todas las

letras. ¿Y de dónde has sacado este alpiste, granuja? ¿De mi cocina?

Fiete se reclinó en el crucero de la ventana y soltó una bocanada de humo, pero no dijo nada.

—Seguramente lo ha conseguido a cambio de la nata —dijo Walter—. ¿Qué más da si luego no podemos hacer mantequilla? Solo nos acusarán de atentar contra nuestra potencia militar. ¿Qué son unos años en un campo?... ¿Y tú? ¿Dónde estabas esta tarde? ¿No se suponía que me ibas a preparar la cena?

Hedwig, que llevaba el pelo castaño recogido en dos trenzas que le llegaban hasta los hombros, abrió mucho los ojos.

—¡Pero qué dices, si te la he preparado! —exclamó en tono ofendido, irguiendo la espalda—. ¿Se puede saber qué mosca te ha picado hoy? Un emparedado de jamón, pepinillos en conserva y huevo. ¡Incluso he añadido un poco de compota! ¡Lo he dejado en la despensa!

Llevaba una falda larga plisada y su camisa de la Liga de Jóvenes Alemanas, sin corbatín. Walter señaló la cadena con las llaves que llevaba colgando en el escote.

—Ya, pero no he podido entrar en la cocina —dijo.

La muchacha ahogó un grito y se llevó una mano a la boca, pero detrás de

los dedos asomaba una sonrisa.

—¡Mil disculpas, Ata! Lo siento muchísimo. ¡Mañana te volveré a preparar tu plato favorito, te lo prometo! Hoy tómate una lata de espinacas.

En ese momento, Kobluhn, su prometido, llegó desde la bodega con una bandeja de jarras de cerveza recién servidas y la dejó en el alféizar de la ventana. También él llevaba el uniforme de campaña de las Waffen-SS, con la estrella en el cuello y el distintivo negro de los heridos de guerra sobre el pecho.

—¡Que viva el Reichsnährstand! — dijo, y le dio una palmada en el hombro a Walter. Se conocían de la cuenca del Ruhr, habían sido vecinos en Essen-

Borbeck. Al terminar la escuela primaria, los dos habían querido hacerse mineros, como casi todos los de la clase; pero la mayoría de minas habían cerrado a causa de los ataques aéreos y la oficina de trabajo los había enviado al norte—. ¿Cómo te va, amigo? ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Has sabido algo más del viejo Urban?

Walter cogió una cerveza.

—No, nada nuevo. Desde que lo trasladaron, no hemos recibido más correspondencia; o por lo menos eso es lo que dice mi madre. ¿Qué hacéis aquí, tú y tus camaradas? ¿No tendríais que estar en el frente?

Ernst, que había terminado de contable en un aserradero, se había presentado voluntario hacía un año. Riendo, se llevó la mano a la pistolera de cuero lustrado.

—¡Y ahí es donde estamos, Ata, ahí es donde estamos! Tal como están las cosas, ya no tiene sentido hablar de retaguardia. ¡El frente está en todas partes!

Walter asintió en silencio y se volvió hacia el escenario, donde los músicos, vestidos también de uniforme, habían empezado a ocupar sus puestos; algunos dejaron muletas y bastones en el suelo antes de coger los instrumentos.

Fiete cerró la botella de Dreistern y exclamó:

—¡Saludos, gran guerrero! ¿Nos traes más serpentinas? ¿Son ciertos los rumores de que te han disparado en un huevo?

Elisabeth lo pellizcó en el brazo, pero Ernst no se inmutó.

—Pues no van del todo desencaminados, la verdad. Fue un tiro rebotado, durante una acción de castigo. Les ha pasado incluso a generales, Imi. A veces a uno se le olvida quitarle el cinturón a los caídos y de pronto una bala rebota en una hebilla. Pero si quieres saber los detalles, ha cicatrizado a la perfección y funciona de maravilla.

Si no, pregúntaselo a tu cuñada —añadió, guiñándole un ojo a Hedwig.

Esta abrió mucho la boca y levantó la mano con gesto histriónico, como si fuera a soltarle un bofetón. Pero Fiete, apagando el cigarrillo en el alféizar, siguió a lo suyo.

—O sea, que te has disparado a ti mismo en un huevo... Y, por cierto, ¿qué es una «acción de castigo»? —preguntó, ignorando la mirada de Walter—. ¿Habéis liquidado a alguien? ¿Civiles?

—Muy gracioso, ¿no? —le soltó Ernst, y se lo quedó mirando con expresión de menosprecio—. ¿Qué te crees, que la gente va al frente a tomar café? Los partisanos nos habían causado

bajas, así que entramos en sus pueblos y diezmamos sus familias y su ganado. Granadas en los establos y ¡bum! Todavía oigo los bramidos de los caballos, fue insoportable. Pero así es la guerra, el trabajo más duro que uno se pueda imaginar.

Fiete gruño y sacó un pañuelo, un harapo arrugado. —Granadas en los establos, diezmar familias... —murmuró mientras intentaba despegar la tela—. Ay, pobre soldadito de plomo, ¿qué sabrás tú? ¿Alguna vez has ayudado a una vaca a alumbrar un ternero? ¿Sabes lo que es cuando le dan cólicos porque tiene el útero torcido? ¿O cuando tiene la pelvis demasiado estrecha y la cría no

quiere salir? Se te desencajan las articulaciones y te estallan las venas de los ojos. Traer un ser vivo al mundo, eso sí que es el trabajo más duro que hay. Matar y destruir lo puede hacer cualquier idiota —dijo, y luego se sonó—. Pero, bueno —añadió, menos exaltado—, que conste que no quería ofenderte. También hay idiotas inteligentes.

Ernst se puso pálido y apretó los dientes. Le temblaban las mejillas.

—¡Fiete! —exclamó Hedwig, con voz súbitamente aguda. Enarcó las cejas maquilladas en punta y su mirada asustada osciló entre él y su novio—. ¡Estás como una cuba, granuja! ¡¿Cómo

puedes hablar así?! —Con gesto apresurado, cogió dos cervezas de encima de la bandeja y le ofreció una a cada uno; le temblaban las manos—. A partir de ahora os vais a portar bien los dos, ¿estamos? ¡Quiero paz en la familia!

Pero el aprendiz de ordeñador ignoró la jarra y volvió a guardarse el pañuelo.

—Pues no haber pescado a uno de estos —murmuró. Bajó del alféizar de la ventana y se abrió paso a través de la sala, camino del aseo; la botella de Dreistern se le bamboleaba dentro del pantalón.

Justo en ese momento se oyó un redoble de batería y el trompeta, un hombre con un solo brazo, dio un toque de alerta, la señal de que iba a empezar el baile. En algún lugar se escuchó un ladrido, y los parroquianos, en su mayoría mujeres y viejos, formaron parejas y se abrazaron mirándose a los ojos. Algunos llevaban el ritmo contando en voz alta o con la punta del pie, y en cuanto la banda se puso a tocar, las parejas llenaron la pista girando sobre sí mismas. La aglomeración, que olía a sudor, aguardiente y agua de rosas, engulló a Hedwig y Ernst, y en ella el pelo rubio de Fiete se volvió invisible. —*Ein Freund, ein guter*

Freund... *

Elisabeth, con las dos manos apoyadas en el alféizar de la ventana, balanceaba las piernas canturreando la canción, al tiempo que evitaba mirar a Walter. Saludó a un conocido y amenazó con un dedo a su hermana pequeña, que bailaba demasiado pegada a un miliciano. —¿Qué pasa, Embobadowski? —dijo por la comisura de la boca—. ¿Es la primera vez que ves un vestido de seda? ¿Piensas sacarme a bailar o no?

Se había teñido las sienes, donde tenía el pelo ralo, con carbón o con un tapón de corcho quemado. Walter dio un sorbito de su cerveza sin espuma.

—No, no puedo bailar —repuso—. Tengo los pies escaldados, por si se te ha olvidado. Cada paso es una tortura. ¿Por qué no viniste ayer por la noche? Me podrías haber puesto pomada.

Elisabeth no contestó, por lo menos no a las claras. Irguió levemente la espalda, levantó la barbilla y recorrió la sala con la mirada; se cubrió el labio superior con el inferior y se rascó el cuello con el dedo meñique.

—Bueno, como quieras —dijo al final—. Los lloricas tampoco son mi tipo. Ya encontraré a alguien.

Se oyó con claridad cómo, al bajar del alféizar de un salto, le salía aire de dentro de las botas. Dio unos pasos

hacia donde se encontraban los soldados e, inmediatamente, Mark Hunstein, el orondo Ortsbauernführer, el líder de los campesinos, le dio un cigarrillo y un vaso de aguardiente. Se inclinó y le dijo algo al oído y, cuando Elisabeth se rio, Walter constató una vez más que en realidad no era hermosa. Tenía los dientes torcidos y grises, la nariz demasiado larga, los pechos diminutos y las caderas casi inexistentes; pero era mirarla y uno tenía la sensación de notar la tersura de su piel debajo de los dedos. Además, había en ella algo resplandeciente, tal vez a causa de su impertinencia, una energía muy peculiar que provenía no tanto de sus ojos,

pequeños y de mirada ligeramente asustada, como del brillo de sus cejas negras. A veces Walter pensaba que tenía algo de gitana.

La banda tocaba ahora *Das kann doch einen Seemann nicht erschüttern!** y el trompeta cantaba. Walter se abrió paso entre las parejitas hasta la puerta con ojo de buey de la cocina, y ya tenía el pomo en la mano cuando alguien le dio una palmada en la espalda. Klaas Thamling, con la tez colorada y los labios agrietados, llevaba el abrigo de piel con el emblema del partido en la solapa.

—Oye, ¿no estarás pensando en desertar, verdad? —dijo, y se peinó el pelo ralo hacia atrás. Debajo de las ojeras aún se le veían las marcas de las gafas de motorista—. ¿Adónde vas? ¿Todo bien?

Walter asintió con la cabeza.

—Sí, no hay ninguna novedad reseñable. Se nos está terminando el petróleo y los bloques de sal. Y seguramente *Blanke* va a dar a luz pronto. Ya se le ve la bolsa amniótica.

El viejo se aflojó la corbata.

—Muy bien. Filetes para celebrar la victoria final. ¿Y cómo andamos de leche?

—Seiscientos litros justitos. Ya han recogido la mayoría, sin recibo. ¿Ha podido recuperar el tractor?

El capataz meneó la cabeza y señaló la cruz gamada de la solapa. La insignia pertenecía al propietario de la finca, el general de la Wehrmacht Van Cleef, que había caído durante los primeros compases de la guerra; Thamling, que no era miembro del partido, la usaba a veces cuando tenía que tratar con las autoridades.

—El talismán no ha servido de nada, jovencito. Supongo que a estas alturas se quitarían de encima incluso al Führer. Nos quieren dar caballos, no sé qué jamelgos polacos de reserva. Antes

segaremos otra vez con guadaña —dijo, y sacó la pitillera—. Bueno, me voy a fumar un cigarrillo y a lamerle el culo al gznápiro del Reichsnährstand, por lo del cupo de mantequilla y todo eso. Vigila a tus colegas y no te vayas a dormir tarde, ¿me oyes? A las cuatro y media quiero ver luz en los establos. A las siete pasan a buscar las reses de matanza. —Conforme —repuso Walter, abriendo la puerta. Los Jahnsen tenían redes de pescar por todas partes y siempre había una anguila o una platija en la sartén. La cocina olía a tocino frito. Dentro había varios hombres uniformados, veinte o más, comiendo ensalada de patata de sus platos.

Apoyados en la pared había fusiles y metralletas, algunos con bayoneta, y en un taburete delante del pasaplatos, estaba sentado un oficial.

Llevaba el lazo rojo de la Cruz de Hierro en el ojal y removía el contenido de una taza. Walter levantó la mano haciendo el saludo hitleriano, aunque con el brazo encogido por la falta de espacio. Después echó un vistazo a través del pasaplatos, dejó un marco encima del mostrador y dijo:

—¿Me das un bocadillo de pescado, Sybel? No he cenado todavía.

La música de la sala enmudeció, se oyó ruido de mesas y sillas, y el Truppenführer, en cuyos galones ponía

«Frundsberg», el nombre de la división, se lo quedó mirando de pies a cabeza. Bebió un trago y se lamió los labios.

—Un ejemplar ideal para el Leibstandarte* —dijo—. ¿Te conozco, camarada? ¿Nos hemos visto antes?

En la otra sala alguien había empezado a soltar un discurso, se oían voces exaltadas. Walter se encogió de hombros.

—No sé... —respondió—. De antes, tal vez; de la sala. Trabajo aquí en la granja, como ordeñador.

El oficial utilizó la cucharilla para apartarse de los ojos la visera de la gorra, que era de fibra vulcanizada. —

¿Como qué? ¿Y cómo es eso? ¿Quién lucha por la patria?

Walter cogió el bocadillo que el tabernero le pasó por encima de la barra, junto con la moneda de la vuelta. Era de dos pisos, con mucha mantequilla y anguila ahumada. Walter le pegó un mordisco y, con la boca llena, dijo:

—Solo tengo diecisiete años. Y nuestro trabajo aquí es importante para la guerra.

Cerca de allí alguien aplaudió. El oficial se rio con una carcajada burlona y se desabotonó el puño derecho. Se quitó los guantes con los dientes y, una vez que se hubo encendido un cigarrillo, dejó caer la cerilla al suelo, donde

siguió ardiendo. Pero Walter no se atrevió a apagar la llama.

—Importante para la guerra... —gruñó el oficial—. ¡Lo que hay que oír! Joven y sano, y con la excusa de la leche se esconde en la retaguardia. ¿No tenéis mujeres que puedan hacer eso? —Dio otro sorbo a su té y señaló hacia la sala con un dedo—. Anda, sal ahí afuera, chaval, y entérate de lo que es verdaderamente importante para la guerra.

Walter asintió, dio otro mordisco al bocadillo y salió sin despedirse. Los galones plateados y las calaveras bordadas de las gorras de los soldados desprendían un brillo mate, y aunque no

había casi ninguno que fuera tan alto ni tan fuerte como él, todos parecían mirarlo por encima del hombro y apartarse a regañadientes para dejarle paso. Se chocó con fundas de pistola y cartucheras, e incluso pisó a un soldado; la iluminación era escasa.

Los músicos habían dejado los instrumentos a un lado y la gente estaba sentada a las mesas o en los bancos dispuestos a lo largo de las paredes. Walter se terminó el bocadillo de anguila y cerró la puerta de la cocina. Elisabeth hacía girar una flor de papel entre los dedos mientras, como todos los demás, parecía escuchar al orador, el oficial de la cicatriz en el rostro y el

brazo en cabestrillo. Sin embargo, el mentón duro de la muchacha parecía ahora algo más relajado, y eso le confería un aspecto dulce y elegante. Walter quiso sentarse a su lado, pero un miembro de las SS le cerró el paso; era un tipo de hombros anchos, con el puñal de honor de las SS en el cinto.

—Hacia delante, camarada —le espetó—. ¡Haz el favor de sentarte delante!

Walter ignoró la rudeza del tono de voz y parpadeó a causa del humo. De la lámpara hecha con cuernos de ciervo todavía colgaban unas serpentinas de las Navidades pasadas, y solo en aquel momento, mientras le cogía la mano al

soldado y la apartaba de su brazo, reparó en la composición del público asistente: aparte del viejo Thamling, al que Ortrud le pasó una cerveza por encima de la barra, vio que, sentados o de pie en el tercio delantero de la sala, estaban todos los hombres de los alrededores, también los ancianos, los milicianos lisiados que habían vuelto a casa, los aprendices de las fincas de los alrededores y el canoso Ortsbauernführer. Walter se sacudió la manga con un gesto sobrio y se sentó en el banco, junto a Fiete, que le ofreció su cerveza.

—... ¡pero mantuvimos la posición! —dijo el oficial desde el

escenario, esbozando un gesto con las manos como para acallar unos aplausos inexistentes—. Defendimos la posición, y no solo eso, también la fama de las Waffen-SS: cuando el frente está en llamas, nosotros somos la brigada antiincendios. Allí donde vamos, ganamos. Eso lo saben todos. ¿Y por qué somos tan fuertes? ¿Por qué no hay metralla de granada que nos pueda dispersar? —preguntó, y se golpeó con el puño en el pecho—. Porque nuestra actitud y nuestro honor no son conceptos vacíos, son algo más que la cháchara de un moralista con la sangre aguada. Porque cuando nos ponemos una palabra de este calibre en la boca, cuando

decimos «honor», nos referimos a algo tangible, que es bueno para todos y que cada uno de nosotros puede exigir. — Sus guantes de piel tenían las puntas de los dedos manchadas de blanco; se señaló la hebilla redonda del cinto—. Aquí, fundido en metal, pone: «Mi honor es mi lealtad». Lealtad al Führer, al pueblo y a la patria, lealtad a la división y al camarada, por grande que sea el peligro que lo aceche. ¡Y lealtad a la sagrada fe en la victoria!

Durante un instante se hizo silencio. Con las manos sobre el regazo y la cabeza apoyada en la pared, Fiete cerró los ojos y soltó un ronquido.

—Creedme, sé de qué hablo — siguió diciendo el oficial—. Yo estaba casi muerto. Las balas enemigas nos habían hecho caer como las hojas en otoño. Me encontraba debajo de un tanque incendiado, con una esquirra clavada en la axila, y en ese momento podría haber desesperado. Pero no tuve miedo. Sabía que podía contar con la fidelidad de mis camaradas, que, si era necesario, bajarían hasta el infierno para rescatarme. Y así fue, así será siempre, amigos: me sacaron de ahí. Pensamos en las hordas bárbaras, en el peligro bolchevique y en vuestros hijos inocentes, nos sacudimos la inmundicia de los hombros y seguimos adelante,

¡hasta la victoria!

Al pronunciar la última palabra, golpeó con el tacón de la bota en el suelo y levantó el brazo sano, a lo que el Ortsbauernführer y las pocas mujeres que había en la sala respondieron con un «*Heil!*». Al principio se oyeron aplausos titubeantes, pero los soldados de la parte posterior de la sala prorrumpieron en una ovación y al final algunos de los asistentes incluso patearon el suelo. El orador, a quien le caían gotas de sudor de la barbilla, dirigió una mirada fugaz hacia las manos inmóviles de Fiete.

Mark Hunstein bebió un trago de agua y subió al escenario. Los peldaños

crujieron bajo su peso. Llevaba la chaqueta abierta y, bajo los extremos levantados del chaleco, su prominente barriga colgaba sobre la trincheta del pantalón. Llevaba una insignia dorada del partido en el cuello de la camisa y, cada vez que sonreía, enseñaba los dientes y entrecerraba los ojos bajo las cejas castañas, de tal modo que no se le veía el iris. Después de darle la mano al oficial, le acercó los labios a la oreja quemada, que parecía un cangrejo, para decirle algo, y finalmente se dirigió al público.

—¡Gracias!

—exclamó,

aflojándose el nudo de la corbata—.

¡Muchísimas gracias por honrarnos con

su visita, apreciado comandante Frick, Caballero de la Cruz de Hierro, gracias por su impresionante relato! Estoy seguro de que no olvidaremos jamás sus palabras. En esta sala, desde luego, no hay nadie que no sienta admiración y rinda tributo a sus servicios, y solo podemos esperar que nuestras acciones y obras hayan contribuido de un modo u otro a la fuerza de combate de sus hombres. Porque como suele decir mi viejo amigo Thamling, ¡no hay guerra sin leche! —exclamó, dándose una palmada en la panza al tiempo que guiñaba un ojo—. Aunque un trago de licor de comino de vez en cuando tampoco viene mal.

El público se rio, alguien silbó y Mark Hunstein levantó un dedo.

—Ya sé, queridos amigos, que queréis seguir bailando. Queréis pasarlo bien y olvidaros de vuestras preocupaciones, y os lo habéis ganado, tenéis que bailar. Pero dejadme añadir algo más. Corren tiempos difíciles, tiempos de privaciones, pero todos hemos oído al camarada Frick: los hay que sufren más que nosotros, sufren privaciones más dolorosas, así que no dudaremos en respaldarlos. ¡Qué mezquinos seríamos con la patria si, después de las palabras de sacrificio y abnegación que acabamos de oír, siguiéramos actuando como hasta ahora!

Con un brazo, hizo un gesto hacia los soldados que estaban de pie junto a las paredes.

—¿Quién podría mandar a estos hombres valerosos y sacrificados de vuelta al campo de batalla, a la línea de fuego, y marcharse a casa como si esto no fuera más que un baile, un momento desligado de nuestro destino y carente de obligaciones? No, queridos amigos, también nosotros tenemos un honor y una fidelidad que ningún enemigo podrá pisotear. Lucharemos hasta el último cartucho, dice nuestro lema, antes muertos que esclavos, y por eso... —Se acercó al borde del escenario, que estaba cubierto con una tela plisada de

color rojo, y entrelazó las manos rechonchas—. Por eso, amigos míos, propongo que todos los hombres presentes en esta fiesta, sean jóvenes o viejos, todos aquellos que amen a su familia y su tierra y sean capaces de empuñar un arma, se presenten esta misma noche voluntarios a las triunfantes Waffen-SS. ¡Se lo debemos a nuestros héroes del frente!

Se quedó inmóvil, con los puños pegados a los costados y la barbilla levantada, y durante un instante pareció que el público se hubiera quedado mudo. Nadie pestañeó ni movió las manos; solo las nubes de humo de cigarrillo se desplazaban a través de la

sala, y el Bauernführer entrecerró los ojitos.

—Si alguien está en contra, que se levante ahora.

El oficial digirió una mirada glacial a los hombres que había delante del escenario, y Walter se asustó cuando Fiete se irguió de forma casi imperceptible y miró a su alrededor. En la sala empezaron a oírse susurros, murmullos y arrastrar de pies. Una mujer soltó un sollozo breve y ahogado, como si se hubiera cubierto de inmediato la boca con la mano. Walter tenía a su amigo tan cerca que sus hombros se tocaban, de modo que notó cómo temblaba y cómo le rugía el estómago en

el momento en que cogía aliento con decisión. Walter se apresuró a agarrarlo por la parte de atrás del jersey, que arrugó dentro del puño, y le pisó un pie, enfundado en una bota de ordeñar. —¿Te has vuelto loco? —le susurró al oído—. ¡Ni se te ocurra moverte! La cocina está llena de miembros de las SS. ¡Te van a hacer papilla!

El joven cerró los ojos y apoyó de nuevo la espalda contra el muro. El oficial se encendió un cigarrillo y el Ortsbauernführer dio una palmada y se frotó las manos.

—¡Claro que sí, ya sabía yo que entre nosotros no había holgazanes! Corazones alemanes, el Reich puede

sentirse orgulloso de vosotros. Que todos los jóvenes y los hombres aptos para el servicio militar se acerquen aquí delante. Ernst Kobluhn tomará nota y os dará cita para mañana a primera hora, cuando recibiréis más información. Y ahora, que vuelva a sonar la música, por favor. Los guerreros también tienen que bailar de vez en cuando. *Heil Hitler!*

Unos pocos aplaudieron y le devolvieron el saludo. Los músicos se agacharon para coger de nuevo los instrumentos. El trompetista manco atacó *Kauf dir einen bunten Luftballon*,* y Walter se levantó y buscó a Elisabeth con la mirada. Los miembros de las SS se repartieron por la sala y empezaron a

separar a las parejas, siempre que no estuvieran formadas por mujeres; examinaban cartillas militares, comprobantes de enfermedad y de permiso, y uno incluso le levantó la pernera a un hombre que cojeaba y echó un vistazo al zanco con un zapato fijado con clavos. Cuando su mujer protestó, otro soldado le dio un gorrazo en la boca.

—¡Menuda panda de cernícalos! — murmuró Fiete, que se terminó la botella y le pasó un brazo por el cuello a su amigo—. ¡A la mierda! Hala, vamos a que nos maten.

En algún lugar de la sala un vaso cayó al suelo. Delante de la mesa con la

campana se había reunido ya un pequeño grupo. Thamling se puso el abrigo y le hizo un gesto con la cabeza a Walter.

—Nos lo tendríamos que haber olido —murmuró—. Como si el Reichsnährstand fuera regalando toneles de cerveza por caridad... ¿Y ahora qué se supone que tengo que hacer? ¿Mantener la granja en marcha con trabajadores extranjeros? Mañana, después de ordeñar a las bestias, dejad todas las llaves encima de la escalera, también las de la vaqueriza. Ah, y esta noche no os preocupéis por *Blanke*, yo me encargaré de ella. Preocupaos de vuestras chicas. —A continuación pasó los dedos por el pelo despeinado de

Fiete e hizo algo que no había hecho en todos esos años: les dio la mano—. Si regresáis sanos, siempre tendré trabajo para vosotros.

Se sacó la boina de piel del bolsillo y abrió la puerta. Una ráfaga de aire frío, casi glacial, entró en la sala, y Ernst Kobluhn, que de pronto llevaba unas gafas de alambre sujetas a la cabeza con una cinta, le hizo un gesto a un viejo para que se retirara y esbozó una sonrisa de satisfacción al ver a Walter y a Fiete junto a la mesa. —Vaya, vaya, ¿quién lo habría imaginado? Ata e Imi van a venir al frente —dijo—. ¡Menuda paliza les vamos a pegar! De momento os mandaremos a Hamburg-

Langenhorn, un lugar precioso, para que os pongan a punto, y luego quién sabe... A lo mejor los rusos os clavan enseguida una bayoneta en el culo y podéis ir a descansar al hospital militar. Mañana a primera hora en la Holzplatz, con zapatos resistentes y una bolsa pequeña.

Selló dos órdenes de reclutamiento y Walter se volvió hacia la barra. La madre de Ortrud le estaba cosiendo un botón a un oficial, otro leía el periódico *Völkischer Beobachter*. Había dos centinelas junto a la puerta, vigilando a las parejas que bailaban. Walter se agachó y señaló la lista, en la que

figuraban ya varios nombres y direcciones.

—No nos apuntes, Ernst, ¿qué sentido tiene? —dijo en voz baja—. Los yanquis ya están en Kleve, los rusos a las puertas de Berlín. Todo este jaleo se va a terminar pronto. Somos amigos, ¿no? ¿De qué servirá desangrarnos ahora?

Pero Fiete lo apartó de un empujón.

—¡Ni hablar! —balbució, agarrándose al perchero. Los cascos que colgaban de los ganchos se balancearon—. No le hagas caso al pamplinas este. Es un gallina. Yo quiero luchar, soy un arma prodigiosa, con mis disparos

rebotados. Apúntame como general... ¡cuñado!

Se inclinó y le soltó un eructo, y Kobluhn se apartó bruscamente. Con la nariz perlada de sudor y los labios reducidos a una fina línea, sacó la pluma Pelikan de color verde, la misma que usaba ya en el colegio, y, al ver que Walter volvía a acercarse a la mesa para añadir algo, negó con la cabeza.

—Mejor no digas nada, Urban...
—le espetó entre dientes.

El reflejo de la lámpara iluminó durante un breve instante sus ojos tras los cristales de las gafas. Firmó el documento más rápido de lo que la tinta

que bajaba por la pluma permitía e hizo un gesto para que pasara el siguiente.

—Puntuales a las siete. No acudir se considerará deserción. *Heil Hitler!*

A Walter se le hundieron los hombros, pero Fiete le devolvió el saludo:

—¡Al piste! —farfulló, y giró sobre los tacones.

En la sala, donde acababa de terminar el baile, se oyeron gritos y aplausos, voces rítmicas que pedían un bis. El batería se animó enseguida y el flautista tocó los primeros compases de la Marcha de Königgratz. Ortud se abrió paso entre la muchedumbre sujetando una bandeja llena de cristales rotos.

Llevaba el pelo rubio suelto, tenía las mejillas surcadas de lágrimas y, cuando se desanudó el delantal, le temblaron las manos. Aun así, intentó sonreír, besó y abrazó a su novio y le dijo algo al oído. Entonces se volvió hacia Walter.

—Cuidarás de él, ¿verdad? —le dijo—. Es tan cabezota... —Lo intentaré —respondió él—. No te preocupes, seguramente todo terminará antes de lo que creemos.

La madre de la chica le pasó un vasito por encima del mostrador, el licor de comino empañaba el cristal. La banda tocó *Für eine Nacht voller Seligkeit** y él estiró el cuello. Elisabeth era más bajita que la mayoría de los

invitados y, como no vio la diadema de nácar por ningún lado, se agachó un poco y buscó sus botas de goma entre las piernas del personal, también en vano.

Hedwig, que bailaba con el Bauernführer, lo saludó. Walter levantó las dos manos y formó el nombre de su novia con los labios, pero ella puso cara de no saber dónde estaba. Él le devolvió el saludo y salió del local. Hacía más frío que antes y algunos copos de nieve aislados caían casi en horizontal sobre el canal. En la cabina de la camioneta Hanomag brillaba la punta de un cigarrillo, y bajo el toldo del vehículo se oía a varios hombres riendo y a una

mujer que soltó un chillido. El manillar cubierto de mimbre y el sillín de piel de su bici también estaban muy fríos, y Walter pedaleó despacio a través de los bosques de haya, con los neumáticos chirriando sobre los charcos helados. A ambos lados del camino, los tallos de la primera siembra, rígidos y translúcidos bajo la luz de la luna, se inclinaban en todas las direcciones, cubiertos por un velo de escarcha.

La carreta de los pastores y las ovejas habían desaparecido; no se veía luz detrás de las ventanas semicirculares de la cocina para el ganado, y apenas quedaba ropa tendida en las cuerdas. Walter llegó hasta la finca, abrió unos

dedos la puerta del establo y metió su bici en el corral del toro. A continuación encendió la lámpara de petróleo y subió por la escalera de mano hasta los aposentos de los ordeñadores. Sobre el moho que crecía entre los ladrillos brillaba también la escarcha. Los tablones de madera sin tratar del suelo, a través de los cuales se veía la paja del suelo de la vaqueriza, se combaban a su paso. La cortina, de tela de yute raída, no estaba cerrada del todo. La luz de la luna iluminaba el interior del cuarto, y lo primero que vio fue el vestido, metódicamente colgado en el respaldo de la silla, con la flor de papel en el ojal. Vio las botas de goma al final de la

estrecha cama y, cuando levantó la lámpara —que emitía un brillo apagado, una llamita humeante—, Elisabeth se cubrió los ojos con un brazo. Se había vuelto a pintar los labios, y el latido de su yugular y la oscura mancha del vello de su axila dejaron por un instante sin aliento a Walter, que, apoyando una mano en el vertiente del tejado de caña seca, se pisó el tacón para quitarse las botas. La cama de hierro chirrió.

—Espero que apagues pronto esa luz —siseó ella, y se giró hacia el otro lado—. O me vuelvo a largar.

Del cuartel propiamente dicho solo se había conservado intacta la puerta, con su robusto arco de ladrillo. Las bombas habían destruido el tejado de la comandancia. La lluvia caía sobre las mesas y el papel empapado de la pared se despegaba del revoque. No obstante, en los barracones de la cantera de arcilla la tarde era cálida. El sargento mayor había ordenado el toque de queda y casi todos los reclutas —los veinticuatro que compartían aquella estancia— estaban echados en sus camas, escribiendo cartas, jugando al ajedrez o simplemente dormitando. Las boinas y los calcetines mojados humeaban sobre el tiro de la hoguera,

donde la madera desprendía un olor a resina.

No solo los barracones, sino también los vehículos y los cañones de defensa antiaérea colocados entre los árboles estaban camuflados, y aunque hacía ya un tiempo que los ingleses no bombardeaban cuarteles, porque — suponían todos en secreto— tenían pensado instalarse pronto en ellos, siempre había alguien que, cuando el viento agitaba las lonas, levantaba la cabeza. Aquel sonido se parecía mucho al de los cazabombarderos, que sobrevolaban la región cada vez con mayor frecuencia, también durante el día, y disparaban contra todo, incluido

el ganado. A lo lejos se divisaba, a través de aquel paisaje llano, el humo que se elevaba desde los establos, cuyos tejados de paja ardían lentamente y sin llama.

Walter se acercó a la ventana y abrió el paquetito que le había mandado su madre. Entre las gotas de lluvia, algunas piedras de granizo golpeaban contra los cristales. Las siete mujeres del campamento, que trabajaban en la cantera, estaban muy juntas debajo del alero del cobertizo medio desmoronado. De la triste lámina de chapa oxidada caían finísimos arroyos de lluvia que recorrían sus cabezas rapadas y se perdían por los escotes de blusas y

chaquetas. Todas tenían la mirada gacha. El soldado de guardia, ataviado con un capote largo, echó al perro de los raíles al ver que por la pendiente bajaba una vagoneta cargada con sacos. Las zapatas de freno chirriaron.

El paquete contenía cigarrillos, una lata de chocolate con cola, un pedazo de pan de frutas y una fotografía de la casa arrasada. Fiete estaba sentado en un taburete, curándose las ampollas de los pies, y Walter le pasó el paquete de cigarrillos Overstolz. El joven Sven Jacobsen, de Elmshorn, que desde hacía dos días ocupaba la litera superior, silbó entre dientes.

—¡Se nota que os va bien! —
susurró—. Ya me gustaría a mí tener una
madre así.

De la casa de Essen no quedaba
más que una montaña de ladrillos, de la
que sobresalían un trozo de chimenea y
la escalera. Los restos calcinados del
armonio de Leni estaban tirados en el
jardín.

—Sí, a mi madre le va fenomenal
—dijo Walter, y escondió la lata de
chocolatinas debajo de la almohada—.
Tiene un novio nuevo, el propietario de
una funeraria, y no hace más que
mandarme cigarrillos. —Le lanzó un
paquete a Sven y se sentó a la mesa con

la carta—. El problema es que yo no fumo.

Su madre había usado un lápiz de color al que había que humedecer la punta; por eso las primeras letras de cada palabra eran de un azul más oscuro que el resto.

«Me alegro de que todavía estés en el cuartel —escribía—. ¡A lo mejor pronto logramos la victoria final y no os tenéis que desplegar! Aquí todo está un poco patas arriba. Por suerte, cuando cayó la bomba estábamos en el búnker. Herbert nos trata bien y nosotras lo ayudamos con el negocio. Tiene empleados a muchos carpinteros que fabrican ataúdes, porque, como suele

decirse, los muertos nunca faltan, y hoy en día, por desgracia, aún menos que de costumbre. Su casa, la portería del cementerio, ya sabes cuál digo, de momento ha salido indemne. En el sótano hay una puerta que lleva todavía más abajo, a las catacumbas. Antes había cisternas (¡los depósitos de agua de la fábrica de cerveza!), sin embargo, ahora están llenas de huesos, es horripilante. Pero cuando suena la alarma aérea no hay ningún lugar mejor, ahí abajo casi ni se notan los temblores.

»No he tenido más noticias de tu padre... “por suerte”, he estado a punto de escribir. Al parecer, la historia de la degradación es cierta. El viejo Krüger,

que también trabaja en Dachau y que está aquí de vacaciones porque lo hirieron, me lo ha confirmado. Se ve que tu padre les dio cigarrillos a esos criminales, o a quien sea que tienen allí encerrado. Medio paquete de Ecksteins. Según dicen, alguien del cuerpo de guardia derramó una cerveza jugando al *skat* y pusieron los cigarrillos a secar encima de la chimenea. Los cigarrillos quedaron casi churruscados y luego nadie los quería fumar, así que tu padre se los dió a los presidiarios. Y por eso lo han trasladado, no sé adónde.»

La luz cambió de pronto y Walter levantó los ojos: un camión con

carburador de leña acababa de detenerse delante de los barracones.

«¡Feliz cumpleaños, por cierto! Si necesitas algo, házmelo saber. Aquí de momento vamos tirando, Herbert pone los precios. “Nadie me puede decir cuántos marcos tengo que cobrar por tocar un cadáver”, dice siempre, y tiene razón. A veces me parece oler algo en sus manos, pero seguramente son imaginaciones mías, porque en realidad es un hombre muy aseado. Y ahora me despido. (Dios mío, dieciocho años... ¿Tienes una foto con el uniforme?) Un saludo cordial de tu madre, M.»

Walter dio la vuelta a los calcetines húmedos que había puesto a secar en el

tiro de la chimenea y arrojó la carta a las brasas. El viento silbaba a través de las grietas de las ventanas, y aunque seguía lloviendo a cántaros, las mujeres salieron de debajo del tejado y empezaron a descargar las carretas. Los sacos abiertos dejaban entrever legajos de papel, latas de conserva oxidadas y uniformes de prisionero hechos jirones. Las mujeres los cogieron y los arrastraron hasta la ciénaga, que no parecía demasiado profunda. Se hundieron apenas en la superficie fangosa y durante un momento pareció como si el perro, un rottweiler, caminara por encima del agua. La puerta del barracón se abrió de golpe y un taburete

cayó al suelo. Los reclutas, casi todos ataviados ya con los uniformes negros de entrenamiento con el símbolo de las SS en el pecho, se levantaron de un salto de las camas y se pusieron firmes. Se oyó algún gemido, y el Untersturmführer, el doctor Rapp, al que todos llamaban «el tijeras», saludó brevemente con el brazo y examinó los pies de sus hombres, llenos de llagas provocadas por las marchas forzadas de las últimas noches.

El hombre, que llevaba un botiquín consigo, dejó una hoja de afeitar, un rollo de algodón y unos tampones llenos de agujas cortas encima de la mesa. A continuación sacó el corcho de un frasco

de farmacia, vertió un líquido transparente en dos platitos en forma de riñón y desenroscó el tapón de un bote de tinta.

—A ver, atención —dijo, tomando asiento en el taburete—. Ahora os voy a tatuar vuestro grupo sanguíneo. Todo soldado debería llevarlo grabado en el cerebro, pero a veces el cerebro está desparramado o quién sabe dónde... Bromas aparte, descubríos el antebrazo izquierdo y preparaos para un dolorcito de lo más agradable.

Se quitó la gorra, echó un vistazo a una lista y le hizo un gesto a Jörn Asmussen, un joven con la cara picada de viruela que era el recluta más

veterano del barracón. Después de desinfectar la zona con una bola de algodón, mojaba el tampón en la tinta, tensaba la piel tirando con el índice y el pulgar, y hundía las agujas hasta la base. Cuando terminaba, le daba una tirita al soldado y tachaba su nombre de la lista.

—Existe la posibilidad de que se os borre la marca —dijo—. Y eso es un mal asunto. En ese caso, os recomiendo que apaguéis un cigarrillo encima del tatuaje. Aspirante Caroli, A positivo, ¡paso al frente!

Fiete se levantó la manga y se acercó cojeando. El sargento miró por encima del borde de la mesa y sacudió la cabeza.

—¡Vaya, vaya con nuestro genio del ingenio! ¿Te pusiste unos zapatitos de baile demasiado estrechos anoche? El yodo puede venirte bien, joven, pero lo mejor es mear sobre los pies. — Varios reclutas se rieron con sorna y él sacó un pedazo de algodón de la cajita y lo utilizó para limpiar la esfera de su reloj—. No es ninguna broma, chicos, es verdad. La orina, siempre y cuando estéis sanos, esteriliza. Echad una buena meadita sobre las heridas, también cuando estéis en el campo de batalla, y veréis cómo sanan el triple de rápido.

Presionó con el tampón en la piel de Fiete, que cerró los ojos y ahogó un gemido con los dientes apretados. —

Con permiso, Untersturmführer, también tengo ampollas en los talones.

El oficial echó un vistazo con los labios fruncidos a los puntos ensangrentados que habían dejado las agujas y asintió con la cabeza.

—Sí, eso es más complicado, ya lo entiendo. Hay que estar muy bien dotado y ser muy flexible para no mancharse —dijo—. Creo que le tendrás que pedir a algún camarada que te mee en los pies —añadió, y guiñó un ojo al resto de hombres.

Algunos pusieron cara de asco, otros se rieron estentóreamente e incluso Fiete sonrió. Se apoyó en la mesa, tocando casi la gorra del oficial, cogió

la tirita y, aprovechando el momento de distensión, preguntó:

—¿Al final nos van a movilizar, doctor Rapp?

Todos se callaron de golpe y su superior puso la tapa al tampón. Después se reclinó en la silla, entrecruzó los dedos sobre la hebilla del cinturón y clavó los ojos en la mano de Fiete, hasta que este la apartó.

—¿«Al final»? —preguntó, frunciendo el ceño—. ¿A qué se refiere con eso de «al final», aspirante Caroli? ¿Cómo debo interpretarlo? —Esbozó una sonrisa vaga, casi melancólica. En la chimenea crepitó un leño de abeto—. ¿O es mejor que no lo interprete?

El sargento lo despachó con un gesto mínimo de cabeza, y cuando terminó de tatuar a la tropa, se acercó al lavamanos de la esquina, limpió el tampón y los platos y los volvió a meter en el maletín.

—¡Atención, aspirantes! —Esperó un momento hasta que todos se hubieron puesto firmes y miró por encima de los reclutas, hacia la cantera—. Naturalmente que no os van a movilizar —dijo en tono casi paternal, y varios chicos soltaron un suspiro de alivio. Fiete le guiñó un ojo a Walter—. ¿Se puede hacer una pregunta más estúpida? ¡Ya estáis movilizados! —añadió—. La formación básica se ha terminado,

aunque hayáis pasado solo tres semanas en el cuartel en lugar de los tres meses de rigor: ya os podéis considerar hombres de relevo de las Waffen-SS. Vuestra compañía, con todos sus Scharführer, se incorporará a las tropas apostadas en las afueras de Budapest: a las veintiuna horas el camión de transporte os estará esperando en el patio. Deshaced las camas y vaciad los armarios. ¡No quiero que dejéis ni un mondadientes! *Sieg heil!*

Cogió su maletín, dio media vuelta y, cuando hubo cerrado la puerta tras él, muchos de los chicos se dejaron caer en la cama, maldiciendo a media voz. Con el dorso de la mano, Fiete tiró un

puñado de piezas de ajedrez del tablero, se encendió un cigarrillo y se acercó a Walter, que estaba junto a la ventana comiendo un trozo de pan de frutas que se le deshacía sobre la lengua. La lluvia golpeaba el cristal, que tenía una grieta, una línea plateada. Los sacos estaban hundidos en la ciénaga. En los barracones que había junto a la mina — de la que apenas se distinguía el techo de la galería y varias chimeneas sin humo— sonó una corneta que indicaba el fin de la jornada, y las mujeres, con los vestidos pegados a las espaldas, empezaron a empujar la vagoneta pendiente arriba. El perro les olisqueaba las piernas.

Los charcos se estremecían y las largas raíces de arbustos y árboles que sobresalían de diversos estratos de tierra oscilaban al viento. Walter pasó una mano por el cristal empañado, entrecerró los ojos y, durante un brevísimo instante, los riachuelos de lluvia que recorrían la ventana produjeron un espejismo. Incrédulo, Walter le dió un codazo a Fiete. Parecía que algo se movía dentro de la cantera, temblando detrás de la cortinilla de yute manchada de barro. Podía ser una rodilla o tal vez un codo, un rostro chupado. Pero al poco la visión desapareció.

«Querida Elisabeth: he decidido escribirte unas líneas porque nos van a movilizar y seguramente no vuelva a tener ocasión de hacerlo. El tiempo que hemos pasado aquí ha sido una vejación, pero por lo menos me he sacado el permiso de conducir de todas las clases, que también sirve en la vida civil. Así pues, ya puedes ir pensando en qué vehículo querrás que te pasee. ¿Qué te parecería un tanque espía? He recibido tu carta; mira que eres perezosa. Incluso mi hermana me escribe más que tú, y tiene tuberculosis. ¿Qué significa “uno, dos, tres”? Me lo imagino, pero me gustaría más que lo escribieras con

todas sus letras, en una carta. El viejo Thamling me ha contado que ahora os toca a vosotras cuidar de las vacas: os lo tenéis merecido. Así veréis lo duro que es nuestro trabajo. Fiete te manda un saludo; no hace falta que te diga que ya tenía un chiste verde preparado, relacionado con el taburete de ordeñar y tal. Estamos haciendo las maletas y hoy mismo nos mandan a Hungría. En cuanto tenga nuestro número de correo militar, te lo mando para que me puedas escribir. También puedes enviar las cartas a la central de distribución de Erfurt y poner «en marcha» junto a mi nombre, así también llegan. A no ser que me movilicen al otro barrio. Pero eso no

pasará, porque llevo conmigo un recuerdo que me protege. Uno, dos, tres.»

Esa noche no hubo ataques aéreos, y los cuarenta hombres de la compañía pudieron llegar hasta las afueras de Ingolstadt, donde se alojaron en un almacén de grano junto al bosque. Como habían pasado mucho frío en la parte trasera de la camioneta, se agolparon alrededor de los rescoldos de la chimenea, pero cada dos por tres les pegaban gritos porque estaban en medio. Una unidad del cuerpo sanitario había partido demasiado pronto la noche

anterior y había terminado en el punto de mira de los cazabombarderos americanos. Con ayuda de los hombres de la brigada de mantenimiento, los supervivientes, algunos llenos de vendajes, estaban reparando su vehículo, un Opel Blitz con la caja trasera destrozada, y andaban tan ocupados serrando, martilleando y sudando que allí no se podía ni pensar en dormir.

Los soldados estaban sentados en pacas de paja, fumando, y cuando pidieron voluntarios para ir al pueblo a por comida, casi todos levantaron la mano. Había que transportar unas tinajas esmaltadas, por parejas, sirviéndose de

unas varas que se colocaban encima de los hombros. Egon Vatteroth, el Scharführer, se apartó la gorra de la frente y escrutó el cielo nublado antes de hacerles un gesto para que salieran y se pusieran en marcha.

—¡Tened los ojos bien abiertos! — les gritó—. No quiero ningún puchero con carne humana. Los yanquis os pueden arrancar el cigarrillo de la boca, ni os imagináis lo certeras que llegan a ser sus armas.

Había elegido a Ole y a Harry Laatz, dos gemelos de la región de Plön, y a Walter y al flaco Paul Jeppsen, y los cuatro se marcharon a toda prisa por el camino, una estrecha rodera sobre la

hierba amarillenta, que estaba húmeda y les mojaba el capote. Procuraban no alejarse demasiado de los sauces desmochados que crecían junto al canal, cuyas ramas eran como escobas ya en flor. Paul, hijo de campesinos de la región de Husum, arrancó una ramita y dijo:

—Tendrían que podarlos pronto, o se convertirán en sauces llorones.

—¡Qué va! —respondió Ole, que compartía una vara con Walter—. Deja que las abejas disfruten un poco. Con que los poden después de que les salgan los amentos es suficiente.

Los gemelos, que casi no se parecían, también venían del campo,

pero el pecosito Ole estudiaba ingeniería mecánica en Flensburg; tres semanas antes lo habían reclutado en el patio de la escuela de oficios y lo habían llevado directamente al cuartel.

—Antes nuestro padre solía desmocharlos en invierno porque no había nada mejor que hacer. Y a nosotros nos tocaba tejer las empalizadas, como si fuéramos mujeres. ¿Te acuerdas, Harry?

—Sí, pero a mí me gustaba —respondió su hermano—. Sobre todo cuando estaba la pequeña Hilde —añadió, y se volvió hacia Walter. Un poco menos recordete que su hermano, estudiaba en la escuela agrícola de Kiel,

donde los soldados de la División Frundsberg habían rodeado el cine Gloria y habían obligado a todos los hombres que iban saliendo a presentarse voluntarios—. Es nuestra prima, ¿sabes? No has visto nada parecido en tu vida... —dijo, suspirando—. No se puede explicar con palabras. Vi con ella la película *Un romance en tono menor*, o como se llame, en la última fila del cine. Adivina dónde tenía yo las manos.

—¡Silencio! —siseó Paul, y todos se quedaron muy quietos, escrutando las nubes, que de vez en cuando se abrían y dejaban a la vista el cielo azul de marzo. Entonces el tipo se tiró un pedo agudo como un toque de trompeta y continuó

caminando entre carcajadas. El camino seguía una vía empedrada que descendía entre campos de lúpulo y, al atravesar un terraplén, el sonido de sus botas resonó con más fuerza. Pasado un túnel, en una hondonada, estaba el pueblo, cuatro o cinco casas de labranza, una casa de huéspedes y una iglesia pintada. El muro del campanario, que tenía la cúpula en forma de bulbo, estaba derrumbado y dejaba a la vista el yugo de la campana, vacío. Un halcón se había posado entre los maderos.

Delante del edificio había aparcadas dos motos de la Wehrmacht sin ningún tipo de camuflaje. La pesada puerta chirrió sobre los goznes y, cuando

entraron en el vestíbulo, lleno de armarios y cofres, los envolvió el frío, el silencio y un aroma a levadura y a fruta cocida. Las losas negras del suelo brillaban a la luz de una vela colocada sobre un crucifijo; en la pared había un cartel donde aparecía la sombra de un hombre con sombrero y el cuello de la chaqueta levantado.

—¡*Heil Hitler*, gente! —exclamó Ole—. ¿Hay alguien ahí? Somos la tropa de la sopa.

En algún lugar chilló un cerdo. Al final del pasillo se abrió una puerta y una chica con una bata sin mangas salió del establo.

—Diablos, ¿ya habéis llegado? — preguntó con acento bávaro. Llevaba el pelo recogido en la nuca y en un primer momento pareció como si llevara guantes rojos. También las botas de goma estaban cubiertas de sangre fresca y, cuando vio cómo los jóvenes contemplaban sus rodillas desnudas, esbozó una sonrisa de medio lado—. Estamos en plena matanza —añadió, y señaló con el cuchillo hacia la cocina, donde había un caldero al fuego—. Servíos vosotros mismos. Los sacos de pan están en la despensa.

La puerta del establo se cerró de golpe. En la pared de la cocina, unos goterones de grasa resbalaban y

cruzaban, antes de perderse en las sombras, las muescas de luz que proyectaba un rayo de sol que entraba por una ventana enrejada.

—¡Diablos! —exclamó Ole, y se inclinó encima de la olla—. ¿Pero esto qué tipo de sopa es? Parece mierda fresca, ¿no?

Las lentejas recocidas, sobre las que flotaban unos aros de cebolla negros, olían a vinagre, y aquí y allá aparecían rodajas de patata, pero ni un solo pedazo de carne.

—No —respondió su hermano, lamiéndose los dedos—. Es mierda pasada.

Paul cogió un par de cucharones de la pila de los cubiertos del fregadero. Mientras sus camaradas iban traspasando aquel potaje tibio a las tinajas, Walter abrió el pasaplatos y echó un vistazo al local. También allí reinaba la penumbra, a pesar del sol de mediodía: los muros eran tan gruesos que las ventanas parecían aspilleras. Sentado en un banco había un joven con calzón corto, que respondió a su «¡Hola!» con un «¡A la paz de Dios!». Los pies, calzados con zapatos tiroleses, le colgaban del banco; dirigió una breve mirada hacia la chimenea del rincón, con un breve gesto de advertencia.

Walter se inclinó y, antes incluso de distinguir los rostros de los dos hombres entre la nube de humo de cigarrillo, vio el brillo plateado del gorjal que llevaban en el pecho. Frente a ellos tenían dos jarras de cerveza vacías, platos con restos de comida y una cesta con un pan blanco intacto. Llevaban un traje de campaña abotonado hasta el cuello y, a juzgar por el distintivo de la solapa, eran Hauptscharführer. Uno tenía las sienes ya canosas, y el otro, al que le faltaban tres dedos de la mano derecha, dio una calada a su pitillo y dijo:

—¿Qué hace ahí, mirándonos con ojos de reno? ¿No podría por lo menos saludar? ¡Largo, fuera de aquí! Walter

cerró la ventana del pasaplatos y se abotonó el capote.

—¡Perros de presa! —siseó entre dientes.

Paul escupió en el suelo. Todos se apresuraron a ajustarse el cinturón y calarse bien la boina y, cuando entraron en el comedor cruzando la puerta batiente, el joven ya se había esfumado. Encima de un barril había un libro, *El último mohicano*. Los cuatro soldados hicieron el saludo reglamentario y aguardaron en posición de firmes. Los dos miembros de la policía militar se habían puesto las boinas con el cordón de aluminio, y el tullido llevaba unos guantes blancos con relleno en los dedos

que le faltaban. En el banco del final de la mesa, debajo de la imagen del immaculado corazón de María, había dos metralletas.

Las moscas zumbaban en los alféizares de las ventanas. El oficial del pelo cano sacó unas gafas del bolsillo y señaló con ellas a Harry.

—Cartilla militar y orden de marcha —dijo.

La cajita de cerillas que había junto a su plato tenía el mismo motivo que el cartel del pasillo: debajo de la alargada sombra de un hombre, escrito con llamativas letras amarillas, podía leerse: «¡Chis, el enemigo escucha!».

Harry se quitó el morral que llevaba colgado del cuello y se acercó a la mesa.

—Con permiso, nos han mandado a por comida.

El oficial frunció el ceño. A su lado, encima del banco, había una caja de madera de color verde oscuro con las esquinas desportilladas. El hombre le indicó al recluta con un seco gesto de cabeza que volviera a su sitio y abrió la cartilla militar, donde no constaban más que los datos personales. En la fotografía, Harry llevaba pomada en el pelo e iba vestido de civil, con corbata. De entre las páginas cayó el papelito dorado de un bombón Storck.

—¿Qué significa esto? ¿No tienen orden de marcha? —Solo hemos venido a por la comida —insistió Paul, y el otro levantó la barbilla y golpeó con las dos manos abiertas sobre la mesa.

—¿Cree que estoy sordo, soldado? Hable solo cuando se lo ordenen, ¿es que no se lo han enseñado? —Observó a los cuatro jóvenes entrecerrando los ojos. Junto a las jarras de cerveza había unos vasitos con flores de genciana pintadas, también vacíos, y mientras se hurgaba entre los dientes con la uña del pulgar, señaló a Ole con el meñique de la misma a mano—. ¿Compañía?

Este tragó saliva y dijo, con voz ronca:

—Con permiso, todavía no nos han asignado una. Acabamos de terminar la instrucción básica acelerada en Hamburg-Langenhorn, somos cuarenta soldados de relevo al cargo del Sharführer Vatteroth.

—¿Armas? ¿Vehículos?

—Fusiles K98, granadas de mano con mango y armas cortas. Dos camionetas Vomag.

—Cuartel y dirección de marcha.

Walter, que estaba a su lado, hizo girar la bota sobre el tacón y le dio un puntapié. Ole estiró el brazo y apuntó en una dirección aproximada.

—A un kilómetro al norte de aquí, en un almacén de las Waffen-SS. Cuando

oscurezca saldremos hacia Graz, concretamente hacia Abelsried, donde nos distribuirán en divisiones. Tan solo hemos venido a buscar comida para nuestro convoy.

El oficial del guante con relleno, que había estado tomando nota, guardó la libretita y abrió un estuche plateado. Dentro había un puñado de cigarrillos cortados al bies.

—¿Y esperan que nos creamos todo eso? ¿Tan idiotas les parecemos? —Golpeó con la boquilla en la tapa de la pitillera para fijarla bien—. Están sin superior en una región de la retaguardia, donde no hay tropas de ningún tipo, no llevan casco ni distintivos, no disponen

ni de boletín de permiso ni de orden de marcha ni de ningún tipo de permiso de enfermedad. Y tampoco está claro por qué, si realmente avanzan en esa dirección, han terminado en este pueblo de mala muerte. —La llama de su cerilla se reflejó en la media luna plateada que llevaba en el pecho—. ¿Querían ir a visitar a la abuelita?

Todos se rieron, pero nadie respondió. El del pelo canoso echó un vistazo a su reloj, un cronómetro negro como el que llevaban los pilotos aéreos, y se enfundó los guantes.

—De acuerdo, camaradas —dijo—. Vamos a comprobar la información que nos habéis proporcionado y ¡ay de

vosotros como no sea correcta! Nadie puede esconderse de nosotros, ni en casa de su abuela. Como nos hayáis mentido, colgaréis del árbol más próximo antes de poder pronunciar la palabra «deserción». Y ahora, ¡marchaos y sed dignos del uniforme que lleváis!

Los jóvenes chocaron los talones, levantaron el brazo y regresaron a la cocina, donde cogieron el resto de sopa del caldero y se ataron los sacos con pan al cinturón. La carga pesaba de lo lindo. Walter se colocó la boina entre la vara de transportar y el hombro, y los demás lo imitaron. Sin decir nada, abandonaron la posada y cruzaron la

carretera para refugiarse entre las paredes de los establos. Las nubes habían desaparecido del cielo y delante de la iglesia el sol iluminaba las primeras flores de azafrán, blancas y violetas.

—¡Caray, vaya dos! —exclamó Ole cuando hubieron dejado el villorrio a sus espaldas—. ¡Menuda obsesión con el reglamento! Cómo me gustaría encontrármelos vestidos de civil, después de una cervecita. ¿A qué ha venido lo de pegarme una patada, por cierto?

Paul y Harry ya habían llegado al túnel. Los murciélagos revoloteaban

debajo de los arcos, y Walter miró a su alrededor por el rabillo del ojo.

—A que no me ha parecido que contarles la verdad fuera lo más inteligente —dijo en voz baja—. Los tipos vestían uniformes de las SS, pero iban en motos de la Wehrmacht. Además, tenían un radioteléfono y fumaban cigarrillos extranjeros.

Ole se detuvo en seco. Los nudos corredizos de las cuerdas chirriaron y la tinaja golpeó y arrojó a Walter contra la pared.

—¿Cómo? ¿Qué insinúas? ¿Piensas que eran desertores? ¿Traidores, aquí, en Baviera? —preguntó, rascándose la nariz—. Eso es imposible, chico.

Ningún espía osaría adentrarse tan lejos de la línea de combate. Es posible que fueran piezas de algún botín, cosas que pertenecían a prisioneros o a pilotos abatidos.

Pero Walter negó con la cabeza.

—Un colega de trabajo mío, un maestro ordeñador, caído el año pasado, era miembro del club, se había presentado voluntario. Incluso tenía la Cruz de Hierro. Todos esos perros de presa saben exactamente qué soldados se encuentran en su zona; si no, no serían ni policías militares ni nada. Armamento disponible, número de efectivos, vehículos, lugar de acuartelamiento, destino de la tropa... Piensa, ¿a quién le

interesa ese tipo de información? Antes de que te pongas en marcha ya lo habrán comunicado todo por radio.

Ole abrió la boca, pero no dijo nada. En algún lugar, detrás de las casas y los graneros, se oyó un rugir de motores, y los dos se volvieron para contemplar el pueblo. El halcón todavía estaba posado sobre el travesaño del campanario, limpiándose las plumas, pero la plaza de delante de la fonda estaba vacía, a excepción de la mujer del delantal, que acariciaba a un perro y le rascaba el pelaje mientras este le lamía las manos. Los dos jóvenes salieron del paso subterráneo, que desembocaba en el camino estrecho

sobre el que se proyectaban las sombras de los rodrigones de lúpulo, y se apresuraron para alcanzar a los otros.

Harry, con un cigarrillo entre los labios, encendió el mechero.

—Yo me casaría con ella —le dijo a Paul por encima del hombro—. En serio. No somos familiares de primer grado, ¿sabes? O sea, que no nos saldrán hijos tontos. Podemos pasar horas hablando e incluso me mandó una carta al cuartel a propósito de la boda. Pero ahora que sirvo a Himmler... La mujer de un miembro de las SS tiene que medir por lo menos un metro sesenta, dice. La pobre tendrá que estirarse un poco, solo mide uno cuarenta y cinco. —Se echó

hacia atrás y le dio un cigarrillo a su compañero—. En fin, me casaré con una más alta y llevaremos una doble vida, como en la peli *Un romance en tono menor*. ¿La has visto?

Paul negó con la cabeza y dio una calada. Del techo colgaban telas de araña y en el aire flotaba el hedor del agua salobre de la ciénaga. Seguramente fue por culpa del viento, pero no oyeron el avión hasta que fue demasiado tarde. Era un cazabombardero monomotor, gris plateado. La sopa osciló dentro de las tinajas cerradas cuando las dejaron en el suelo y soltaron las varas con las que las transportaban para correr a esconderse entre los pastos. Pintados en el fuselaje

había números y una estrella blanca dentro de un círculo negro, y en la cabina de cristal, el piloto, que naturalmente hacía ya rato que los había visto, levantó una mano.

Pareció como si los saludara, hasta el punto de que por un instante creyeron que las dos bombas, que soltó a cierta distancia de donde se encontraban, tenían en realidad otro objetivo. Pero los proyectiles no cayeron en vertical. Con un destello, giraron en la brisa primaveral hasta casi chocar uno con otro, y una fracción de segundo después de que los jóvenes se arrojaron a la zanja, detonaron a ambos lados del camino. La explosión los dejó sordos al

instante. Walter, con la mejilla pegada a la hierba sucia, vio tan solo la boca abierta de Paul, deformada por un grito, justo antes de que la cara se le cubriera de barro; la tierra del campo salió volando y un remolino de cañas de lúpulo cayó en absoluto silencio sobre el empedrado como una lluvia de flechas.

La bolsa de pan se le desplazó sobre la espalda y algo le tocó la pierna. En el borde de la zanja había una esquirra humeante, de color violeta oscuro, y cuando se levantó, la caña de la bota derecha se le partió en dos. Por suerte Walter apenas tenía un arañazo en la pantorrilla y los demás, al parecer,

también habían salido ilesos. Las tinas habían ido a parar en medio del sembrado, aplastadas como latas, y ellos estaban rodeados de cabezas de hortaliza que la presión del aire había arrancado de los tronchos. Con la ayuda de las boinas se sacudieron el capote de lentejas y de mugre. Todos estaban pálidos y respiraban con la boca abierta. Walter, todavía con un pie en la zanja, limpió con la manga un trozo de pan, amarillo por el polvillo de los amentos.

La mayoría de los soldados aún dormían envueltos con mantas y lonas cuando, al alba, las camionetas entraron en las

cuevas de las afueras de Abelsried. Se trataba de unas cavidades naturales con manantiales de aguas freáticas en las que se habían excavado unas galerías que se adentraban en las profundidades de la montaña, apuntaladas con pilares de acero y hormigón, e iluminadas con luz eléctrica. Entre sus muros resonaban ladridos, y caballos y burros, algunos ya ensillados o cargados, dormitaban echados junto a las paredes de cal blanca y gris, donde también había bidones y municiones, cadenas de tanque enrolladas, sacos y cajas de víveres. Debajo de las bóvedas había carteles indicadores y, entre los vehículos de transporte de tropas y material,

aparcados en los espacios marcados para tal uso, unas escaleras toscamente construidas conducían a las galerías superiores, llenas de literas superpuestas.

A pesar de lo temprano de la hora, había gente trabajando por todas partes. De las cavidades llegaba un ruido de piquetas y cinceles, y detrás de los tabiques de madera se oía el tableteo de las máquinas de escribir. Unos mecánicos reparaban un coche oficial con estandartes azul claro y los cristales manchados de sangre; médicos y enfermeras se encargaban de los heridos, tumbados sobre el suelo cubierto de paja, junto a una entrada

lateral, y unos prisioneros rusos con uniformes sucios cargaban cestos llenos de piedras desde las galerías y los vaciaban en la cuesta que había junto a la entrada, donde un guardia se liaba un cigarrillo.

Desde allí se divisaba todo el valle boscoso hasta Graz, un par de chapiteles que asomaban entre la neblina rosada de la mañana. Después de lavarse en una pila —había jabón de trementina colgado de unos alambres—, el Scharführer Vatteroth los condujo al comedor, una espaciosa cavidad iluminada apenas por dos o tres bombillas.

Aunque había varios soldados y civiles sentados a las largas mesas, no se oía más que el tintineo de los cuchillos y las cucharas sobre los platos de latón y algún susurro aislado. Se cocinaba también dentro de la cueva, pero más que a grasa y a café de bellotas, allí olía a sudor, a pus y a orín. Casi todos los presentes llevaban algún tipo de vendaje, y prácticamente todos necesitaban un recambio. Apoyados en las paredes de piedra había bastones y muletas.

Mientras hacían cola para el reparto, los jóvenes lanzaban miradas furtivas a aquellos hombres mal afeitados, extenuados y viejos solo en

apariencia, con la mirada perdida, tan agotados como estupefactos. Muchos masticaban con la boca desencajada y enseñando los dientes, como si quisieran evitar que el pan duro les tocara el paladar o las encías. Nadie hablaba ni prestaba atención a los recién llegados, con sus uniformes tan limpios, y en todo caso ignoraban intencionadamente sus miradas, algo que daba a sus rostros un aire áspero, una expresión de rabia que a lo mejor tenía algo que ver con la vergüenza. De pronto uno estiró el cuello y, con los párpados cerrados, soltó un suspiro antes de volver a hundirse en sí mismo, en silencio.

Las bóvedas de detrás del mostrador estaban ennegrecidas por el hollín. El cocinero, un amputado, jugaba con un gatito: le acercaba la penera vacía y la apartaba en cuanto el animalito tendía la garra. Estaba sentado en un taburete y supervisaba a las mujeres de los fogones. Al parecer eran trabajadoras extranjeras, pues cuando se decían algo a gritos, Walter no entendía ni una palabra. Había una papilla de avena burbujeando en un caldero y unas salchichas gruesas friéndose en una sartén más grande, así como jamones y pescados dorados colgados en el tragahumos, pero desde luego nada de eso era para los soldados rasos. Les

sirvieron sucedáneo de café de un cubo, y para cada dos hombres, un panecillo, un tubo de crema de queso y una cucharada de miel artificial.

—Y con esto, la victoria final está asegurada... —murmuró Fiete, y siguió a Walter a través de un estrecho pasillo lleno de sacos de patatas hasta el exterior.

En la meseta que dominaba el valle había un obús camuflado con lonas y arbustos. Se sentaron sobre el arcón de la munición y se aflojaron el cinturón. El sol estaba ya en lo alto y la niebla matutina se había disipado; apenas quedaban algunos jirones de nubes en los montes cubiertos de bosques negros,

tocados aquí y allí de un follaje más verde. Entre los árboles había también soldados armados con fusiles, y unos prisioneros vestidos con uniforme a rayas arrancaban la corteza de unos abetos talados.

—Fíjate en este paisaje. —Fiete mojó el pan en la aguachirle y le guiñó un ojo—. Madera para ataúdes hasta el horizonte.

Hacía ya un tiempo que no bebían cada mañana leche de vaca directamente del cubo ni comían nata o queso fresco con fruta en conserva, y Fiete había adelgazado y estaba más pálido; tenía las manos tan delicadas que algunos lo llamaban «el pianista». Pero la

severidad de la instrucción básica había afilado el destello burlón de su mirada azul, y aunque llevara el pelo corto, seguía levantándosele en todas las direcciones posibles.

—¿Quién te encontraría si desaparecieras en estos bosques? Hasta que todo haya terminado, digo.

Una de las lonas se corrió y el viento silbó en el cañón del obús que tenía el tercio superior de color blanco a causa de los muchos proyectiles disparados. Había pronunciado aquellas últimas palabras con la cara hundida en el plato, en tono fatigado, como de pasada. Walter miró a su alrededor: no había nadie cerca.

—¿Qué quieres decir con eso? —le susurró—. ¿Te quieres largar?

Grandes bandadas de cuervos volaban hacia el este; Fiete cogió parte de la miel artificial.

—¿Cómo? —respondió—. ¿Tú no? ¿Prefieres palmarla una tarde cualquiera en el campo de batalla, en medio del barro? ¿O que te capturen los rusos y pasar el resto de tus días en una mina a cuarenta grados bajo cero? —Se metió el dulce en la boca y le guiñó el ojo—. Le he prometido a Ortrud que tendríamos hijos, amigo mío. Por lo menos tres...

Walter soltó una carcajada de satisfacción.

—Pues nada, felicidades. Pero si te llevan delante del tribunal militar no se los vas a poder hacer —le dijo, y extendió un poco de queso sobre el pan—. Espera un poco, todavía no sabes ni adónde nos van a destinar. A lo mejor nos necesitan aquí, en la retaguardia.

Pero Fiete puso los ojos en blanco.

—*O sancta simplicitas*, que diría mi profesor de latín. Para eso ya tienen bastantes lisiados y prisioneros, Ata. No nos están transportando por medio Reich para ponernos a pelar patatas detrás del frente. Somos carne fresca, fuerte, y si no nos largamos nos echarán contra el enemigo. ¿No lo ves o no lo quieres ver?

Walter dio un mordisco al panecillo gris y rechinó inconscientemente los dientes.

—Con tus latinajos te puedes embadurnar el pelo —dijo masticando—. A lo mejor las cosas son de otra manera.

—¿De qué manera? —repuso su amigo, y bebió un sorbo del café de bellotas—. ¿Crees que los rusos nos van a cocinar *blinis*? Mira mi profesor, sin ir más lejos, el que nos daba clases de gimnasia: cinco horas semanales haciéndonos la vida imposible, obligándonos a correr al aire libre y a boxear. Como no me tragaba, siempre me tocaban contrincantes que me

dejaban magullado y sangrando. No era una cuestión de ser más fuerte o más débil, Ata. Al final opté por saltarme la clase de gimnasia y regalarme una hora en el puerto, ¿entiendes? —Ah, perfecto. ¿Y luego qué pasó? Pues que te echaron del instituto.

Fiete, que se había encendido un cigarrillo, hizo un gesto de desdén con la mano.

—¿Y qué habría aprendido allí, si se puede saber? Basura militar germánica. Escucha bien lo que te digo: vamos a morder el polvo. La guerra está perdida. Lo mejor que podemos hacer es cruzar las montañas y regresar a Baviera. Los americanos pronto estarán

allí y sus campos de prisioneros no serán tan duros...

Las copas de los árboles crujieron y Walter meneó la cabeza, con expresión pensativa.

—Eso no lo puedes saber —murmuró—. Ellos también fusilan.

En ese momento un silbido del Scharführer resonó entre los árboles: era la señal acordada. Se terminaron el café, se abrocharon el capote y volvieron caminando a la cueva, al punto por donde habían entrado al llegar. Aún se oía el tableteo de las máquinas de escribir, y un camión, un Krupp abollado que acababa de transportar a una veintena de heridos,

los estaba esperando. Medio desnudos y cubiertos de vendas, los heridos yacían en camillas ensangrentadas, dispuestas a lo largo del muro de piedra. Muchos estaban inconscientes, y la palidez ceniza de sus rostros era como un presagio del horror que los esperaba; otros gemían en voz baja o meneaban la cabeza sin cesar, al tiempo que movían los labios en silencio.

Los soldados se colocaron detrás del camión, con los fusiles a la espalda y el petate y el casco delante de las botas. Encima del vehículo había una vieja ametralladora con cargador de tambor, y el soldado encargado de manejarla, ataviado con un uniforme

mugriento y gafas de aviador, fumaba un cigarrillo con aspecto cansado. El polvo le cubría incluso la barba incipiente y las cejas, y apenas se le veían los labios, pero en sus ojos oscuros, que sin duda habían visto más cosas de las que los jóvenes podían imaginar, se intuía un atisbo de compasión. El soldado apartó la cabeza y suspiró.

Con un gesto, el Scharführer indicó a Walter, a Harry y a Jörn Asmussen que abandonaran su posición en la fila. Como se habían sacado el permiso de conducir durante la instrucción básica, los habían asignado a la unidad que se encargaba de los suministros. Los demás, que todavía se estaban

terminando el desayuno, ocuparon sus puestos en la parte trasera del camión. El Scharführer se sentó al volante, sacó el brazo por la ventanilla y dio una palmada sobre la chapa de la puerta.

El humo de escape llenó la boca de la cueva y cuando el Krupp arrancó, los hombres, que iban apretujados, sentados en bancos, cajas y bidones, se tambalearon de un lado a otro, un espectáculo nada habitual; de hecho, la mayoría aún no se habían abrochado el barbuquejo y los cascos se bambolearon y les resbalaron sobre la frente. Fiete era el único que llevaba la cabeza descubierta. Walter lo saludó con la mano, pero su amigo no respondió, o lo

hizo tan solo con una mirada silenciosa y una sonrisa grave. Echó la cabeza hacia atrás y, al igual que el soldado de la ametralladora, escrutó el cielo en busca de cazabombarderos.

La unidad de transporte de la columna de aprovisionamiento próxima a Pécs, en alemán Fünfkirchen, estaba a punto de desbandarse. La ciudad de Mohács, a sesenta kilómetros de distancia, había caído ya en manos de los hombres de Tito. En las calles y en los pasos de montaña había unos grandes carteles que decían: «Alerta: ¡partisanos! ¡Las armas siempre a punto!». Las municiones y las

provisiones se transportaban en unos todoterrenos de tres y seis toneladas hasta la línea de combate, cerca del Danubio, donde los vehículos recogían a los heridos. Si lograban regresar a la pequeña granja que usaban como base sin recibir ningún impacto y no había que reparar nada, los hombres ayudaban a los médicos y enfermeros del hospital de campaña, o talaban abedules y hacían cruces para tener más de reserva.

El Horch, un vehículo oficial con tracción en las cuatro ruedas, que en su día había sido elegante pero que ya estaba muy abollado, se hallaba cubierto con redes de las que sobresalían ramas de pino. Había dejado de llover, las

nubes se alejaban hacia el norte y el sol se reflejaba en los charcos. Walter desabrochó el toldo de la carrocería y lo guardó detrás del banco trasero para tener mejor visión.

—Los alemanes son así —dijo August Kander, un soldado pelirrojo oriundo de Hesse que salió de la comandancia y se volvió para mirar a su alrededor: no había ningún oficial a la vista—. En casa no queda piedra sobre piedra, el frente está derrumbándose y los rusos, a las puertas, pero el correo militar sigue llegando puntual.

Fumando, rodeó el vehículo y le tendió una carta con matasellos de tres días antes. A pesar de que la tinta se

había corrido, Walter reconoció la caligrafía de su hermana, sus letras menudas y redondas. En invierno había cumplido doce años y desde hacía poco trazaba círculos sobre las íes en lugar de puntos. El sobre estaba abierto y vuelto a cerrar, con un sello de la oficina de inspección postal, seguramente porque había algo entre las hojas: una foto enmarcada en papel de tinta en la que aparecía Leni con el pelo corto, y una pluma negra con manchas azules relucientes, larga como un dedo.

El pliego de hojas olía a perfume.

«Querido Waltercito —escribía su hermana—, ¿qué te parece mi nuevo peinado? Me lo ha hecho Maschka, una

polaca del búnker que a veces nos echa una mano. Primero me había dejado el pelo un poco más largo, pero calentamos demasiado las tijeras de rizar y tuvo que cortar unos centímetros más. Espero que estés con salud. Yo estoy muy bien, ya casi no toso. No tenemos colegio, es demasiado peligroso, y me aburro en casa. Aunque es mejor no alejarse demasiado de la puerta del sótano. Herbert, el nuevo amante de mamá, huele siempre a cal y a lisol. Es el más gordo con mucha diferencia y no sabe tener las zarpas quietas, como papá. Pero tenemos un techo y comida en la mesa, y desde que las polacas duermen

en el almacén de los ataúdes, me deja tranquila.

»El otro día fui a nuestra antigua calle, o a lo que queda de ella. Escalé por las montañas de escombros y lloré. El vigilante del bloque quiso echarme porque pensaba que había ido a saquear. Incluso llevaba un arma, pero yo le grité. Te mando una pluma de arrendajo. El pequeño Micky Berg dice que es un símbolo de sabiduría y de valor.

»En cuanto a papá, todavía no sabemos con exactitud dónde está ni cómo le va. Se ve que si te castigan con un traslado disciplinario no puedes escribir cartas. De quien sí recibimos carta fue del tío Oswald, que desde que

lo hirieron trabaja en la oficina de vestuario del ejército, en Meissen. Ha estado indagando y cree que a su hermano lo han mandado a algún lugar cerca de Stuhlweissenburg, en el lago Balaton. Eso queda cerca de donde estás tú, ¿no? Te manda saludos. El tío, digo. Se ha curado de las heridas y escribe con la izquierda casi tan bien como antes con la derecha, solo que con la letra un poco más grande.

»La lámpara ya tiembla y yo no sé qué más contarte. Espero que no tengamos que volver a pasar la noche en el sótano. Los del Volkssturm* no aceptan a chicas, qué pena. Herbert dice que soy una desagradecida y más mala

que la tiña. Eso me ha gustado... Bueno, ¡hasta pronto! No te olvides de acariciar la pluma de vez en cuando. Muchos saludos, también de parte de mamá. Tuya, Helene.»

Walter arrancó el vehículo. August se puso el casco, metió varias granadas con mango en la guantera y cargó la metralleta.

—Espero que no encontremos nada en la puta carretera —dijo, hundiéndose en el asiento del copiloto. Una semana antes la columna de aprovisionamiento había caído en una emboscada que había terminado en masacre. Solo él, con una leve herida de bala en la cadera, había podido salir de su Borgward en llamas y

desaparecer en la noche—. ¿Alguna novedad en casa?

Walter bordeó despacio la barrera antitanques, esquivando como pudo los charcos. Tenían la misión de recoger a tres paracaidistas en el molino de Brevda, un pueblo de la falda de la sierra, que hasta hacía poco había servido como depósito de municiones.

—No exactamente —respondió—. Mi padre era vigilante en Dachau, pero lo han castigado con un traslado al frente. Según la carta, es posible que lo hayan destinado cerca de aquí, a Stuhlweissenburg. ¿Lo conoces? ¿Has estado alguna vez?

Incluso en el bosque de píceas a través del cual conducían había tiendas con hospitales de campaña, y se oían los gemidos y los gritos tras las lonas. August meneó la cabeza.

—No —dijo—, pero creo que tampoco vale la pena. Desde enero aquello es un infierno. ¿Qué hizo tu viejo? Walter torció el gesto.

—Al parecer les regaló cigarrillos a los prisioneros del campo. Aunque no me cuadra mucho, la verdad. Siempre fue un avaro, un bruto. Antes, cuando no tenía trabajo y bebía aguardiente de trigo como si fuera agua, se acercaba a mi cama en plena noche y me decía: «¿Por qué no duermes?». Yo estaba

durmiendo, pero cuando se emborrachaba quería bulla. Se sentaba en una silla y gruñía: «Como no te duermas ahora mismo, te pego una paliza». Notaba su aliento y empezaba a rezar a todos los santos.

Detuvo el vehículo en la linde del boque, sacó los prismáticos de debajo del salpicadero y oteó el horizonte. — Pero tarde o temprano yo empezaba a temblar, no era más que un niño, y entonces él me arrancaba la manta y gritaba: «¡Te has movido! ¡Ahora vas a saber quién soy!». Y se armaba la de Dios es Cristo. Me arreaba con el escobón o con el atizador del fuego,

hasta que me arrancaba la piel a tiras. Cuanto más gritaba yo, más se ensañaba.

—¿Y tu madre? —preguntó August —. ¿O tu hermana? ¿No decían nada?

Walter guardó los gemelos y sacó el coche del escondrijo. Había vehículos mixtos, de ruedas y orugas, aparcados a ambos lados de la carreta, destruidos a cañonazos o incendiados. En algunos guardabarros todavía era visible la K de color blanco, el símbolo de la unidad de acorazados Kleist.

—Mi madre le tenía mucho miedo, aunque era más alta y el doble de corpulenta que él. Supongo que se escondería debajo de su edredón. Además, siempre dormía con cera en los

oídos. Y mi hermana estaba siempre en el hospital.

Por las paredes de roca caía agua, finos arroyos que brotaban de los salientes. August soltó un bufido con las mejillas hinchadas.

—Uf —dijo—, qué familia tan agradable, ¿no? —Sus padres eran maestros en Padeborn y después de la guerra él había querido estudiar Geología. Siempre llevaba algo de mica o diorita en la lata de su máscara antigás—. Pero alguna vena bondadosa tendría tu padre, ¿no? Que un vigilante regale cigarrillos a los prisioneros... ¡eso es poco menos que una heroicidad!

Walter enfiló la carretera de Brevda. El cartel que advertía de la presencia de partisanos apenas resultaba legible a causa de los disparos.

—No sé —dijo—. Siempre tenía una sombra oscura en los ojos, casi demencial. También le gustaba matar palomas siguiendo un método particular: las agarraba tiernamente con una mano y con el pulgar de la otra les clavaba un alfiler en el corazón. Y entonces las dejaba aletear por todo el desván, hasta que se morían. —La carretera era cada vez más empinada, de modo que redujo una marcha—. Podían tardar bastante rato.

Después de tres cuartos de hora de viaje atisbaron el molino. La parte más alta de la torre había recibido el impacto de un obús, y de las aspas colgaban tan solo jirones de lona. Walter detuvo el coche delante de la cruz de término y miró a través del parabrisas. No se veía a nadie, ni siquiera un perro o una cabra flaca de las que hasta hacía pocas semanas todavía andaban por allí, comiendo los cardos que crecían entre las piedras. Habían derribado la puerta y de los establos no quedaba más que un montón de escombros. Incluso los viejos olivos del muro habían quedado

reducidos a carbón o astillas. August quitó el seguro de la metralleta.

Un soldado ataviado con un mono encima del uniforme salió de detrás de la casa y les hizo un gesto para que se acercaran. Llevaba también un capote de las SS y un pañuelo de colores alrededor del cuello. Walter soltó un suspiro de alivio, enfiló por el camino y dobló hacia la finca. Los tres paracaidistas, todos mayores que él, de veintitantos o incluso treinta años, estaban sentados en una mesa delante del granero y comían conservas a cucharadas de unos grandes tarros.

—Maldita sea, ¿por qué habéis tardado tanto? —preguntó el de mayor

rango, un Rottenführer, con voz malhumorada—. ¡Un poco más y nos pudrimos esperando!

Hacía días que no se afeitaba, tenía las mejillas chupadas y una nariz de baquelita de color carne. Encima de la mesa había una botella de aguardiente, llena hasta la mitad con huesos de ciruela, que brillaba bajo el sol. Walter aparcó frente al horno abovedado.

—*Heil Hitler!* —dijo—. Lo siento, nos han dado la orden hace menos de una hora.

Por el retrovisor vio a los habitantes de la finca, de pie en medio del granero abierto. Walter bajó del coche, saludó y le tendió la orden al

paracaidista, pero este ni lo miró. Comiendo queso de la hoja de un cuchillo, siguió con la mirada al pelirrojo August que, sin saludar, se había acercado cojeando a la fuente para rellenar su botella.

—Una pena que no sea una chica, ¿no? —dijo el tipo, y se pasó la punta de la lengua por los dientes—. Como dice el dicho: tejado oxidado, bodega húmeda.

Los otros dos, ambos paracaidistas, se rieron; Walter dejó el papel encima de la mesa y dio media vuelta. Bajo la luz del sol que se filtraba a través de las tablas del techo estaban el viejo molinero, su mujer ciega y un cabrero

jorobado, de pie encima de sus taburetes azules, en los que seguramente solían sentarse frente a la hoguera, con una taza de té en la mano. Tenían la tez grisácea, los labios agrietados y los ojos cerrados, y no parecieron reparar en su presencia ni siquiera cuando se detuvo justo enfrente de ellos.

El pañuelo negro de la cabeza de la mujer, que, temblando, se aferraba con los dedos de los pies al asiento de paja, tenía marcas de sal, y el hombre había mojado la entepierna del pantalón. El alambre con el que les habían atado las manos a la espalda se les hundía en la piel hinchada, hasta el punto de que apenas era ya visible. Les habían

reventado varias uñas y los lazos del cuello también estaban muy apretados, aunque podían respirar. Las sogas estaban atadas a las vigas del granero, que en aquella época del año estaba vacío, una construcción de techos altos donde resonaba el arrullo de las palomas.

El jorobado, con la barbilla pegada al cuello, roncaba ostensiblemente, como si se hubiera dormido de pie, y parecía haberse rendido por completo. También el molinero, que todavía llevaba sus zuecos de madera, parecía haber perdido el sentido; una mosca sobrevolaba su rostro inmóvil. Sin embargo, de repente su mujer empezó a

convulsionarse con tanta violencia que el taburete se tambaleó y una pata golpeó contra el suelo, y el hombre abrió una boca sin dientes y, gimiendo más que hablando, exclamó:

—¡Zsuzsa!

Ella no respondió, pero aquella palabra le permitió recuperar un poco las fuerzas. Con las mejillas surcadas de lágrimas secas, levantó la cabeza y respiró roncamente.

Fuera, alguien dio una palmada. Walter miró a su alrededor y de pronto se acordó del pañuelo que el paracaidista llevaba anudado al cuello. Era de seda amarilla con flores azules y había pertenecido a la hija de los viejos

propietarios, una viuda de treinta años que cada mañana colgaba una jaula de pájaros cantores junto a la puerta. La jaula, adornada con piezas de nácar, yacía vacía y aplastada entre los escombros.

—Bueno —dijo el Rottenführer, poniéndose de pie—. ¿Hemos terminado ya de comer? ¿Estamos a punto? ¡Pues andando!

Se metió la cuchara en la bota y dobló un mapa. Como era costumbre entre los paracaidistas, llevaba un mono con pantalón corto y una bolsa grande encima del uniforme, el llamado «saco de huesos». August cerró su cantimplora y preguntó:

—¿Y qué pasa con esa gente?

El otro se giró en redondo. Tenía la manga derecha marrón por la sangre seca.

—¿Qué gente? —dijo, y miró a Walter con la frente arrugada—. ¿De quién habla?

August señaló a sus espaldas con el pulgar, pero el tipo escupió y dijo:

—Ah, esos... Ni idea. Llevan toda la noche así. Creo que esperan a alguien.

En el horno resonaron carcajadas. Uno de los paracaidistas, un tipo calvo, llevó un petate hasta el coche; de dentro sobresalía la tela del paracaídas.

—No comen, no beben, no se cansan —dijo, abriendo el maletero—.

Yo hace ya rato que me habría caído del taburete.

Los otros guardaron los cascos, en forma de orinal, y las rodilleras, y dejaron las armas, tres escopetas MP 28 con cargador lateral, encima del banco trasero del Horch.

—Son espías —continuó—. No tienen ni un gramo de honor en el cuerpo, míralos. Se cagan y se mean encima. ¡Si quieres, les puedes pegar el tiro de gracia!

Le ofreció una pistola, pero Walter se volvió hacia el paracaidista de mayor rango.

—Con permiso, señor, estos hombres no son enemigos —dijo—. Los

conozco, Rottenführer, nos alojamos aquí hasta hace poco. Él es el molinero y ella su mujer ciega. Su hija, Boglárka, estaba casada con un alemán, un suabo del Danubio, caído cerca de Budapest. La muchacha cocinaba para todo el convoy. Y el otro se encarga de las cabras.

El oficial, con una brizna de paja entre los labios, levantó la barbilla y entrecerró los ojos.

—¿Disculpa? ¿Ahora resulta que un conductor me va a explicar cuál es mi misión? ¿Y dónde están las cabras? ¿Tú las ves por alguna parte? —preguntó, señalando la casa y las ventanas rotas —. Si quieres te enseño lo que

escondían en el sótano, chaval. Si ese tipo es molinero, yo soy el Papa de Roma. —Guardó el mapa en la talega de piel que llevaba colgando del pecho y se volvió hacia sus hombres—. En marcha, maldita sea, nos tenemos que ir. Coged el resto de aguardiente de la cocina y soltad los pájaros.

El viento arremolinaba las hojas plateadas de los árboles; volvió a oírse un susurro:

—¡Zsuzsa!

El soldado calvo se encendió un cigarrillo.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó a Walter, poniéndole una mano en el hombro—. ¿Diecisiete? ¿Dieciocho?

Acabas de salir del colegio, ¿verdad? Todavía no te has llevado ni un arañazo. ¿Te has cargado ya a alguien?

Walter negó con la cabeza y el otro frunció el ceño.

—¿En serio? Por Dios, ¿para qué os traen aquí, para que preparéis pasteles? Ven, yo te enseño.

Cogió su silla y se la llevó al granero, la colocó detrás del jorobado y se subió encima. Cuando aflojó el lazo, Fredo, así se llamaba el pastor, movió los labios agrietados sin pronunciar palabra; en sus ojos entreabiertos se había formado una película blanquecina.

—Con gente de esta calaña tienes que asegurarte de colocar el nudo

delante —explicó el paracaidista, mientras hacía girar la soga—. Si lo tienen detrás, se les parte la nuca y la cosa no dura ni dos segundos. En cambio, si se lo pones aquí, debajo de la barbilla, el hijo de puta durará un poco más, se mantendrá consciente un rato y se ahogará lentamente —explicó con una sonrisa burlona—. Se lo debes a sus víctimas.

Entonces se levantó de la silla y le hizo un gesto con la cabeza, pero Walter se quedó en la puerta del granero, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Dios mío, ¿qué víctimas? ¡No son partisanos! —repitió, y tragó saliva. Tenía la garganta seca y hablaba con un

hilo voz—. Son civiles normales, buena gente. Nos dejaron dormir en su habitación, cuidaron de nuestros heridos y dieron de comer a los conductores. ¡No los podemos liquidar así como así!

Pero el otro, el del pañuelo, le pegó un empujón.

—¡No me vengas con historias, chaval! —dijo—. Ya solo falta que te echés a llorar. Partisanos, judíos, putas, ¿qué más da? ¿Tú has oído hablar de la ley marcial? Vamos, no perdamos más tiempo. Uno cada uno...

Dio un puntapié al taburete del molinero, que se partió en trozos, y por un momento pareció como si el hombre, que soltó un grito asustado, fuese a caer

de bruces contra el suelo de cemento. El pelo blanco se le levantó, y en ese momento la soga se tensó y tiró del frágil viejecito con una fuerza desmesurada; fue como si una energía invisible que emanaba del granero estuviera tensando la cuerda desde el techo. Cuando el hombre dejó de oscilar y empezó a girar sobre el eje vertical, se le cayeron los zuecos de los pies.

La madera del segundo taburete resonó sobre el cemento; el cabrero se balanceaba con los ojos cerrados con fuerza. De su cuello salían gemidos y un desagradable estertor mientras agitaba los pies desnudos en el aire. El paracaidista calvo, todavía con el

taburete en la mano, observó un instante con interés su expresión desfigurada, que, a pesar de la barba de dos días, parecía más la de un niño que la de un ahorcado. Después chasqueó la lengua con aire de desaprobación.

—¡No seas tan ansioso, hombre! — dijo—. Suéltate, ríndete ya.

Pero Fredo no quería morir, y eran precisamente las adherencias de sus vértebras encallecidas las que impedían que el lazo se terminara de cerrar. Entre convulsiones, rechinando los dientes, buscaba algún lugar donde apoyar los pies, pataleando cada vez más deprisa, mientras le asomaba espuma por la nariz. El paracaidista estrelló el taburete

contra una pared y se colocó delante de su víctima.

—Qué perro tan terco —murmuró—. Tú no has entendido nada de la vida, ¿no? Tarde o temprano se termina, ¿qué sentido tiene tanto teatro? Todos acabamos yéndonos.

Con el cigarrillo colgando en la comisura de los labios, se puso los guantes y aguardó unos instantes más. Se le cayó la ceniza, y de pronto pareció como si el corpulento soldado fuera a abrazar al cabrero. Y eso hizo: ignorando los pantalones mojados, le rodeó las caderas con los brazos y pegó dos, tres tirones hacia abajo, hasta que la viga crujió y al mozo se le partió el

cuello. Las palomas emmudecieron. Un puñado de plumas grises y blancas cayeron del desván y se arremolinaron en una corriente de aire; los hombres se volvieron hacia Walter.

—Y eso es todo —dijo el calvo, con los puños en las caderas—. Tampoco había para tanto, ¿no? Es lo que había que hacer. Ven, anda, la mujer te toca a ti.

Fredo colgaba ya inmóvil, con sangre coagulada en la comisura de la boca, y aunque los paracaidistas tenían mayor graduación que él, Walter se llevó un dedo a la sien: un gesto instintivo, involuntario, con mano

temblorosa. Entonces dio media vuelta y se marchó hacia el vehículo.

—¡Vaya, vaya! —exclamó el del pañuelo—. ¡Qué tipo tan piadoso! Sobre todo, que no se te ensucie el alma. ¿Podrás confesarnos más tarde? Bueno, como quieras. Dejaremos a la vieja como está, que se la coman las ratas.

Se oyeron detonaciones en las montañas, el eco de las batallas que se libraban en el valle. Después de meter los paracaídas, las botellas y las bolsas de municiones en el maletero, los dos hombres se sentaron en los asientos traseros, junto a su superior. Walter hizo girar la llave en el contacto y miró por el retrovisor. De la casa se elevaba una

columna de humo. El Rottenführer estaba limpiando el guardamano de su fusil con la manga. Sopló para sacar el polvo, y el manguito de enfriamiento del cañón silbó.

Habían dejado a la mujer ciega entre los dos ahorcados, a quienes les salía sangre de los ojos y les goteaba mierda y orín de los pies. Con los párpados hundidos entre las sombras y la cara cubierta de arrugas, la mujer tenía la cabeza inclinada y movía los labios en silencio. ¿O acaso eran temblores? Las patas del taburete se tambaleaban. De pronto Walter la oyó decir algo, una y otra vez, hablando en un tono de voz que no parecía ni

apremiante ni asustado, sino el que debía de haber utilizado toda su vida, como si su marido estuviera en la habitación de al lado:

—¿Kristóf?

Era una voz sorprendentemente aguda, casi juvenil. Walter metió una marcha y enfiló hacia la carretera. Los resortes del pesado coche chirriaron.

—Las mujeres siempre tienen suerte —dijo el paracaidista de mayor rango—. Seguramente sus amigos partisanos estarán ocultos entre los arbustos y saldrán a ayudarla para que les prepare un *gulasch*... —Se inclinó hacia delante y tocó el triángulo de la manga de Walter, el distintivo de su

cuerpo en el ejército—. Oye, buen samaritano, hay una cosa que siempre he querido saber: ¿qué hacen soldados como tú, jóvenes y sanos, haraganeando de aquí para allá? ¿Por qué os dedicáis a transportar panecillos al frente en lugar de luchar con las tropas?

Walter se encogió de hombros, pero no dijo nada. Pasó por encima de un charco y el eje crujió. Junto a la cruz de término había un arroyo.

—Pues porque tenemos permiso de conducir —respondió August en su lugar, sin dejar de observar el cielo con los prismáticos—. Por mucho que haya guerra, el que circula por la derecha

sigue teniendo prioridad de paso, Rottenführer.

El paracaidista soltó una sonora carcajada y le pegó con la mano plana en el casco.

—No está mal, jovencito... Eres un listillo, ¿verdad? Estudiante o algo así, me he dado cuenta enseguida. Pero a ti también te van a romper el culo. Bueno, ¿cuál es la situación en la granja?

August miró a Walter de reojo; este cambió de marcha y dijo:

—Dividida entre el almacén de abastecimiento A y el hospital de campaña. Hay camas para los oficiales superiores. Antiguamente era el puesto del Estado Mayor del general Balck. En

la antigua biblioteca de la casa hay un casino para oficiales, con samovar y butacas de lectura. Y también pueden jugar al billar.

—¡Diablos! —exclamó el otro; se quitó la nariz artificial y la sacudió al viento. Del agujero del hueso sobresalían unas grapas plateadas—. ¿Lo habéis oído? ¡Cómo vive el cuerpo de intendencia! ¡Mientras nosotros dormimos en las tripas del enemigo, ellos tienen camas! ¡Y libros! Nos podremos empapar de cultura, ¿no? Mi favorito siempre fue Karl May. Cuando uno ha aprendido de Winnetou, sabe más que los demás. —Volvió a colocarse la prótesis, se puso un cigarrillo entre los

labios y dijo, como de pasada—: Pero entonces, chicos, si estáis tan bien equipados y tenéis tantos lujos, ¿para qué necesitamos ese taburete viejo? ¿Es realmente necesario llevarlo de aquí para allá?

Walter frunció el ceño, frenó de golpe y se giró. También August se apartó el casco de la frente. El paracaidista calvo estaba limpiando la acanaladura de su bayoneta con la uña del pulgar, el otro contemplaba el paisaje con expresión hastiada. Su superior encendió el mechero.

El taburete de la mujer del molinero, de tres patas, estaba tirado en un charco del camino, unos metros

detrás del coche. Walter intentó respirar hondo, bajó del coche y se dirigió hacia el enganche para remolques. Su cuchillo estaba desafilado, y cortó la cuerda apretando los labios, mientras contemplaba el cielo, donde un penacho de humo avanzaba hacia el oeste. Desde allí ya no se divisaba el granero. Apenas se veía la punta de la torre del molino y parte del tejado derruido, donde el viento arremolinaba las plumas de las palomas.

«Querida Liesel: espero que recibieras mi última carta. Llevo ya un tiempo esperando un mensaje tuyo, aunque si me

has escrito a Hamburg-Langenhorn todavía tendré que esperar un tiempo más. Ya estamos en el destino asignado, en Hungría, aunque no te puedo decir exactamente dónde. Por suerte no tengo que luchar en primera línea. Ahora conduzco un Henschel y me encargo de abastecer a los soldados. El vino aquí es bueno y barato, cuarenta *pfennig* el litro, y nos pasamos el día bebiendo, los conductores también. La *puszta* húngara se parece a nuestra región porque es bastante llana, aunque también hay montañas. Aquí vives cosas que preferirías no tener que explicar; así es la guerra. La población nos respalda y muchos hablan alemán. Incluso tienen

una sección de la Juventud Hitleriana y de la sección femenina, la BDM, aunque cuando les preguntas a las chicas qué significan esas siglas, dicen: “Bobo, dame más”. Pero no te preocupes, que yo te soy fiel. Sé fiel tú también. Puedes coger la pastilla de jabón de lavanda que tengo en mi habitación antes de que se seque, seguro que Thamling no te pone reparos. Aquí hacen unas blusas muy bonitas, bordadas con hilos de color. Mándame tu talla. Mi número de correo militar es el 47704. »No fumes tanto, que se te pondrán los dientes grises. Y, una vez más: uno, dos, tres. Tú ya sabes qué quiere decir.»

Los soldados se escondían donde podían en cuanto oían aquel sonido. Cuando los aviones con las estrellas rojas en las alas, en vuelo rasante, disparaban las ametralladoras de a bordo, sonaba como si cosieran cartón, como si hubieran cogido una tira de cartón y la pasaran por una máquina Singer. Eran Iliushins monomotor pintados de verde oscuro mate, pero solo los soldados experimentados sabían que últimamente volaban con un artillero extra, de modo que también podían disparar desde detrás. Al principio, muchos salían de su escondrijo en cuanto la sombra oscura del aparato les pasaba volando por

encima, y entonces se desplomaban de repente, apenas un momento antes de que llegara el sonido de la ametralladora.

La tropa de intendencia estaba ya estacionada en Tata, en alemán Totis, en los sótanos del imponente castillo de la ciudad, y cada noche los hombres atravesaban las montañas y regresaban con provisiones, combustible y municiones a las llanuras de Schambeck. Allí apenas había emboscadas, pero los accidentes en aquellas carreteras llenas de agujeros, que los rusos se dedicaban a bombardear durante el día y los zapadores alemanes a arreglar por la noche, eran gravísimos. Cada dos por tres, las estrechísimas carreteras se

desmoronaban y los camiones cargados de heridos volcaban o se caían por algún terraplén. A menudo se producían atascos, que podían durar hasta primera hora de la mañana, y entonces los bosques de roble, no tan frondosos en marzo como lo estarían unos meses más tarde, ofrecían escasa protección contra los cazabombarderos.

Walter pasó lentamente junto a una columna de abastecimiento arrasada: neumáticos humeantes, soldados muertos que asomaban por las ventanillas y montañas de pan echándose a perder bajo la lluvia. Una y otra vez tenía que frenar y maniobrar para tomar las curvas con su camión de tres toneladas, pero ni

aun así pudo evitar derrapar varias veces y chocar contra un árbol o alguna roca. Oyó gemir a los heridos que llevaba en la parte trasera, y aunque era última hora de la tarde y el clima era fresco, sintió que empezaba a sudar.

El soldado de infantería que iba a su lado le tendió una cajita de lata abierta. Llevaba la cabeza y el ojo derecho vendados, pero aún podía andar y mover los dos brazos. A cualquier otro soldado en su estado le habrían puesto la antitetánica y lo habrían mandado otra vez al frente, pero su padre, el Hauptsturmführer Greiff, comandante de la unidad de aprovisionamiento, había movido algunos hilos.

—Gracias —le dijo Walter después de echar una mirada de reojo a las pastillas—, las he provado, pero para mis nervios esas no me sirven. Una vez me tomé un Pervitin y me pasé tres días seguidos despierto. El corazón me latía a cien por hora.

El hijo de su superior, que se llamaba Jochen y era un chico rubio, con la frente alta y los labios finos, se rio. —¡Es que ese es el secreto! Seguramente por eso sigo vivo, colega. Si te quieres relajar, tienes que tomar Veronal. ¿Quieres unos cuantos?

Se sacó un tubo de aluminio abollado, pero Walter volvió a negar con la cabeza.

—Por desgracia esta mierda siempre te pone caliente —murmuró—. Te tomas dos Pervitin y no puedes pensar más que en meterla, donde sea. La sangre de los camaradas te salpica la cara, le clavas a un ruso la bayoneta en la barriga, pero en cuanto puedes volver a respirar, empiezas a soñar con baños espumosos y culos macizos. Pero después ahí abajo no sientes nada, eres como un viejo. Veintipocos y ya no se te levanta.

Se hizo de noche, y en cuanto llegaron a la cima de la montaña, Walter encendió los faros. La luz que se filtraba a través del parabrisas alcanzaba justo para ver lo necesario entre la lluvia, las

ruinas, las piedras y el borde del terraplén. La goma de los limpiaparabrisas estaba gastada y el metal chirriaba sobre el parabrisas empañado. Los dos estaban frotando el cristal con las mangas cuando de pronto los frenos se bloquearon. El pesado Henschel 33 derrapó un buen trozo sobre la gravilla y se detuvo cruzado sobre la carretera. Walter puso la marcha atrás para que las pastillas de freno erosionadas se soltaran, pero el pedal del gas se quedó bloqueado. Maldiciendo su suerte, hizo girar la llave en el contacto.

Metió una marcha y sacó las herramientas de la caja. Se oían

murmullos y burbujeos en la oscuridad; el agua cruzaba la carretera formando pequeños arroyos. Walter se agachó debajo del vehículo con una lámpara de carburo y, a su luz amarillenta, pegó unos martillazos a las tuercas oxidadas y desatornilló los manguitos de freno de los tambores embarrados. Después de sacar todo el líquido, volvió a arrancar el motor, pisó el pedal a fondo y, despacio, volvió a adentrarse en el valle, casi sin dar gas y conduciendo todo el rato en segunda, porque solo podía frenar con el freno de mano y con el motor, que rugía; notaban las sacudidas en los brazos y las piernas.

Jochen apoyó los pies en el salpicadero metálico y se encendió un cigarrillo *papirosa*. La cánula del filtro era el doble de larga que el cigarrillo en sí, y el joven se sujetó la cabeza, tosiendo.

—Malditos hierbajos de la estepa —se quejó—. Huele a colchones quemados, ¿a que sí? Pronto fumaremos esto en el campamento, si es que fumamos algo. ¿Tenéis cigarrillos de verdad? ¿Reservas secretas?

Walter conocía el estado de las provisiones al detalle, pero murmuró:

—Y yo qué sé. Pregúntaselo a tu padre.

Jochen dio otra calada. A la lumbre del tabaco de *majorka*, sus ojos tenían una mirada febril.

—A mi padre... Ni más ni menos. A ese no le pediría ni un vaso de agua, vaya capullo. Gracias a él voy a pasarme el resto de mi vida con un

parche negro en el ojo. En la retaguardia sí que podría haber pegado un par de tiros inofensivos y, ¡hala, al centro de investigaciones del ejército en Kummersdorf, al lado de casa! Mi madre ya lo había arreglado todo. Me quería más que a mi padre, y eso a él lo fastidiaba. Pero cuando el viejo lo descubrió se puso hecho una furia, temía que fuera a afeminarme, a volverme maricón, así que me prescribió duchas frías y pan con pescado crudo y me mandó al frente. De la vieja escuela, ya me entiendes. Jochen se echó hacia delante y escupió entre las piernas, en el suelo.

—Conoce a Sepp Dietrich, así que hizo que me trasladaran a la unidad de combate Ney. Allí no había más que cerdos y sádicos. La experiencia me endureció, claro, pero me volví un mariposón de todos modos, incluso en el frente. Cuando uno tiene miedo de morir quiere vivirlo todo, y así se lo dije por carta. Pero ahora que mi madre está muerta y que nuestra casa de Jena ha quedado reducida a escombros, el tío va y se pone sentimental y quiere que seamos una familia. A la mierda, en serio.

Delante tenían una curva llena de baches y, para reducir la velocidad, Walter tuvo que meter primera. Golpeó

la palanca de cambio y el viejo engranaje chirrió como si estuviera desgarrando algo metálico; se le pusieron los pelos de punta.

—¿Dónde has luchado? —le preguntó—. ¿También estuviste en Stuhlweissenburg?

—Sí, claro —dijo Jochen—. A mediados de febrero. Aquello era un caldero infernal, murió más de una cuarta parte del regimiento. Los aviones rusos estaban por todas partes, pero de los nuestros no había ni rastro. Tampoco teníamos provisiones, nos tuvimos que comer el pan ensangrentado de las talegas de los muertos. Y cuando perdimos aquel pueblucho, nos dijeron

que no éramos dignos de llevar el nombre de la división y que teníamos que arrancarnos los galones por orden del Führer —dijo, y soltó un gruñido burlón—. Se ve que se le había olvidado que no llevábamos galones: hasta el momento del ataque, nuestra presencia allí era secreta; también por órdenes de arriba. Pero nuestro Adolf es un tipo concienzudo: al enemigo hay que decapitarlo dos veces. ¿Por qué me preguntas por Stuhlweissenburg?

Walter no dijo nada. Habían dejado atrás la curva, pero cuando quiso volver a meter segunda, no hubo forma de mover el cambio de marchas, ni siquiera con la ayuda de Jochen. Tiraron juntos

de la palanca, que vibró pero no cedió. Las ruedas motrices traquetearon y de pronto el eje empezó a funcionar al ralentí. Oyeron el chasquido de los dientes de engranaje, rotos dentro de la caja de cambios.

—Vale, genial. Se acabó —dijo Walter, apagando el motor. La tenue luz de los faros, que iluminaba los arbustos, se extinguió al cabo de un momento—. La noche será fría aquí fuera.

Puso el freno de mano. Por lo que atinaba a ver, habían llegado a la linde del bosque. Jochen bajó la ventanilla: el ruido de la lluvia, amplificado por la lona que cubría la parte trasera de la

camioneta, era ensordecedor. Tiró el cigarrillo por la ventana y exclamó:

—¿Insinúas que tendremos que pasar la noche aquí? ¿En medio de la nada?

Walter echó un vistazo a su reloj, de números fosforescentes.

—¿Dónde si no? Cuando vean que no volvemos mandarán a alguien, pero puede tardar. Una vez tuve que pasar dos noches en la estepa, sin ningún tipo de protección. Cavé un hoyo y me escondí. Pero si quieres andar, hasta Totis hay veinte kilómetros, una excursioncita de un día. No hay demasiados partisanos, pero la zona está llena de patrullas de la policía militar, a la caza de desertores

—dijo, señalándose la sien con un dedo—. Ellos te enseñarán el camino.

El agua bajaba por la ladera de la montaña en espumeantes arroyos. Walter se apeó del vehículo, fue hasta la parte trasera y desató un extremo de la lona. Había seis hombres sobre la paja que los soldados sanitarios habían esparcido en la parte trasera de la camioneta: a uno le habían cortado una pierna, otro llevaba un brazo vendado. Al ver el brillo de la lámpara de carburo, casi todos volvieron la cabeza, rapada para evitar que cogieran piojos: ojos desorbitados y caras sucias, miradas asustadas.

—Hemos tenido una avería —les dijo Walter—. Lo siento. Seguramente vendrán a buscarnos pronto. Si me acercáis las cantimploras, os las llenaré de agua.

Después de encargarse de los hombres —tuvo que cambiar una venda y apartar un puñado de paja cubierta de mierda—, se lavó las manos y volvió a meterse en la cabina. Ajustó los manguitos y metió la lámpara debajo del salpicadero. Jochen, por su parte, sacó una botella del petate.

—Vodka ruso —dijo, cortando el sello de cera del tapón—. Mi último prisionero era un oficial. Me enseñó fotos de sus hijos y me regaló esta

botella. Yo lo habría soltado, incluso hablaba un poco de alemán, pero mis queridos camaradas... ni hablar. —Le pasó la petaca, con la marca grabada sobre el cristal—. ¿Tú tienes novia?

Se había acercado a él (se había acercado demasiado), y Walter levantó el codo, una amenaza silenciosa. Olisqueó la abertura de la botella y bebió un trago, pero no sabía a nada.

—Sí, tengo novia —dijo, acariciando los caracteres cirílicos—. Se llama Elisabeth. Liesel. —Después del siguiente trago, más largo, le entró tos, y de pronto notó una leve quemazón, un ardor en el pecho—. Vive en la granja donde trabajo. Llegó con su

madre desde la región de Danzig, eran refugiadas. La chica es insolente como una gitana. Pero iba al instituto.

Jochen se rio y sacó otro *papirosa* del paquete.

—Pues nada... —dijo. Aplastó el filtro a lo largo y se apoyó en el petate, una mochila forrada de cuero—. Mi padre siempre quería liarme con la hija de uno de sus socios. En la vida civil es arquitecto, y creía que yo podía hacerme cargo de la empresa. Pero yo odio todas esas mierdas cuadriculadas, estoy mucho más a gusto con el caos. Yo quería ser artista, ir y venir por el mundo, a mi antojo. Pero ahora ya me

puedo ir olvidando. ¿Tú has visto alguna vez un pintor con un solo ojo?

Dio una calada al cigarrillo.

—¿Y qué pasa con tu viejo?

¿También está en el ejército?

Walter asintió en silencio.

—Sí, también con las Waffen-SS.

Era vigilante en un campo, pero hace poco lo enviaron con un batallón disciplinario a Stuhlweissenburg. No tengo ni idea de si vive aún. Hace mucho que no tengo noticias tuyas.

Jochen se bebía el vodka como si fuera agua. La laringe le subía y le bajaba.

—Bueno —dijo al final—, yo no me haría muchas ilusiones. Toda esa

zona es un cementerio de soldados. Cuando las cadenas de los carros de combate giran y se hunden en la tierra, salen volando huesos de rusos y alemanes. Aunque, quién sabe, a lo mejor ha tenido suerte. Además, la región vuelve a estar en nuestras manos. Es realmente bonita, con un montón de viejos edificios llenos de oro y estuco. Eso sí, a estos alemanes húngaros les falta un hervor, sobre todo a los hombres. Llevan todos un bigotito cuadrado y la raya al lado. Hay un Hitler en cada oficina de correos.

Dio dos caladas rápidas al cigarrillo, masticó dos Veronal y se los tragó con el resto del aguardiente. La

botella de cristal tintineó en la oscuridad. Walter sacó una manta sucia de la red portaequipajes y dijo:

—Mi padre también lleva un bigotito de esos. Pero no se lo dejó por política, sino solo para encontrar trabajo. Lo cogieron enseguida...

Jochen esbozó una sonrisa cansada, se quitó las botas y se acurrucó en su asiento, debajo del capote, donde soltó un pedo sin ninguna vergüenza. Cruzó los brazos sobre el pecho, y al cabo de nada respiraba ya con tanta regularidad, que Walter se llevó un susto cuando volvió a incorporar la cabeza.

—Lo que más me gustó fue el lago Balaton —dijo, con la lengua pesada—.

La luz sobre el agua y entre los árboles... ¡Transmitía tanta paz, madre mía! Era más fuerte que todas las granadas.

Acto seguido se durmió y Walter apagó la lámpara. Se quedó unos minutos envuelto en la manta, escuchando la lluvia. Pronto se le empezaron a pasar los efectos del vodka y el frío le atenazó las piernas. En la oscuridad, los heridos gemían o tosían para arrancar alguna flema del pecho, y de pronto una voz juvenil, casi infantil, dijo como entre sueños:

—Mamá, ayúdame. —El soldado, que debía de estar echado justo detrás de él, pareció arañar el suelo de madera

—. ¡¿Por qué no me ayudas?! —repitió en voz baja.

Walter se envolvió en la áspera manta.

Lo despertó el silencio repentino. La lluvia ya no golpeaba el capó del coche y el arroyo que corría por la cuneta se había convertido en un hilo de agua. La niebla cubría las cumbres de las montañas, y los lagos artificiales del valle, de ángulos rectos, desprendían un brillo gris plateado. Temblando de frío, Walter estiró los brazos y se frotó la cara. Jochen, que tenía el petate de marcha debajo de la cabeza y se había cubierto con una manta hasta la barbilla, resollaba en voz baja. Tenía un aspecto

plácido. Su boca, bonita y algo femenina a pesar de la barba incipiente, parecía sonreír, y las pupilas, debajo de los párpados, se movían sin parar. Algunos soldados de la parte trasera roncaban.

Poco a poco, el horizonte se fue despejando. La silueta de unos solitarios chopos y la punta de un campanario asomaban por encima de la neblina, que se extendía tan regularmente sobre la llanura oscura que esta casi parecía estar curvada. En la rama más alta de un abedul, junto al campo, un tordo devolvía los cantos que llegaban desde el bosque. De vez en cuando batía las alas o daba un brinco, con un arrebatado

furioso que le otorgaba un aire huraño, arisco, como si el eco no le gustara.

A lo lejos, un cazabombardero solitario volaba hacia el norte. El zumbido del motor no llegaba hasta aquella montaña y, si sus cañones disparaban, tan solo se intuía por el humo que se elevaba del paisaje, aquí y allá. Con los primeros rayos de sol, el humo parecía polvo. El aparato se hacía cada vez más pequeño. Walter abrió el bolsillo de la pechera del tabardo, donde guardaba todavía algo de chocolate con cola, y se metió un triangulito en la boca. Había metido también la pluma de arrendajo en la lata, y la acarició con el pulgar, y en el

instante en que cayó en la cuenta de que el capó del Henschen apuntaba hacia el oeste y que el parabrisas debía de reflejar la luz del sol, un destello en medio del bosque negro y mojado, el avión empezó a dar media vuelta.

Walter sacudió a su copiloto, que aún dormía, y gritó su nombre, pero Jochen no reaccionó. Entonces bajó del camión de un salto y dio la vuelta a la cabina, pasando por delante del radiador. Abrió la puerta de golpe, cogió a Jochen por debajo de las axilas y le sacó el tronco del vehículo; el joven gimió y lo apartó de un manotazo. La silueta del Iliushin se reflejaba sobre los lagos del valle y ya se oía el motor.

Walter lo intentó de nuevo, agarró a su aturdido camarada y lo dejó caer de espaldas al suelo. Justo en ese momento estallaron los cristales del vehículo y los disparos perforaron la chapa. A los impactos les siguió el «¡ping!» de las balas al rebotar, y los heridos soltaron un grito cuando dos ruedas estallaron y el camión, con una sacudida y un siseo, se inclinó hacia un lado.

En el momento en que los disparos acribillaban la trasera del vehículo, distinguieron las estrellas rojas de las alas sobre sus cabezas. El compartimento de bombas parecía estar vacío: se veían las botas del artillero de cola, las cañas de piel clara. Su ráfaga

de disparos hizo jirones la corteza de varios robles y agujereó el cascajo de la carretera, antes de coser también el Henschel. Jochen intentó levantarse, pero Walter, con la cara cubierta de ramas y raíces, y un arroyo corriéndole entre las botas, lo mantuvo bien sujeto mientras aguzaba el oído. Sin embargo, el aparato monomotor no dio media vuelta: cuando dejó atrás la cresta de la montaña, volvió a hacerse el silencio en el bosque, del que la niebla se iba retirando progresivamente. La luz matutina se filtraba a través de las hojas.

En la parte trasera del camión no se oía nada. Walter apartó a Jochen de un empujón y corrió el resto de la lona. La

parhilera estaba abollada y los maderos claveteados entre los lechos de paja tenían agujeros del tamaño de un pulgar, a través de los cuales la sangre goteaba sobre la carretera y se mezclaba con la gasolina. Ninguno de los hombres reaccionó a sus gritos. Walter se subió a la trasera y echó un vistazo a los cuerpos: los ojos reflejaban una consternación inesperada y un asombro cargado de incredulidad que los hacía parecer vivos, pero en sus rostros macilentos asomaba ya un rigor que no era de este mundo y que no dejaba lugar a dudas. Un oficial, con la Cruz de Hierro nueva sobre el vendaje que le cubría el pecho, tenía dentro del puño

una foto arrugada de una muchacha sonriente. Después de palpar la yugular de todos los soldados, Walter partió la placa de identificación perforada que llevaban colgando de una cadena y se guardó la mitad en el bolsillo. Bajó de la trasera del camión y sacó un pico y una pala de la parte posterior de la cabina.

—Vamos —dijo en voz baja, casi en un susurro, como si los muertos los pudieran oír todavía—, ayúdame a cavar. Pero Jochen no le respondió y Walter volvió a girarse hacia él. Estaba de pie en la carretera, sin zapatos. Se sacó la cajita del capote y la agitó cerca del oído mientras contemplaba la

llanura, con sus chimeneas humeantes y los peces de los lagos saltando bajo la luz rojiza del amanecer.

Una semana más tarde, también en Totis se empezaron a vaciar los primeros sótanos y almacenes. Los miembros del parque móvil se alojaban en las casas que había al otro lado del foso del castillo, pero ninguno de los guardias del puente le dijo nada cuando, después de la cena, Walter cogió el camino que llevaba al jardín inglés. El toque de queda había entrado ya en vigor, de modo que, en la medida de lo posible, intentó evitar las calles y caminó

siguiendo verjas, arbustos y pilas de escombros. Silencio detrás de los escaparates cerrados; no se veía a nadie por ningún lado.

Volvía a hacer frío y los bordes de los charcos estaban helados. Walter se orientaba perfectamente en la oscuridad, a través de los caminitos del jardín y las calles, pero no vio la moto con sidecar hasta el último momento, y corrió a esconderse detrás de un árbol. Los soldados, cubiertos con una tela impermeable negra, bajaban por la colina del castillo con el motor apagado más silenciosos que la lluvia, y solo al llegar al punto más bajo del camino el conductor puso en marcha el vehículo, al

tiempo que las ruedas derrapaban sobre el empedrado reluciente. La gran puerta de hierro estaba abierta. Walter, que seguía oculto bajo los pinos, levantó la cabeza cuando, de pronto, encima de él, estalló un estrépito de trinos y crujidos en los árboles del parque. También el ganado requisado de los pabellones y las capillas empezó a bramar, los perros ladraron y, finalmente, sonó la alarma antiaérea, la vieja sirena a manivela de la torre. El lago del castillo amplificó el sonido, y los potentes proyectores del monte Calvario, que humeaban bajo la lluvia, iluminaron las nubes.

Habían cubierto la mayoría de ventanas del invernadero con tablones

de madera. Rotas en el suelo de gravilla yacían las ánforas cubiertas de musgo que hasta poco antes decoraban el edificio. El hospital de campaña era una estación de paso: quienes no debían regresar al frente, partían rápidamente a Graz o a Viena para recibir tratamiento de urgencia. Sentadas en el pórtico de columnas, varias monjas húngaras alemanas lavaban vendajes en tinas mientras fumaban. Un médico con la bata manchada puesta encima del uniforme, que se afeitaba delante de un espejo, se lo quedó mirando en silencio y Walter respondió a su muda pregunta con un gesto de cabeza.

Todas las camas y los jergones de paja junto a los que pasó estaban ocupados. No había demasiadas lámparas encendidas en la sala, grande y dividida con cortinillas, y a pesar del olor habitual de los hospitales de campaña, a gangrena y a fenol, flotaba en el ambiente un aroma a limón o a naranja. Había árboles con flores blancas en un rincón, las camelias desprendían un brillo rosado y rojo, y de algunas palmeras colgaban plátanos verdes; el suelo se mantenía caliente gracias a las fuentes de aguas termales. Walter vio a varios hombres acucillados junto a sus camas, encima del suelo de mármol y, al apartar una

cortinilla, Fiete levantó la cabeza y le dirigió una sonrisa.

Sus ojos, rodeados por unas ojeras profundas, reflejaban una gravedad nueva; sus dientes habían adquirido un aspecto como de tiza y parecían más separados que antes. Estaba sentado debajo de una ventana estrecha, cubierta con sacos de arena. Llevaba el pelo cortísimo y el brazo izquierdo en cabestrillo. Walter le estrechó delicadamente la mano sana, pero su amigo lo agarró con fuerza y tiró de él hacia el colchón de rayas. Por las costuras asomaban briznas de paja.

—No me mires con esa cara de drama —le dijo, cerrando el libro—.

Que no me voy a morir. ¿No me has traído flores?

Llevaba pantalones de uniforme y una camiseta deportiva, y tenía la cabeza enrojecida por las picaduras de piojos, algunas de las cuales ya supuraban. También le habían afeitado las cejas, y Walter señaló la venda blanca del hombro.

—¿Te vuelves a casa? —le preguntó, pero Fiete chasqueó la lengua.

—Qué va. Es solo una esquirla debajo de la clavícula. Si la herida no se infecta, pronto me podrán volver a utilizar. Hace un año me habrían mandado a casa, con tratamiento y demás, pero ahora... ¡Si hasta he visto

artilleros con muletas y un piloto de tanque manco! —Sacó el tapón de la cantimplora y se sirvió agua en la taza—. Aunque, por otro lado, todo el mundo sabe que esta guerra no da más de sí. Nuestros propios oficiales lanzan granadas a los pies de sus hombres para obligarlos a atacar. —Bebió un trago y preguntó—: ¿Y tú qué haces aquí, soldadito de leche? ¿No estabas con la unidad motorizada?

Walter, que empezaba a tener calor, se abrió el capote y se metió una mano en el bolsillo interior.

—Ahí debería estar, sí. Pero seguramente esta noche no tendremos que salir; en todo caso, no con munición.

Van a retirar la línea de combate en nuestra zona —añadió, echando un vistazo a su alrededor—. Aunque, naturalmente, no se puede hablar de retirada. En realidad, preparan un ataque y tienen que coger carrerilla. —Le guiñó el ojo y le ofreció un paquetito—. Toma, no son flores, pero... Lástima que se me haya olvidado la mostaza.

Fiete abrió la boca —tenía los labios agrietados— y se rascó la barbilla. Se había mordido casi todas las uñas hasta la carne y le temblaron las manos cuando apartó el papel de cera que cubría la carne asada, un pedazo considerable del final de la pieza que

aún tenía trozos de verdura y bayas de enebro.

—¡Por todos los cañones del Rin!
—Agachó la cabeza, inspiró el olor a mejorana y a laurel y se le humedecieron los ojos—. Siempre había creído que lo más duro de luchar en el frente era la muerte —dijo, mirando a su amigo—. Pero no es cierto, Ata, ni mucho menos. Es mucho peor no dormir nunca suficiente y no saber si llegará el avituallamiento. La idea de que te masacren teniendo hambre es insoportable. Uno quiere por lo menos saciarse una vez más antes de volar por los aires porque sí. —Soltó un suspiro y mordió la carne, tan tierna—. Por el

Imperio Alemán, quería decir, claro está... Gracias, compañero, te debo una.

Walter le hizo un gesto con la mano, como diciendo que no había de qué. Ya se oía el zumbido de los Tupolevs rusos y de los estridentes cañones cuádruples que la defensa antiaérea usaba siempre que el cielo estaba encapotado por la facilidad con la que giraban sobre su propio eje. Normalmente, los bombarderos atacaban los búnkeres subterráneos y las fábricas de municiones de las afueras de la ciudad, pero esa noche también cayeron bombas más cerca. Las ondas expansivas hacían temblar los tablones de las ventanas, y de las vigas del alto

techo, en el que había nubes y pájaros pintados, llovía polvo. Las hermanas iban de aquí para allá, apagando las lámparas de carburo.

Los quemadores ardían aún un poco más, y aunque sabía que era imposible debido al estruendo de la alarma antiaérea, el zumbido de los motores y los bramidos de los animales, durante un instante Walter creyó oír el murmullo de las fuentes termales debajo del mármol. Echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—Mi padre ha caído —murmuró, observando la oscuridad—. Estaba en un batallón disciplinario, no muy lejos de aquí. Anteayer llegó el telegrama. A

lo mejor era un tipo mejor de lo que yo creía, pero ya no se lo podré decir.

Fiete levantó la cabeza.

—Lo siento —dijo, y se limpió los labios con el dorso de la mano—. No se lo deseo a nadie... He visto a un par de esos comandos suicidas. A los pobres diablos los mandan sin protección a lo más duro del combate, casi siempre con el único objetivo de desviar una ametralladora enemiga. ¿Qué tal os llevabais? ¿Te caía bien?

Walter hinchó las mejillas.

—Bueno, no era lo que se dice un padre modélico. Bebía, me pegaba y sobaba a mi hermana. Pero a veces me llevaba a pescar al Ruhr. Tenía un horno

para ahumar pescado en el sótano. Y sus cometas de papel eran siempre las que volaban más alto. Más tarde, cuando ya podía defenderme de sus golpes, casi dejamos de hablarnos. Pero es extraño: desde que sé que está muerto, me crece la barba más rápido, no entiendo por qué. Ahora me tengo que afeitar a diario. Además, algo ha cambiado en mí: ahora, cada vez que vamos a salir me entra miedo, auténtico pánico.

Fiete bebió un poco de agua. Sus padres habían muerto en Hamburgo durante los ataques aéreos. Apoyó la cabeza contra la pared, donde tenía la chaqueta colgada de un clavo, y dijo:

—Yo creo que es normal, Ata. Seguro que te quería, los padres no tienen más remedio. Y cuando se van es como si te faltara algo, una protección o algo así. Es un misterio, te mueres de miedo y lloras, pero también te vuelves más fuerte.

El resplandor de unas llamas se filtraba a través de los tablones de madera de las ventanas. Walter se rascó el dorso de la mano y asintió.

—No tendría nada en contra de... —dijo, y se interrumpió para señalar el libro encuadernado en rústica—. ¿Qué lees, por cierto? ¿*La ciudad secreta*? ¿Está permitido?

Fiete esbozó una sonrisa burlona. Devoró el resto del asado, lamió el papel de cera y acabó chupándose los dedos, uno a uno.

—No tengas miedo, gran jefe. Solo son poemas, no van a derribar el Estado. Tabaco no tendrás, ¿verdad? Meneando la cabeza, Walter hojeó el libro, que tenía los márgenes llenos de notas. Después se metió la mano en el bolsillo y le tendió una cajetilla de Overstolz.

—De parte de Jörn. Te manda recuerdos, a lo mejor mañana se pasa por aquí.

Fiete, contentísimo, le pegó un manotazo en la espalda y se puso un cigarrillo entre los labios. Pero en el

preciso instante en que encendió la cerilla —del azufre de la punta saltaron unas chispas diminutas— se hizo un silencio extraño, un vacío ensordecedor que hizo vibrar los tímpanos y les cortó la respiración. Y entonces cayó una bomba junto al invernadero de naranjos.

La bóveda del techo se sacudió y grandes fragmentos de revoque estallaron contra el suelo. Las enfermeras gritaron. Muchas sábanas se apartaron súbitamente. Las camas de hierro chirriaron sobre el suelo y los heridos que aún podían caminar se arrastraron a través de la nube de polvo hacia la salida. Walter se levantó de un salto y ayudó a Fiete a calzarse las

botas. Después le puso la chaqueta sobre los hombros, cogió la mochila que había junto a la cama y buscó en vano su capote. —Te lo han robado —murmuró Fiete al tiempo que salía.

Sobre el parque el cielo estaba iluminado. La onda de calor les llenó los ojos de lágrimas y los dejó sin aliento. Los rusos habían lanzado bombas de fósforo sobre el barrio que se extendía al otro lado del lago. Pegados al asfalto derretido había soldados que ardían rodeados de humo negro. Por el paseo corrían mujeres envueltas por un manto de fuego, que arrojaban a sus hijos en llamas por encima del muro y saltaban a ciegas tras

ellos. Los árboles estaban incendiados, las campanas tocaban alarma y el agua de las mangueras de la unidad de bomberos se evaporaba antes de llegar a su objetivo.

El eco de los cañones antiaéreos resonaba por todo el lago, y de fondo se oyó el zumbido de un bombardero abatido que caía en picado. Un gran número de personas se revolcaban dentro del agua, que burbujeara, siseaba y humeaba, pero en cuanto salían y regresaban tambaleándose a la orilla, los productos químicos volvían a hacer efecto. Al entrar en contacto con el oxígeno, la película de caucho que les cubría la piel prendía con una llama

azulada; si aquellos pobres desesperados, cuyos gritos eran cada vez más estridentes, intentaban apagar las llamas con las manos, las extendían aún más, de tal forma que no les quedaba más remedio que volver a meterse en el agua helada.

El camino serpenteaba entre los abetos y desembocaba en una pequeña iglesia blanca. Habían roto las vidrieras de colores y uno de los batientes de la puerta estaba abierto. El resplandor del fuego de la ciudad titilaba sobre las estatuas y los cuadros, y los animales, apenas veinte vacas grises, con manchas

oscuras alrededor de los ojos, giraron la cabeza. Habían unido con clavos varios bancos en el centro de la sala, de tal modo que cada dos formaban una especie de artesas de donde comían un forraje parduzco. No había paja por ninguna parte y los orines goteaban sobre el suelo de mosaico. Fiete hizo una mueca.

—Fíjate. El viejo Thamling nos crucificaría si viera unos culos así de sucios. ¿Están vacías de leche?

Las bestias estaban atadas unas a otras por las patas y les acababan de cortar los cuernos. Junto al altar había una carretilla con varias astas de un brazo de largo.

—Diría que sí —murmuró Walter, palpándoles las ubres. Las hembras de aquella especie tenían las mamas peludas y particularmente cortas, de modo que en lugar de con el puño había que ordeñarlas con las puntas de los dedos—. Oye, espera. Aquí hay una que está preñada... Muy preñada. Le falta poco para parir.

Los cubos de madera que había dentro de las improvisadas artesas, entre las pilas de comida, estaban vacíos pero muy sucios y en el sagrario solo encontró una cajita de cerillas, pero la pileta en forma de concha que se usaba para el bautismo se podía despegar y, después de asegurar los grilletes de la

vaca, colocó el cuenco artísticamente decorado debajo de las ubres.

A diferencia de muchas bestias preñadas, que se encabritan y pisan cuando uno intenta ordeñarles la primera leche, vital para la supervivencia de los terneros, esta, que era casi una novilla, reaccionó con calma e incluso le lamió la mano a Fiete. Walter logró sacarle un litro y, acto seguido, se sentaron bajo la luz que entraba por el techo y bebieron por turnos. La leche era densa como la nata de un pudin y contenía finos hilos de sangre: no había nada más fuerte. Después de terminarse el cuenco, contemplaron el emblema dibujado en el fondo, un grifo con un sable curvo en

una garra y tres rosas en la otra. *Fidelis ad mortem*, ponía debajo.

—Fieles hasta la muerte —tradujo Fiete—. Resulta familiar, ¿no? —Los cañones habían emmudecido y tampoco se oían los bombarderos, aunque aún no había cesado la alarma—. Ortrud me ha escrito —murmuró, mirando a través de la puerta abierta de la iglesia con el cigarrillo entre los labios. Incluso el cañaveral estaba en llamas, y había cuerpos flotando en el agua, girando lentamente en la corriente—. También allí están en las últimas. Cayó una bomba en la fonda y han perdido la barca, aunque todos salieron sanos y salvos. Ahora a la muchacha le ha dado

por no sé qué de un matrimonio por poderes. Yo no sabía ni que eso existiera. Se ve que ponen un casco encima de la mesa del registro civil, y representa que ese soy yo.

Se le acercó más y, aunque estaban solos en la sala, bajó el tono de voz.

—¿Tú cómo te fugarías? En moto, ¿no? Así es más rápido.

Pero Walter negó con la cabeza.

—Yo no me marcharía, y menos aún desde aquí. Las carreteras están embarradas y hasta la frontera del Reich no hay donde esconderse, todo es llano. La policía militar te vería a la legua y te ahorcaría al momento, sin juicio ni nada. Son auténticos perros de presa.

Seguramente sea menos arriesgado mantenerse al margen hasta el final. Frótate las heridas con estiércol —le dijo, señalándole el brazo—. Seguramente te dará fiebre y escalofríos y no estarás en condiciones de volver a luchar. Algunos lo hacen. Fiete cogió algo del tapete que cubría el altar.

—Y ese, señoras y señores, es el mejor consejo si quieren palmarla seguro —dijo con voz grave, imitando a los locutores de publicidad del cine—. ¿Creen que la soga aprieta demasiado? ¿Que las balas son demasiado rápidas? ¡Prueben una deliciosa septicemia! Tres semanas de calambres en una cama de hospital, calentito en su propia mierda, y

pronto oirán a los ángeles cantar. Gratis para los miembros del Partido, los hombres corrientes pagan con la vida.

Walter se rio, se apartó el humo de la cara y los dos levantaron la cabeza. Se oyó un chirriar de bancos debajo de la tribuna y un rechinar de pezuñas en el suelo. Una imagen sagrada, medio desnuda y cubierta de flechas, se tambaleó sobre su pedestal. Los animales hundían una y otra vez el hocico en los cubos vacíos. Fiete, con un suspiro, prendió una cerilla y abrió la puerta del confesionario. La llamita iluminó una estantería llena de cálices, garrafas y otros enseres de misa. De pronto algo cayó al suelo.

—Aquí hay un retrete —exclamó Fiete—. Pero no hay agua, ni siquiera bendita.

Walter se levantó y se arropó, y los animales volvieron la cabeza cuando cogió los mangos de la carretilla y tiró las largas cornamentas por el suelo. Ligeramente curvados, rodaron con estruendo hasta el púlpito, emitiendo un sonido agudo que daba dentera. Recogió varios cubos y atravesó el prado hasta la orilla del lago. Los anchos rayos de los focos antiaéreos se entrecruzaban sobre las nubes y del cielo caían copos aislados; Walter primero creyó que eran de nieve, pero resultó que era ceniza. Después de probar el agua y de limpiar

los cubos, los llenó, los cargó en la carretilla y regresó con paso cauteloso a la iglesia. Llevaba también dos colgando de los mangos, pero solo se le derramó un poco de agua al pasar bajo el dintel, donde el umbral se hundía.

Fiete, que se había cubierto con una túnica de monaguillo, lo saludó levantando una botella de vino.

—La sangre del Señor —dijo—. ¡Por el Padre Eterno, los príncipes de la paz y el hígado de ternera! ¡Ni un trago para los idiotas!

Había encontrado varios cirios y los había encendido, y el pan de oro de los iconos brillaba a la luz. Walter dio de beber a los animales, que tenían ya

los ojos hundidos de sed. Las largas sombras de sus pestañas caían como lágrimas sobre los carrillos. Cuando terminó, Walter volvió a llevarse la carretilla al lago.

Después de encargarse de las vacas, se sentó en los peldaños del altar con su amigo, que le tendió la botella con el cigarrillo entre los labios.

—*Riesling* de la misa matutina — dijo.

Los dos contemplaron la noche en silencio. De las ventanas y los tejados hundidos saltaban chispas y el ambiente olía a baquelita chamuscada. Los camiones de bomberos y las ambulancias circulaban por la otra

orilla, y ya habían cubierto a los quemados con mantas. Dentro del cuerpo del órgano pintado resonaban gritos lejanos.

—Elisabeth hace semanas que no me escribe —murmuró Walter y, acto seguido, bebió un traguito de vino—. Desde que nos asignaron destino. Espero que no haya pasado nada.

El cuarto que compartía con otros cuatro conductores en el almacén de una antigua panadería todavía estaba a oscuras cuando alguien gritó su nombre. El foco de una linterna barrió los azulejos blancos y él se incorporó.

Detrás de la silueta, por la puerta abierta, se adivinaba el débil resplandor rojizo del alba.

—¡Vístete, rápido! —dijo un cadete ataviado ya con capote—. El jefe te quiere ver.

Las colillas sobre el adoquinado permitían reconocer dónde se habían apostado los centinelas armados. Había sacos de arena amontonados en el foso del castillo. Walter se abrochó la camisa y la chaqueta, y siguió a los hombres por el puente. Pasaron camiones en dirección contraria, camuflados parcialmente con redes y ramas de árbol; en el patio estaban cargando varios vehículos mixtos, mientras los

soldados de las SS y de la Wehrmacht iban sacando cajas, muebles y alfombras enrolladas del castillo. Alguien que transportaba una mesa sobre la que había extendidos varios mapas del frente chocó contra un pilar y las banderitas verdes y rojas se esparcieron por el suelo.

La sala de los caballeros tenía buena calefacción. El Hauptsturmführer Greiff, ataviado como siempre con botas y calzones de montar, estaba debajo de la alta ventana del balcón mirador, firmando una lista que le había pasado una enfermera. Era un hombre flaco, de perfil afilado. Las arrugas y los surcos de la cara se le habían vuelto más

profundos durante las últimas semanas, y la visera de la gorra le proyectaba una sombra en forma de guadaña sobre los ojos. A pesar de eso, cuando Walter colocó los dedos sobre las costuras de los pantalones y entrechocó los tacones, creyó intuir un atisbo de amabilidad en su mirada.

La enfermera se marchó y el oficial se acercó a una mesa grande, donde se amontonaban expedientes sobre clasificadores de color gris.

—Urban, ¿verdad? Walter Urban, del cuerpo de conductores. ¿Dónde estaba ayer por la noche? —preguntó, estudiando su uniforme sucio—. Según he oído, abandonó el cuartel sin

permiso. Seguramente ya sabe qué significa eso. Tres horas de ejercicios de castigo para todos sus compañeros de habitación; por lo menos tres, la decisión final la tomará el sargento mayor. Veremos cómo se les da arrastrarse por debajo del alambre de púas. Sus camaradas lo van a apreciar muchísimo después de esto...

El oficial esbozó una sonrisa, y cuando Walter cogió aliento para explicar su ausencia, lo hizo callar con un gesto con la mano.

—Da igual. Lo importante es que regresó. No se hable más del tema. Puede descansar.

Se oyó un chisporroteo y un crujido dentro de la estufa cerámica que había junto al escritorio, y el Hauptsturmführer abrió un cartapacio.

—Mi hijo me contó lo que hizo por él hace poco; está en deuda con usted. Y yo también lo estoy, se podría decir. En realidad, no hizo más que cumplir con su deber, no habría ni que mencionarlo, pero en la situación actual, en la que nadie piensa más que en salvar su propio pellejo... En fin. En todo caso, estoy orgulloso de tener a hombres como usted en la tropa, hombres decididos. Voy a proponer que le concedan una condecoración —dijo, arrancando un

par de hojas del expediente—. ¿Alguna objeción?

En el pasillo se oyeron órdenes, juramentos y pasos precipitados escaleras abajo, y Walter negó con la cabeza, pues no encontraba las palabras. Pero entonces se clavó la uña del pulgar en la yema del meñique, volvió a ponerse en posición de firmes y, con voz ronca, dijo: —Bueno, con su permiso... No quisiera parecer un desagradecido, Hauptsturmführer, de veras que no. Sé que es un gran honor y lo aprecio. Pero a lo mejor... es decir... —Tragó saliva—. ¿En lugar de una condecoración no podría darme unos días de permiso?

El oficial arrugó la frente y levantó la barbilla.

—¿Cómo dice? —Soltó una áspera carcajada, como si acabara de oír un chiste malo, y abrió otra carpeta. «Secretos de la comandancia», ponía en la tapa—. Lo siento, joven, pero eso no es una opción. ¿Acaso no ve lo que sucede a su alrededor? No, aquí la recompensa es la hoja de encino con espadas y diamantes. Nadie puede volver a casa, ni siquiera yo.

—¡No, no! —se apresuró a decir Walter—. No me refería a volver a casa, Hauptsturmführer. En casa no queda piedra sobre piedra y, además, los trenes no funcionan —añadió y

carraspeó—. Se trata de mi padre. Cayó hace poco, cerca de Stuhlweissenburg, y me gustaría ir a visitar su tumba. Es decir, a lo mejor no la encuentro, pero por lo menos la habré buscado.

En el patio arrancaron varios motores y las ventanas vibraron. Una vez más, el oficial se lo quedó mirando, en esta ocasión con una expresión benévola, casi piadosa, en el rostro, y se puso los guantes. Eran de piel suave y le iban tan estrechos que se le marcaban todos los huesos, e incluso el anillo doble. Meneando la cabeza, abrió la portezuela de la estufa y arrojó dentro un puñado de papeles. Se oyó un pitido en el caño y salió una llama por la

abertura; las hojas amarillentas se volvieron negras y el símbolo de las SS se puso blanco incandescente antes de quedar reducido a ceniza.

Entonces el oficial soltó un sonoro suspiro, metió una mano en el cajón de la mesa y sacó el tapón de su pluma. — Está bien —dijo—. Haré una excepción. Aquí tiene una orden de marcha para Stuhlweissenburg y alrededores. No se lo diga a nadie. Vaya a ver al jilmaestre y que le presten un vehículo para tres días. No dé rodeos ni se mezcle con la población. Dentro de tres días lo quiero ver en Abda, adonde nos trasladaremos temporalmente. Se encuentra al suroeste de Győr del Raba; si no lo encuentra,

pregunte —dijo, tendiéndole el documento con un guiño—. Y no se olvide del fusil: para los rusos somos criminales aunque estemos de vacaciones.

Walter saludó. La puerta tapizada se cerró en silencio. No quedaba nadie en las escaleras ni en el despacho, y todos los armarios estaban abiertos y vacíos. Walter atravesó el patio, donde ya solo quedaba una limusina con estandartes azules, un Opel Blitz cargado de bidones y dos motos. El jilmaestre, un reservista entrado en carnes cuya oficina estaba situada en el sótano de la torre, ya estaba poniéndose el casco.

—Tendrías que haber venido antes, joven —le dijo—. ¿De dónde quieres que saque un coche ahora? Ayer por la noche me bombardearon dos Stoewer y un utilitario casi nuevos —explicó, y soltó un escupitajo—. Te puedo ofrecer un burrito o una bici de mujer requisada. O te llevas una de las carracas de ahí afuera. Tienen el depósito lleno.

Las dos máquinas de cuatro tiempos, una BMW R75 y una Zündapp, ambas con sidecar, estaban cubiertas de barro, pero los motores sonaban muy bien. Después de comprobar el nivel de aceite y la presión de los neumáticos, Walter se decidió por la BMW. Cogió un bidón de la parte trasera del Blitz, lo ató

a la rueda de recambio y atravesó lentamente el puente para ir al cuartel a recoger un capote, un petate de marcha y las provisiones. El sol de marzo brillaba con fuerza. Aquí y allá había casas todavía humeantes y cadáveres carbonizados, pero los incendios estaban ya apagados, e incluso habían cubierto los charcos de fósforo de la plaza del mercado con arena. La gente volvía a comprar bollos trenzados y rosquillas de sésamo. De la mayoría de banderas del Reich que pendían sobre las puertas quedaban apenas jirones en las astas.

En la entrada del jardín inglés, donde las campanitas verdes querían volverse casi amarillas, había dos policías militares con los abrigos abiertos, fumando. La distancia de frenado sobre los adoquines de granito lisos resultó ser más larga de lo que había calculado y apenas sobrepasó al que llevaba la señal de stop, el otro sacó el seguro de su metralleta. Walter levantó una mano con gesto tranquilizador, metió la otra debajo del capote y les ofreció la cartilla militar y la orden de marcha. Las hojas temblaron y el de la metralleta se lo quedó mirando con los ojos entrecerrados antes de comprobar los documentos.

—¡Vaya, vaya! —dijo—. Menudo enchufe tienen algunos. Del jefe en persona... Pero aquí pone Stuhlweissenburg, soldado; eso está hacia donde resuenan los cañones. ¿Acaso queremos desertar al final? —preguntó, y apretó la mandíbula.

—No, no, ¿por qué lo dice? —respondió Walter, señalando hacia el parque—. Solo quería ir a despedirme de un amigo. Está en el hospital.

El oficial miró hacia la carretera, por donde desfilaba una tropa de prisioneros, rusos barbudos con los uniformes hechos jirones. Muchos iban descalzos, y los milicianos húngaros

alemanes que los vigilaban hacían restallar sus fustas.

—¿En el invernadero? Allí solo quedan muertos. Todos los heridos en condiciones de ser trasladados están de camino a Győr. Además, los soldados no tienen amigos, solo camaradas —dijo, arrojando los papeles sobre el tanque—. ¡Deja de intentar tomarnos el pelo y lárgate de aquí!

Walter hizo el saludo reglamentario y se marchó hacia el sur. El terreno era llano hasta el horizonte y la hierba del año anterior estaba aplastada por la lluvia. Cada tanto había la horca de una fuente que se elevaba hacia el cielo, cuyo azul se reflejaba en los charcos y

las pisadas de los caballos. No se veían personas ni animales, pero, a ambos lados de la carretera, entre las chozas quemadas o derruidas de los campesinos, había campos labrados. En la tierra quebradiza brillaban los primeros brotes de maíz, e incluso habían usado los surcos abiertos por las cadenas de los carros de combate para sembrar. Las hojas de zanahoria, con sus tallos rojos, asomaban entre las pajas del abono.

Siguiendo la moto desde las alturas, con las alas extendidas, volaba un gavián. Walter se detuvo debajo de un árbol y desenroscó el tapón de la cantimplora. En los repetitivos

graznidos del animal creyó intuir una estridente indignación sobre su situación, y mientras bebía vio conejos, una docena o más. Yacían inmóviles, a mucha distancia unos de otros, sobre la hierba marrón; le habrían pasado desapercibidos a cualquiera, de no ser por el viento ligero que les levantaba el pelaje y dejaba a la vista la parte blanquecina.

Con las orejas pegadas al lomo y las patas traseras estiradas, temblaban por los graznidos del gavilán, cuya sombra era mucho más rápida que sus vueltas en el cielo, pero no parecía que quisieran huir ni buscar cobijo. Estaban todos en los huesos y tenían los

párpados hinchados y los ojos inyectados en sangre. Walter inspeccionó la llanura con los prismáticos, colgó la máscara antigás en el manillar y siguió adelante lentamente. Soplaban viento del este y uno podía imaginar que percibía en él el olor a hierbas de montaña. El sol estaba ya en lo alto cuando llegó a un caserío en medio de la *puszta*, cuatro o cinco construcciones con el techo de chapa oxidada y coronados por una chimenea. Era una fábrica de tejas y ladrillos donde ya no trabajaba nadie: el horno de cocción estaba frío, los moldes de madera, vacíos, y en la mezcla de barro y arcilla crecían tallos verdes. También

las cabañas parecían deshabitadas. Los postigos estaban cerrados y, cuando tiró de un timbre de campanilla, solo se oyó el chirriar de la charnela: la campana no tenía badajo.

En un roble, antes de llegar al cruce, donde había también una tahona enlucida de blanco, colgaba un ahorcado, un soldado de las Waffen-SS. Llevaba una voluminosa venda en la mano derecha y tenía la cara cubierta de polvo, los ojos cerrados y la boca abierta. Debía de tener más o menos la edad de Walter. En la mejilla, que casi le tocaba el hombro, se distinguían ya algunos picotazos de ave, y colgando sobre el pecho llevaba un cartel de

madera con la inscripción: «Soy un COBARDE. Esto es lo que les pasa a los traidores de la patria que abandonan a sus camaradas. ¡VICTORIA O SIBERIA!». Habían pintado las letras góticas, que casi parecían impresas, con un pincel, sobre una raya dibujada a lápiz.

El soldado no llevaba distintivos de rango ni ninguna otra marca. Walter sacó la cámara del sidecar, una pequeña Voigtländer con estuche de piel que le había prestado Jörn, pero de pronto no le apeteció apretar el disparador. Se metió en la tahona y se sentó en un banco, debajo de la pequeña ventana. En el horizonte se elevaban varias columnas de humo, con bastante

distancia de separación entre sí, que se unían en el cielo y formaban una única nube negra y alargada que avanzaba hacia el lago Balaton. Notaba los impactos de los proyectiles como vibraciones debajo de los pies, y la soga colgada entre las ramas chirriaba cada vez que una ráfaga de viento hacía oscilar al ahorcado. El tipo tenía hasta los dientes cubiertos de polvo.

La vieja ramita de boj, con las hojas casi transparentes, que había sobre el crucifijo de la pared tembló, y Walter se acurrucó sobre el banco. Durmió más de una hora envuelto en el capote, con la cantimplora recubierta de fieltro a modo de almohada y las manos entre las

rodillas. Por la tarde comió un poco de pan con queso, llenó el depósito y se volvió a poner en marcha, dejando un rastro sinuoso entre las matas cubiertas de espinas, cuyos copos grises le llegaban a la altura de las caderas. Colgados de árboles y postes de la llanura encontró a varios soldados más con carteles en el pecho. La mayoría tenían los bolsillos vueltos del revés y casi ninguno conservaba las botas; los pies, si colgaban cerca del suelo, estaban roídos hasta los huesos.

Las sombras se alargaron y, después de cruzar un prado —la nube de polvo que dejaba a su paso todavía flotaba en el aire—, cogió una carretera

empedrada. Conduciendo entre fresnos, llegó a un pueblo con estación de tren, un cobertizo sobre el que ponía «Wolfen». Preguntó a los soldados que se encargaban del cañón de defensa antiaérea por el cementerio. La pieza de artillería, de 3,7 centímetros, estaba montada encima de una vagoneta, y los hombres, que fumaban sentados sobre las cajas de munición, le miraron cansados.

—Por aquí hay más tumbas que gente viva —dijo el más voluminoso de los dos, un cabo con la cabeza vendada—. ¿A quién buscas?

El estrecho camposanto para familiares de las Waffen-SS estaba

situado a las afueras del pueblo y rodeado por una verja; se diferenciaba del de los soldados de la Wehrmacht, al otro lado de la calle, en que los travesaños de las cruces de abedul estaban clavados en diagonal, como en la runa de la muerte. En el extremo superior habían colocado los cascos de los fallecidos. Walter dejó la moto, abrió la puerta con bisagras de cuero y empezó a inspeccionar las tumbas, con el corazón palpitante y un nudo en la garganta. Los pequeños cartelitos de madera tenían inscripciones marcadas con hierro candente y aquí y allá había flores en los pedestales, jacintos y cincoenramas amarillas. Pero no

encontró el nombre de su padre por ninguna parte.

En la entrada principal del cementerio había una cruz más alta que una persona, hecha también de madera de abedul, y el soldado que había arrodillado enfrente, rastrillando la tierra, lo siguió con la mirada mientras Walter se acercaba a él. El tipo, ya mayor, con la coronilla calva, gafas y ribetes de aluminio en las dos mangas del uniforme, cogió las muletas de entre el césped y se levantó. Tensó los labios por el esfuerzo, pero cuando Walter hizo ademán de ayudarlo, negó enérgicamente con la cabeza.

—¿Qué hay? —preguntó, jadeando, y se guardó el rastrillo, que parecía una garra, en la bolsa—. ¿Puedo hacer algo por usted?

Walter saludó, le dijo a quién buscaba, y el oficial leyó el telegrama con el certificado de defunción y se fijó en el sello del batallón.

—Aquí no hay ningún Alfred Urban —murmuró—. Estos eran todos mis hombres. La semana pasada todavía cantaban alegremente...

Se sacó un estuche plateado del bolsillo y lo abrió. Dentro había un puñado de cigarrillos delgados y una fotografía pegada a la tapa.

—No lo quiero decepcionar, pero a los soldados de las unidades de castigo rara vez se les da sepultura, jovencito. Ya nadie tala árboles para ellos. Se los entierra allí donde caen, o ni eso. Además, Stuhlweissenburg es una zona muy caliente y el enemigo no es precisamente famoso por velar por el destino de nuestros camaradas caídos...

Le ofreció un cigarrillo y Walter echó otro vistazo a la foto: una familia en un jardín, tomando el té. A continuación le dio las gracias, cerró la puerta del cementerio tras él y prosiguió la marcha. El terreno se iba volviendo cada vez más montañoso y la carretera no era mala; de hecho, incluso tenía

tramos asfaltados. Pero los campesinos lo advertían constantemente de la presencia de bombarderos rusos y él buscaba la protección de los bosques o conducía por caminos campo a través. Cada cien metros había vehículos de exploración acorazados, ocultos entre los árboles, desde donde los soldados de las tropas de inspección y climatología lo observaban con prismáticos. Uno, con el casco cubierto de ramas de pino, señaló en la dirección en la que se dirigía y se pasó el pulgar por el cuello, como gesto de advertencia. Walter rio y lo saludó con la mano.

Durante el día inspeccionó varios cementerios más, cada vez más cerca del frente. El último, al que llegó cuando ya se ponía el sol, estaba situado al oeste de una colina, detrás de la cual se veían ya los destellos de la línea principal de combate y columnas de humo negro. La verja estaba derribada y las cadenas de los tanques habían dejado la zona llena de agujeros. Las bombas y las granadas habían revuelto las tumbas y de entre la tierra asomaban costillas, matas de pelo y unos dientes. Los hoyos estaban llenos de agua de color rosado; Walter se cubrió la boca y la nariz con la boina mientras recorría las hileras, leyendo los carteles que

todavía quedaban. El sol del atardecer llenaba de sombras los cascos esparcidos por el suelo y el viento, cada vez más frío, movía la finísima corteza que se despegaba de las ramas de abedul. Tampoco allí encontró el nombre de su padre.

De nuevo en la carretera, cubierta de cascajos, condujo un rato más por la cresta de una colina que discurría paralela al frente. Los numerosos carros de combate averiados —muchos de los guardabarros lucían la llave blanca, el símbolo táctico de la Leibstandarte— lo obligaban a atajar a menudo por entre la hierba de los campos. La BMW cabeceaba sobre el barro, y al final

oscureció y le resultó imposible seguir avanzando. La tenue luz que proyectaban los faros embozados no le permitía ver, de modo que detuvo la moto y la escondió en una zanja. Con los bombarderos nocturnos zumbando sobre su cabeza, recogió dos puñados de leña menuda y encendió un fuego debajo de la parte trasera de un Hanomag destruido a cañonazos, para calentar un poco de carne con manteca. Se la comió directamente de la lata con un cantero de pan y, mientras masticaba, estudió con los prismáticos la línea de combate. Los jirones de nubes corrían sobre los campos y había vehículos ardiendo por todas partes. No se oían ni

lanzagranadas ni disparos de artillería pesada. De vez en cuando resonaba una descarga de ametralladora o una bola de fuego se elevaba hacia el cielo y caía humeando en el valle: luces rojas, verdes y blancas que iluminaban los ríos y bajo las cuales bailaban las sombras de árboles solitarios. No se veía ni un soldado.

La temperatura descendió, amenazaba lluvia. Después de comerse una manzana, Walter recogió algo de hierba seca del campo, la extendió debajo del morro del vehículo y la cubrió con su lona. Con la mochila a modo de almohada, podía dormir sin tener que preocuparse por los cazas que

pasaran en vuelo rasante; se abrochó el capote y se tapó con la manta. El humo envolvía la colina y el frente estaba en silencio, a excepción de la música con la que los rusos, desde la otra orilla, intentaban atraer a los desertores, *Heimat deine Sterne** o *Lili Marleen*.

Pero la música se fue disipando, y cuando le parecía que llevaba ya un rato dormido, Walter oyó pasos en la carretera. Contuvo el aliento y, durante un instante, no supo si lo que había oído era el susurro de la hierba o la sangre martilleando en sus oídos. Con mucho cuidado, se colocó el fusil sobre el pecho y quitó el seguro con el pulgar, mientras lo sujetaba con el meñique,

para evitar que el clic lo delatara. Volvió la cabeza, pero aunque la luna brillaba a través de las nubes, no vio nada ni a nadie entre los vehículos abandonados.

Empezaba a creer que a lo mejor lo había soñado cuando, de repente, oyó los pasos con mucha más claridad: alguien caminaba sigilosamente sobre el cascajo, y Walter sintió cómo se le aceleraba el pulso en la yugular. «¡Ven, camarrada! ¡Ven! ¡Chocolate y aguardiente!», resonaron los altavoces en el valle. Una bengala iluminó el cielo, y Walter por fin pudo ver las patas de pelaje oscuro y reluciente de un corzo, cuyos cascos hundían un poco el

suelo a cada paso. La sombra de su silueta, de cuernos cortos y torcidos, se proyectaba sobre la carretera. El animal, que en aquel preciso instante pareció olerlo, soltó un brusco resuelo y, levantando una nube de tierra y gravilla, dio un brinco lateral y desapareció entre los arbustos.

Walter suspiró aliviado. Pasó un rato más aguzando el oído en la noche, antes de volver a poner el seguro del fusil. Luego bebió un trago de la cantimplora y se volvió a dormir.

Ya casi de madrugada, empezaron a caer gotas de lluvia sobre la carrocería agujereada. El agua se filtraba a través del motor y le caía encima, y Walter se

cubrió la cabeza con la lona. El viento frío agitaba y hacía crujir las ramas; el ambiente olía a azufre y gasolina.

—Mugre y golosinas —dijo alguien, entre sueños, y al final lo despertó un débil temblor. En un primer momento creyó que quien temblaba era él, pero entonces notó que el suelo vibraba. Todavía estaba oscuro, el cielo era plumizo, sin profundidad, pero en el albor rojizo del este distinguió la silueta de los tanques y los vehículos de transporte de tropas, largas columnas que avanzaban rápidamente hacia su posición.

Tiritando de frío, salió de su escondrijo, enrolló la lona y sacó la

BMW de la zanja. Se lavó la cara con un poco de agua y se frotó los dientes con un pañuelo. Los primeros vehículos se adentraban ya en el pequeño bosque contiguo. Los soldados iban no solo sobre los pesados camiones, los coches de patrulla y los obuses que transportaban, sino también montados sobre las torretas y el revestimiento de los carros de combate, sentados y de pie, abrazados unos a otros, ocupando cada espacio disponible. Tenían los rostros cubiertos de chorretones de sudor y lágrimas, y muchos estaban heridos; bajo la luz del alba, las vendas recientes brillaban. Algunos fumaban ansiosamente y escrutaban el cielo

buscando cazabombarderos; otros sostenían pinchos con trozos de pan y patatas sobre los tubos de escape incandescentes.

Walter arrancó la moto. No le quedaba demasiado espacio en su carril y avanzaba casi al paso; a menudo la rueda del sidecar quedaba colgando sobre la zanja. Algunos milicianos, al verlo pasar, fruncían el ceño o se llevaban un dedo a la sien. Al llegar al siguiente cruce, Walter tuvo que detenerse, porque un tractor con remolque bloqueaba el paso. El conductor hacía girar el estárter en vano, pues el depósito estaba vacío, y todos los que aún tenían fuerzas saltaron de la

parte trasera y cruzaron la carretera para montarse en el siguiente vehículo, igualmente abarrotado. Pero pocos encontraron un sitio; los camaradas los golpearon con bastones y muletas. Los que se quedaron en tierra los increparon con maldiciones y gritos, arañando el aire con sus manos ensangrentadas.

Walter quiso esquivar el atasco atravesando un campo, pero un Horch descapotable abandonó la columna y le cortó el paso. Dentro iban también varios heridos y, al volante, un capitán de la Wehrmacht que le dijo algo que él no entendió debido al ruido de los motores y al chirrido y el traqueteo de las cadenas de los tanques. Sin embargo,

supuso que le preguntaba adónde iba y señaló el Este. Entonces el oficial, con gafas protectoras sobre la visera, hizo una mueca y exclamó:

—¿Y se puede saber qué buscas allí?

Walter le tendió su orden de marcha.

—¡La tumba de mi padre! —gritó.

El otro leyó el documento y negó con la cabeza. La columna se había detenido y, por un momento, se hizo el silencio. La nube de humo de escape los envolvió.

—Ahora en Stuhlweissenburg están los rusos, joven. ¡Allí solo encontrarás tu propia tumba!

«Querida madre: espero que todos estéis bien. Yo estoy sano, aunque el frío húmedo a menudo es un fastidio. Pero poco a poco va llegando la primavera y todo florece. Estoy en Rózsa, en alemán Rosenort, en una pequeña oficina de correos desierta. A lo mejor la gente ha huido, o a lo mejor es la hora de la comida, no lo sé. Los cementerios militares donde busco la última morada de papá son cada vez más extensos. Los rusos empujan con fuerza y los aviones militares disparan contra todo lo que se mueve, incluidos los fugitivos. En el anverso de la postal puedes ver cómo es

este lugar en verano y en tiempos de paz. (Eso sí, sin la torre del balneario, pues la derribó un obús.) Gracias por la felicitación de cumpleaños y por el paquetito, me hizo mucha ilusión. ¡Hasta la próxima! Tu hijo.»

Una bandada de palomas revoloteaba sobre el palomar derruido. Algunos tejados ardían; había puertas y ventanas abiertas, muebles y somieres de muelles amontonados delante de los umbrales. En todas las calles se veían yuntas de caballos y bueyes cargados hasta los topes de colchones y muebles entre los que iban sentados niños, aunque la

mayoría de gente iba a pie, arrastrando carretillas o bicicletas con alforjas e ignorando obstinadamente la presencia de Walter. Solo los perros le ladraban.

También trasladaban los rebaños a lugar seguro. El polvo se arremolinaba entre los cuernos en espiral de las ovejas *racka*, y los latigazos de los pastores resonaban en la casa del guarda. Llevaban a la espalda fusiles anticuados y vestían pantalones arremangados hasta las rodillas, camisas blancas y chalecos rojos, el traje de los alemanes húngaros de la región; y algunos incluso se habían quitado ya el bigotito. La mancha pálida brillaba en los rostros mal afeitados.

La comandancia de la Wehrmacht se había instalado en el hotel Rebmann, una casa con paredes entramadas situada en la plaza del mercado de Kiszémel, en alemán Klauben. Habían aparcado los vehículos militares junto a las casas, para protegerlos, pero el sol del atardecer teñía de rojo los parabrisas. Walter prefirió dejar la BMW debajo del techo hundido de un cobertizo. Sacó la bujía de la clavija, llenó la cantimplora en la fuente y subió caminando por la colina que había detrás de la escuela. El último cementerio al que llegó después de otro día buscando en vano lindaba con los viñedos. Acababan de podar las vides y en los cortes brillaban gotitas de

agua que habían salido de la planta. Eran pegajosas y dulces, y, mientras se lamía los dedos, Walter leyó los nombres de las pocas cruces que quedaban: allí donde habían caído bombas o granadas, habían aprovechado la madera de abedul para apuntalar las vides ya brotadas. Los caminitos que había entre las hileras de tumbas estaban pavimentados con lápidas escritas en hebreo, pero tampoco en aquel camposanto, amarillo de azafrán, encontró el nombre de su padre.

De vuelta a la plaza del mercado, vio desde lejos que le habían quitado el bidón de gasolina de reserva, pues la cinta que lo sujetaba colgaba a pocos

centímetros del suelo. Se oían carcajadas a través de la puerta abierta del hotel: un sargento con el quepis encasquetado en el pelo empapado de sudor tropezó en el umbral y vomitó junto a la entrada. En el vestíbulo y el comedor de la casa había soldados ebrios, la mayoría oficiales de alta graduación, y Walter dio la vuelta al balcón y buscó la puerta trasera. A través de unas ventanas abiertas, estrechas y pintadas con brea, se oía un piano y alguien que cantaba, gritos, silbidos y aplausos.

Subió por una escalera de madera y llegó a una cocina llena de humo. En una mesa larga había un grupo de soldados

rasos y mujeres del cuerpo de asistencia de la Wehrmacht comiendo sopa. Debajo de las vigas del techo hacía un calor sofocante y el vapor de condensación goteaba por las baldosas blancas y azules. Tampoco allí quedaba nadie sobrio; todos tenían el rostro brillante y hablaban con voz confusa. Encima de un aparador había varias botellas de aguardiente alemán. Un hombre con el bigote entrecano, que por el uniforme que llevaba era aposentador de la Wehrmacht, le hizo un gesto para que se acercara al horno.

—Toma, un *gulasch* de ternera de primera —dijo al tiempo que le llenaba

un plato—. ¡Adelante, joven! En el almacén solo vas a encontrar piedras.

Un enfermero soltó un eructo y le hizo un sitio en el banco. Le ofreció vino y una cesta de pan, y Walter se quitó el capote y se sentó junto a una mujer. Parecía dormida, con los codos encima de la mesa, la mejilla apoyada en el dorso de la mano y un hilo de saliva colgándole de la boca desencajada. Estaba sentada con las piernas abiertas, el trasero le sobresalía por la parte de atrás del banco y llevaba la falda arremangada hasta los botones de la liga. Walter, que creyó percibir un leve aroma a agua de colonia, partió el pan y lo mojó en la sopa.

Era espesa y fuerte, pero la carne estaba correosa. Se dedicó a masticar mientras escuchaba la música procedente de la sala contigua; al cabo de un rato, se dio cuenta de que la mujer lo estaba mirando. Sin levantar la cabeza de la mesa, se relamió la boca y murmuró:

—Fíjate tú, otra joven promesa... Pareces agotado. Se ha terminado todo, ¿verdad? Los coches ya no pasan.

Tenía el pelo y las pestañas rojizas, y la mirada cansada. Aunque no era mucho mayor que él (aparentaba veintitantos), tenía ya arruguitas debajo de los párpados y en las comisuras de los labios.

—Ya me podría haber quedado en casa, seré burra. Mira que mi abuelo me lo dijo siempre: nunca te presentes voluntaria a nada. En el cine y en la guerra, los mejores asientos son los de la última fila; delante todo se ve borroso. Pero yo quería ver mundo... —
Entreabrió la boca y sopló para apartarse un mechón de la cara, que volvió a caer en el mismo sitio; tenía los pómulos cubiertos de pecas—. Pero, bueno, todo pasa, también la muerte. Oye, tu cara me suena. ¿Eres de las WaffenSS? ¿Te he visto antes por aquí?

La vela arrancó un destello a la insignia de latón que llevaba en la manga, el relámpago de la unidad de

telecomunicaciones, y Walter negó con la cabeza.

—Lo dudo —dijo—. Estoy de paso. He estado buscando una tumba, la tumba de mi padre. ¿Crees que podría dormir aquí esta noche?

Ella se incorporó, se puso bien la falda y se aflojó la corbata.

—Sí, claro, si algo no falta aquí son camas blandas. En su día esto era un hotel, aquí se hospedó gente famosa. Ministros del Reich, por ejemplo. O la Leander y Willy Birgel, encantadores los dos. Aunque —añadió, inclinando la frente y bajando el tono de voz—, si no eres de la otra acera, yo de ti me lo pensaría dos veces. Los soldados

jóvenes sin graduación solo pueden alojarse en la habitación 175, una habitación muy sofocante. Dudo que logres pegar ojo. —La mujer acercó su rodilla a la de él—. ¿Me explico, camarada?

Walter cerró un momento los ojos y bebió con precaución de la botella, que tenía el cuello roto, pero el canto afilado se le clavó en el labio y la mujer esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Qué ansioso... —dijo—. ¿Sabes qué estaba soñando hace un momento? ¿Quieres que te lo cuente?

Él se encogió de hombros y ella se sacó un pañuelo de ganchillo de la manga. Olía a perfume, como ella.

—Estaba en un palacio precioso, imagínate. Había oro y cristal por todas partes, y mi misión consistía en vigilar un frasco como este. Dentro estaba el elixir de la vida eterna y todos lo adoraban cada domingo. Era una obligación nacional. Pero yo y mi prometido nos lo bebíamos, porque yo quería que nuestro amor no muriera nunca. Y tiene gracia, porque no estoy prometida y ni siquiera tengo novio. Pero el tipo tenía unos ojos muy bonitos, como Loibl... Espera, te has cortado —dijo, secándole la sangre del labio superior—. Nos terminábamos el frasco y yo lo rellenaba con agua, pero entonces se me acercaba alguien por

de atrás y me condenaban a muerte, así, sin más. Estábamos ya en el patíbulo, con la soga al cuello, cuando de pronto yo gritaba: «¡Alto, un momento! ¡Si este líquido da la vida eterna no nos pueden matar! ¡Es imposible!»». Porque entonces todos verían que era una mentira, que aquel culto no era más que opio para el pueblo, y estallaría una revuelta en el palacio. —Con una sonrisa, le mostró las palmas de la mano—. ¿Y qué crees tú que pasaba entonces? ¡Pues que nos quitaban la soga del cuello y nos dejaban libres!

Sopló por la nariz, apartó el plato y se reclinó contra él; fue resiguiendo el

resto de sopa con el dedo y relamiéndose.

—Impresionante, ¿no? Por lo menos en sueños soy lista. Oye, ¿no puedes ni pasarme el brazo por los hombros?

Él le acarició delicadamente las sienes y ella volvió a acercar el muslo al suyo. Walter notó el botón de la liga. Ella lo cogió de la mano y le masajeó la palma húmeda con los pulgares, pero en ese preciso instante se abrió la puerta de golpe y un oficial en mangas de camisa y con los tirantes colgando de la trinchera del pantalón asomó la cabeza. Con él entró en la cocina música de piano, una

polca bávara mezclada con silbidos. El tipo dio una palmada y gritó:

—¡Necesitamos más aguardiente, maldita sea! ¡Enebro para la victoria final! —Tambaleándose, señaló a Walter y a la joven—. ¡Vamos, vamos, tortolitos, traed unas cuantas botellas al frente! ¡Pero de las grandes, ¿eh?! Que no quede nada de nosotros...

Ella hizo una mueca.

—Otro mariposón —susurró mientras se levantaba. Los dos cogieron varias botellas del aparador y siguieron al hombre por el pasillo. En las paredes del abigarrado establecimiento, forradas de corcho hasta la altura de los hombros, colgaban antiguas armas de

caza, cornamentas y cabezas de jabalíes disecadas. La cera de infinidad de velas goteaba de los candelabros, hechos con enormes ruedas de carro, y la pantalla de la estufa estaba al rojo vivo. Walter se abrió paso entre la muchedumbre y dejó las botellas de Steinhäger encima del alféizar de una ventana empañada, junto a un montón de metralletas.

El pianista iba desnudo de cintura para arriba y encima de la mesa bailaba una joven con una combinación cortísima. Con un medallón en forma de media luna de la policía militar en el pecho, se retorció entre los brazos extendidos de algunos de los presentes, derramando copas y chocando contra

platos y bandejas. Los nudillos de las manos de los soldados se marcaban debajo de la seda negra, como las vértebras de un animal ligero, y cuando la muchacha echó la cabeza hacia atrás, riendo y llorando al mismo tiempo, se le corrió el rímel hasta la oreja. Debajo de los retratos de Hitler y de Szálasi de la recepción, los soldados bebían aguardiente unos de la boca de otros y se manoseaban mutuamente los uniformes. De la sala de billares contigua llegaban los gritos de gente copulando.

Un sargento corpulento arrastró a dos bailarinas hasta una línea de tiza

pintada en el suelo, a dos metros de la estufa.

—¡Siguiente! —exclamó—. ¡Esta está a punto de explotar! ¡No se aceptan más apuestas!

Los soldados formaron un semicírculo, y una mujer mayor, vestida tan solo con un ligero y un quepis, colocó los brazos sobre los hombros de dos milicianos, que la cogieron por las corvas y le levantaron las piernas. El vello púbico, un ancho triángulo, le llegaba hasta el ombligo, y los pechos, cubiertos de mordiscos rojos y morados, le colgaban sobre las costillas. La mujer soltó una breve carcajada, que dejó a la vista un diente de oro.

El pianista dejó de tocar y durante unos segundos calló casi todo el mundo; se hizo un silencio expectante, mientras la mujer observaba la pantalla de la estufa y se mordía el labio inferior, como si se tuviera que concentrar. Un comandante, que pareció haber perdido la paciencia, vertió un poco de aguardiente en su vaso al tiempo que el pianista tocaba un trino agudo y, finalmente, la mujer cerró los ojos y soltó un chorro de pis dorado, que describió un arco y fue a dar contra la pantalla de la estufa de hierro evaporándose con un siseo. Se oyeron aplausos y gritos, muchos billetes cambiaron de manos, y durante un

momento el olor a orín quemado dejó a Walter sin aliento y le provocó una arcada amarga.

Un soldado borracho, con la camisa empapada de sudor, se le acercó y le dijo algo al oído, al tiempo que le acariciaba los músculos. Walter se apartó, saludó a la mujer con la cabeza y abandonó la sala. Afuera había empezado a oscurecer. Se llenó los pulmones de aire frío y se dirigió con paso lento al patio. Entre los cubos de basura había un oficial muerto, un tipo flaco con una ramita de encina en el cuello de la chaqueta y el cañón de la pistola todavía dentro de la boca abierta. Llevaba unas botas nuevas, con

el sello de la Wehrmacht en el tacón, y mientras se abrochaba el capote, Walter colocó su pie junto al del muerto: demasiado pequeñas.

En la carretera no quedaban ni personas ni perros. Walter sacó la moto del cobertizo y metió la bujía en la clavija. Justo en ese momento, la mujer salió de la casa. Llevaba la corbata con el águila de alas extendidas de nuevo en su sitio y las manos en los bolsillos de la chaqueta, y levantó la mirada al cielo, donde lucía el lucero vespertino.

—¿Me vas a dejar aquí sola? —le preguntó con una sonrisa cansada, y cerró un momento los ojos. En la cocina tenía la tez de color alabastro, pero

fuera estaba pálida—. Todos los hombres sois iguales... Me llamo Reinhild, por cierto, por si alguna vez te quieres acordar de mí. Reinhild Lerche. Mi familia vive en Grainbach, en la región del Chiemgau. Tejemos pañuelos tradicionales... ¿Al final has podido encontrar la tumba de tu padre?

De lejos llegaba el clamor rítmico de los *katiusha*, los órganos de Stalin, interrumpidos solo ocasionalmente por el estruendo de la artillería alemana. Walter se puso los guantes y negó con la cabeza, y cuando se sentó a horcajadas en el asiento de goma, ella se le acercó. Sus ojos azul claro tenían una mirada despejada, atenta. La muchacha bajó la

cabeza y él la besó en la sien. Sin sacarse las manos de los bolsillos, ella se le acercó al oído. —No dejes que te maten, ¿me oyes? —le dijo.

Él asintió con la cabeza.

—Tú tampoco —contestó con voz ronca, y puso la moto en marcha.

Pasó la noche en una cabaña sin ventanas junto a los viñedos y durmió sobre un catre de rafia. La puerta se podía cerrar con cerrojo por dentro, y a través de los agujeros del techo se veía el cielo, lleno de nubes con los bordes luminosos. Al norte se oía el graznar de gansos salvajes. En algún lugar rugió un

motor, pero el sonido se extinguió enseguida y dejó paso a un silencio que, si uno lo escuchaba con atención, parecía aún más profundo.

Colgadas en la pared, encima de su cabeza, había varias cestas de mimbre, y Walter sacó los duros restos de uva del entramado y los masticó hasta que dejaron de desprender sabor, dulce o amargo. Entonces los escupió, cruzó las manos bajo la nuca y contempló las eflorescencias de salitre que cubrían la pared, y que a la luz de la luna parecían retratos de personas. Le recordaban las imágenes que veía a veces cuando cerraba los ojos, una rápida sucesión de rostros sobre la retina, apenas sombras

de caras desconocidas y, al mismo tiempo, familiares.

Durmió unas horas, se levantó cuando todavía era de noche y se puso de nuevo en marcha. Se oía el zumbido de los bombarderos rusos, que avanzaban a gran altura hacia el oeste, y de vez en cuando pasaba algún Iliushin buscando objetivos por las llanuras. Pero Walter, que había cubierto el sidecar con zarzas marchitas y se había atado una estera de paja a la espalda, consiguió atravesar el páramo sin que le disparasen, y a última hora de la tarde llegó a Győr, donde apenas quedaba una casa en pie e incluso el campanario de la iglesia echaba humo.

También allí había empezado la huida. Vio carretillas y carros tirados por caballos cargados de enseres domésticos, y atravesó el río Raba, que olía a podredumbre, por un tambaleante portón. La corriente, de un color gris verdoso, arrastraba cadáveres con uniformes alemanes y rusos que se arremolinaban y desaparecían debajo de las tablas del portón para reaparecer al otro lado. Otros cuerpos, rígidos y abotargados, se quedaban encallados en los barriles del portón y se empotraban con los que venían detrás, lo que ponía en serio peligro la estructura del puente. Enseguida se acercaban corriendo unos niños que, con la ayuda de unas varas

largas, volvían a liberar los cadáveres flotantes.

Llovía, pero a través de la cortina de agua brillaba el sol. También en la carretera de Abda había muertos en la cuneta, con los rostros cubiertos de sangre, y al doblar junto a la cuadra de una granja, Walter se topó con una columna de hombres extenuados, cubiertos con sucios andrajos de cutí gris. Según le contó el soldado que los vigilaba, un húngaro alemán que cerraba la marcha montado en una bicicleta y que blandía un palo de escoba en la mano, se trataba de presidiarios judíos que trabajaban en las minas de boro.

—Los llevamos de vuelta al Reich, a su casa. Pero si alguno flaquea, mala suerte. No entiendo por qué les hacemos esto, encima —dijo con los antebrazos apoyados en el manillar. Entonces soltó un escupitajo de tabaco, que quedó colgando del faro de la bici—. Por qué no los matan directamente, digo. No sé para qué los quieren, si están en los huesos... ¿Tienes aguardiente?

Del cinturón le colgaban unos alicates oxidados. Walter negó en silencio y adelantó despacio la columna. Los hombres, rapados y cubiertos con mantas y retales de saco, avanzaban con la cabeza gacha y apenas se fijaban en él. Con los pies envueltos en trapos o

descalzos, se esforzaban por mantener el paso. Tenían la mirada perdida y apenas se estremecían —en muchos casos se trataba simplemente de un parpadeo— cuando en algún punto de la interminable hilera se oía el sonido extrañamente sordo, casi como un chasquido, de una pistola disparada a quemarropa. Entonces erguían la espalda y volvían a caminar un poco más rápido.

Poco antes de llegar a una bifurcación, Walter metió la mano en el sidecar y le ofreció al prisionero que tenía más cerca la última lata de carne para untar que le quedaba. El hombre, un tipo muy flaco que llevaba dos pantalones de distinto largo y gafas, se

la guardó al instante debajo de la chaqueta y le dirigió un saludo casi imperceptible, sin mirarlo a él ni tampoco al hombre al que acababan de ejecutar junto al campo, y que se estremecía y golpeaba la tierra con los talones desnudos, mientras un miliciano le abría violentamente la mandíbula. También este llevaba unas tenazas en el cinto, colgadas de una cadena de reloj dorada.

Según las indicaciones, quedaban aún tres kilómetros para llegar a Abda, pero ya se oían las campanas de la iglesia tocando las doce. Unas pesadas baterías de cañones Flak protegían la base de la unidad de suministros, un

gran patio cuadrado. Walter entregó la moto al sargento de mantenimiento y colgó su petate en el cuarto de conductores, junto a los establos. La oficina de la comandancia estaba situada en la planta baja de la casa, de aspecto palaciego, donde reinaba una cacofonía de máquinas de escribir y donde Troche, el ayudante del Hauptsturmführer, que tenía aspecto de no haber dormido mucho, inspeccionó su orden de marcha.

—Fíjate —dijo—, pero si todavía queda gente que vuelve... ¿Se ha terminado el paseo? ¿Ha tenido buen tiempo? —Se metió un cigarrillo entre los labios y se acercó al teléfono—. ¡Vaya a buscar la comida y prepárese!

Walter cerró la puerta y siguió las indicaciones de los carteles. En una sala llena de cuadros y espejos estaban los heridos, la mayoría echados sobre el suelo de paja, pero en la cocina hacía ya tiempo que no se cocinaba nada. Había médicos y enfermeros con batas sucias alrededor de una mesa, y brazos y piernas, rojos y azules de gangrena, sobresalían del fregadero. Una enfermera negó con la cabeza y señaló el granero abierto, al otro lado del patio. En el almacén, además de motores nuevos, torretas de tanques y varias jaulas llenas de palomas mensajeras amontonadas a lo largo de una pared, había también una cocina de campaña.

La cocina estaba montada sobre unas ruedas e iba unida a una pértiga de tiro. El caballo, desaparejado, dormitaba en el rincón, junto a un rastrillo. Walter se sirvió en un plato de lata y se sentó con el resto de los conductores, que jugaban a cartas al final de una larga mesa.

—¡Fíjate, pero si ha vuelto! —dijo Jörn—. Ahora ya estamos todos. ¿Has conseguido la foto? —Walter negó en silencio y le devolvió la cámara—. Pero unas cuantas ovejas *racka* sí me habrás fotografiado, ¿no?

Jörn estudiaba veterinaria en Hannover. Walter asintió y comió una cucharada de sopa de patata. Los otros

tres tipos, que no llevaban ningún distintivo en el cuello de la camisa, se habían terminado ya el vino de sus vasos. Jörn se los presentó: eran Friedhelm y Hermann, bachilleres, y Florian, aprendiz de curtidor en Tulln. Estaban instalados en el mismo cuarto que él, y aunque todos tenían la misma edad, él los llamaba niños; llevaban quepis nuevos y la insignia azul claro de la unidad de suministros todavía impoluta en la manga. Aunque solo era mediodía, ya estaban borrachos; se peleaban por las reglas del juego y tiraban las cartas con tanta vehemencia sobre la mesa que las cerillas que se habían apostado caían al suelo.

Jörn tampoco estaba lo que se dice sobrio. Se le acercó resbalando sobre el banco, le apartó un pelo de la sopa y le dijo:

—No solo lo apestan todo con sus pedos, también juegan como cosacos, no tengo ninguna posibilidad. Por cierto, han pillado a August Klander. Nuestro geólogo fue a coger una piedra que brillaba, pero por desgracia encontró una mina. Ya no tendrá que lavarse nunca más las manos. Ah, y Fiete está aquí, ¿lo sabías?

Walter bajó la cuchara, que ya tenía en la boca, y señaló la carretera con un gesto de cabeza.

—¿En Győr, quieres decir? ¿En el hospital?

El otro se pasó la lengua por los dientes y cerró los ojos.

—No, aquí. En el sótano, bajo siete llaves. El muy idiota...

—Pero ¿por qué? —preguntó Walter—. ¿Cómo es posible? Si estaba herido...

Las nubes se habían dispersado y una luz deslumbrante entraba a través de la puerta del granero y casi hacía desaparecer las diminutas marcas de viruela de la frente de Jörn que, con gesto sombrío y sin pestañear siquiera, respondió con un silencio mucho más elocuente que cualquier cosa que

hubiera podido decir. A continuación bebió un trago.

—El muy idiota —repitió—. Con lo poco que falta para que se termine todo... ¡Los americanos están en el Rin!

Walter había empezado a sudar y de repente le costaba respirar. Se desabrochó el cuello del capote y se quedó mirando el caballo, un animal viejo con los huesos de la grupa muy salidos y el lomo curvado. El otro le colocó su vaso delante y volvió a centrarse en el juego; cogió una nueva mano de cartas y la ordenó.

—Al principio creí que lo había oído mal —murmuró—. Pero no. Y lo

tiene fatal, claro. Ya no hay nadie que lo pueda ayudar.

Walter apartó la cuchara y Friedhelm, un chico delgado con un uniforme que le iba demasiado grande, levantó la mirada y los ojos le brillaron bajo las cejas. El vino tinto de sus labios parecía sangre seca.

—¿Y a que no adivinas quién le va a tener que enseñar la puerta a tu intrépido amigo? —preguntó, sacando una carta del abanico, con la que señaló a todos los presentes—. Pues nosotros, nuestro cuarto. Tú incluido, claro. Le toca mañana por la mañana.

Lanzó un as sobre la mesa y los demás contraatacaron. Walter volcó la

sopa de patata delante del caballo. El animal tenía las patas y el vientre cubiertos de barro seco y las crines enredadas, pero allí donde se había sentado Jörn y por donde le habían pasado los correajes le brillaba el pelo, de un tono marrón sedoso como el de los potrancos bajo el sol. Entonces se echó a reír, soltó una carcajada seca que le arañó la garganta, se subió al banco y dijo:

—¡Ya basta, granujas! ¡Casi me creo vuestras majaderías! —exclamó, mirando a Jörn—. Hoy es uno de abril, ¿verdad?

El animal pateó el suelo embarrado, que resonó hueco, pero el

jefe de cuarto respondió con una sonrisa triste. Añadió un par de cerillas al centro de la mesa, preguntó a quién le tocaba y lanzó otra carta, que al parecer no le sirvió de nada. Los dos estudiantes suspiraron, y el aprendiz, un rubio risueño con las manos teñidas de azul, se llevó la mano y, alargando las palabras con acento austriaco, dijo:

—Hoy es 29 de marzo. Es lo que hay, ¿qué le vamos a hacer? Una orden es una orden. Si nos negamos, nos pondrán también a nosotros contra la pared. ¡No pienso dejar que me maten por un cobarde, tengo a una chica esperándome en casa!

Los aullidos de la artillería retronaban en el aire. Un planeador de carga con el morro destrozado cruzó los campos con la cola humeante. Detrás de los cristales, cubiertos de marcas de dedos, se intuían los rostros blanquecinos de los dos jóvenes miembros de las Juventudes Hitlerianas; se notaba que no era la primera vez que volaban. Mantuvieron el rumbo con pulso firme, y los patines estaban ya a punto de tocar el suelo cuando el mismo Iliushin que les había disparado hizo girar sus cañones y disparó de nuevo. En esta ocasión el proyectil alcanzó el timón y destrozó una de las alas de madera contrachapada, el

fuselaje se escoró hacia un lado y, tras un tétrico instante de silencio —uno de los jóvenes pilotos intentó saltar por el portalón lateral—, la zona de carga estalló envuelta en llamas.

La onda expansiva sacudió las ventanas de la casa, y mientras sus camaradas echaban a correr a través de los campos cargados con mantas, palas y cubos, Walter pasó por debajo de las arcadas y bajó las escaleras del sótano. A cada paso sus tacones resonaban con más fuerza.

La galería, con puertas de chapa a ambos lados, estaba mal iluminada. El guardia de asalto, que partía una manzana sentado en un taburete, junto al

serpentín de una estufa, negó con la cabeza.

—Ya te puedes ir olvidando, soldado, y menos aún sin autorización. Los hombres que hay detrás de estas puertas no son amigos de nadie. — Levantó la barbilla y lo escrutó con mirada fría—. Aunque si tanto afecto sientes por un desertor, a lo mejor deberíamos ir a ver al jefe, ¿no? Para hablar de disciplina y esas cosas...

Se oyó un leve tintineo sobre sus cabezas. Las alas grises de una polilla que revoloteaba en la lámpara desprendieron un polvo fino, y el guardia volvió a encastrar la bayoneta en el arma.

—¿Sabes qué hacíamos con los partisanos de las montañas, la chusma de Tito? Los poníamos a todos en fila, pecho contra espalda, y apostábamos cuántos caerían si disparábamos al primero en el cuello o el corazón. Así economizábamos munición, ahorrábamos unos marcos y nos lo pasábamos bien. Es lo mismo que tendríamos que hacer con los traidores de aquí dentro. ¡Y ahora, largo!

Escupió una piel de manzana y Walter volvió a subir las escaleras. Oculto tras las pilas de neumáticos y los sacos de avena, salió de la casa por una puerta lateral. El cielo tenía un tono gris plomizo y el viento acariciaba los

primeros brotes de los sembrados. Con el calor del avión en llamas a sus espaldas, Walter echó un vistazo a las ventanas del sótano, cubiertas con rejas. Los afilados fragmentos de acero retorcido parecían espinas.

En el semisótano, un cuarto iluminado por el fulgor del fuego, había cajas de zanahorias amarillentas y violetas amontonadas hasta las vigas del techo. Vio a dos soldados sentados en el suelo de cemento; no llevaban botas, tan solo sandalias, y ni siquiera alzaron la cabeza cuando su sombra se proyectó sobre ellos. En el cuello de sus camisas brillaba el sable bordado de la división Handschar, formada por bosnios

musulmanes. Tenían los feces con las calaveras de las SS junto a ellos.

Walter chistó entre dientes y un barbudo con los labios hinchados levantó la mirada. Tenía las uñas negras y melladas, y los nudillos despellejados; cuando Walter le preguntó por Fiete, negó con la cabeza y murmuró algo incomprensible. Pero en cuanto Walter se arrodilló en el suelo y pegó la frente a la reja para ver mejor dentro del cuarto, se oyó una tos en un rincón oscuro y un tableteo como de zuecos de madera. De pronto su amigo apareció debajo de la ventana y levantó la cabeza.

—¿Eres tú? —preguntó.

Tenía la voz débil y estaba muy resfriado. En lugar del uniforme, llevaba una camisa de campesino con nudos en vez de botones, que en su día debía de haber sido blanca pero que ahora estaba manchada de sangre, un chaleco de vellón y unos pantalones azules de dril. Tenía la cara más demacrada que días antes y los pómulos todavía más salidos. Sus ojos desprendían un brillo febril, pero ya no llevaba el brazo en cabestrillo.

—¡Pero, hombre!, ¿qué ha pasado?
—susurró Walter, mirando a su alrededor. Un guardia había salido por la puerta para supervisar las tareas de extinción del fuego—. ¿Te has vuelto

loco? ¿Por qué no te quedaste en el hospital?

Fiete hizo un gesto con la mano y volvió a toser; se metió la mano debajo de la camisa sucia y se agarró el pecho. Soltó un escupitajo de pus y se dejó caer encima de un tocón de cortar leña. Al cruzar las piernas se le cayó un zueco.

—Cómo, por qué... ¡Menudas preguntas me haces! No quería que me volvieran a mandar al frente, así de fácil.

Tenía las sienes cubiertas de sudor y, al mismo tiempo, sentía escalofríos. Aplastó unos cuantos piojos entre los dedos, con mano temblorosa.

—El camión de transporte ya estaba preparado. A cualquiera que pudiera arrastrarse lo mandaban otra vez al frente, y encima a primera línea. Y esta vez la iba a palmar, estaba seguro. Nadie esquivaba dos veces una bomba de fragmentación. Oye, Ata, ¿no tendrás por casualidad un cigarrillo?

Walter negó con la cabeza y cerró los ojos un momento. Fiete se encogió de hombros y cruzó los brazos.

—Para ir hacia el oeste, la estrella polar siempre encima de la oreja derecha; lo leí en alguna parte, no recuerdo dónde. Cuando oscureció salí por la ventana, pero aquella noche no había estrellas, el cielo estaba nublado y

pasé horas dando vueltas por un bosque más oscuro que la boca de un lobo, chapoteando en el barro una y otra vez. Y de pronto vi delante de mí algo brillante, dos medias lunas. ¿Sabes qué le dijo uno de los sabuesos al otro? — preguntó, resoplando entre los dientes mientras rebuscaba en el bolsillo—. «Mira por dónde, otro romántico.» — Levantó la mirada y durante un momento se le iluminaron los ojos—. A propósito, al final Ortrud ha solicitado el matrimonio por poderes, imagínate. En el registro civil de Schleswig. Quién sabe, a lo mejor incluso ya estamos casados. Yo habría preferido Hamburgo, pero bueno, tampoco voy a estar allí. —

Esbozó una sonrisa abatida y le guiñó un ojo—. Ah, y está embarazada.

La nube de humo negro del incendio se iba extendiendo. A Fiete le dio otro escalofrío y le castañetearon los dientes, y Walter soltó la reja. Había empezado a llover y el óxido húmedo se le había pegado a las palmas de las manos.

—Bueno, escucha, tenemos que hacer algo. Voy a hablar con el Hauptsturmführer —dijo, levantándose—. Iré ahora mismo. No estabas en tus cabales, y punto. Habías tomado Veronal, Pervitin, alcohol, lo que sea. O todo junto, por los dolores. No te van a mandar al paredón. No se puede ejecutar

a un herido, tiene que haber alguna ley. Quiero decir que somos soldados, tenemos un honor. Es lo que dicen siempre, ¿no? Lo pone en la hebilla del cinturón.

Volvió a echar un vistazo a su alrededor: el guardia estaba bebiendo un trago de su cantimplora. Walter se quitó el capote a toda prisa y se lo pasó entre los barrotes. —De momento ponte esto, que hace frío. Luego te traeré mantas.

Fiete se levantó.

—Gracias —dijo con un suspiro, palpando la tela de lana gruesa de aquella pieza especial para conductores; el forro interior casi nunca se mojaba—. No me vendría mal un poco de pomada

de azufre, para los picores. ¡Pero sobre todo tabaco! —Se envolvió con el capote y se dejó caer de nuevo encima del tocón de cortar leña—. En fin, qué le vamos a hacer —murmuró—. Si ni siquiera sabía cuál era la estrella que tenía que seguir.

Walter le hizo un gesto con la cabeza. El canalón de desagüe del tejado estaba agujereado. Las cortinas ondulaban y asomaban a través de las ventanas rotas; el fuego del planeador ya estaba casi apagado. Algunos soldados echaban paladas de arena sobre los rescoldos y otros arrastraban cajas del cargamento que habían conseguido rescatar, fusiles seguramente, mientras

los cuerpos calcinados de los dos jóvenes miembros de las Juventudes Hitlerianas humeaban bajo la lluvia entre los brotes nuevos. Los cuervos aguardaban en los árboles.

Los ceniceros que había debajo de las lámparas de sobremesa estaban abarrotados, y cada vez que el ruido de teclas de las máquinas de escribir cesaba, se oían los pasos apresurados de las monjas y los gemidos de los heridos procedentes de la sala de los espejos. El ayudante del Hauptsturmführer arrancó varias banderitas verdes del mapa de la pared

para moverlas un poco más hacia el oeste y lo miró de reojo.

—¿Se puede saber por qué no está firmes, soldado? ¿Qué sucede?

Walter se puso derecho. Con un gesto de cabeza señaló la puerta con una cristalera de colores de la oficina del comandante. El pomo era un pez de marfil cuyas escamas parecían uñas sucias.

—Quiero hablar con el Hauptsturmführer Greiff, por favor. Se trata de un asunto personal.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Troche, un tipo macilento con el rostro cubierto de cicatrices que ostentaba el rango de Unterscharführer—. «Un asunto

personal...» ¿Qué será esta vez? ¿Un viajecito por los Alpes? ¿Unas vacaciones en las playas del Adriático? —Malhumorado, abrió el libro de operaciones por las últimas páginas y tachó algo—. ¡Vive usted demasiado bien, soldado! Quiero que coja un Blitz y vaya a Győr a recoger el resto de medicamentos del hospital, contra recibo. Lo quiero de vuelta aquí dentro de dos horas, vivo o muerto. ¡Puede retirarse! Escupió un fósforo masticado al suelo y accionó la manivela del teléfono, pero Walter no se movió de donde estaba. Con la vista clavada en el suelo, entrelazó los dedos a la espalda e insistió:

—Por favor, necesito hablar con el Hauptsturmführer. Es urgente. Una vez ayudé a su hijo y me prometió que podía acudir a él siempre que lo necesitara. ¡No se trata de nada personal, sino de un asunto relacionado con un camarada!

Pero el oficial le ordenó guardar silencio. Desplazó dos banderitas rojas y dio unas coordenadas por teléfono, vociferando para hacerse oír por encima del ruido de artillería y los gritos y chisporroteos que se oían a través del auricular. Su secretario, que llevaba manguitos encima del uniforme, levantó la cabeza y señaló el texto que estaba escribiendo.

—El bueno de Greiff salió volando por los aires ayer —dijo—. Junto con el último puente. A lo mejor todavía encuentras algo en la orilla; un tacón, o tal vez una oreja. En ese caso, le puedes susurrar tu petición.

Torció la boca con una sonrisa cargada de bilis y Walter se giró y contempló la sala del hospital. Había una enfermera arrodillada en el suelo, quitándole las vendas a un muerto para aplicárselas a un vivo. Dudó un instante, con la vista clavada en la punta de las botas y los broches cubiertos de barro, pero finalmente respiró hondo, cogió el pomo de marfil y —entrando al tiempo

que llamaba a la puerta— se metió en el despacho del comandante.

Era un salón con las paredes tapizadas de tela roja y el techo cubierto de frescos descoloridos, con un parquet cuadriculado que le daba más profundidad de la que tenía en realidad. En el despacho había una especie de sofá con un solo apoyabrazos, un globo terráqueo enorme, antiguo, estanterías llenas de expedientes y mapas enroscados y una mesa de escritorio. Los batientes interiores de las ventanas, con festones pintados, estaban cerrados, y el oficial, que trabajaba a la luz de una lámpara, ni siquiera levantó la cabeza.

—¿Ya han terminado? —preguntó sin dejar de hojear un libro.

Llevaba charreteras trenzadas en los hombros y el cuello de la guerrera ribeteado con hilo de plata y decorado con cuatro estrellas; por cómo brillaba, una de ellas parecía nueva: era un Sturmbannführer, un hombre grueso con el pelo claro y gafas de concha. El hombre no levantó la cabeza hasta que Walter hizo sonar los tacones y saludó. Sus labios, anchos y flácidos, tenían una expresión aburrida.

—¡Caramba! —dijo—. ¿Quién lo ha dejado entrar? —Según el cartel que había encima de la mesa, se llamaba Domberg, y su papada mal afeitada se

bamboleaba cuando meneaba la cabeza —. ¿Está usted en mi compañía? ¿O acaso ha venido a fusilarme?

Lo dijo con voz extrañamente débil, aparentemente a la defensiva, aunque tenía la voz de un hombre acostumbrado a que los demás escucharan sus delicadas palabras. Walter no pudo evitar sonreír.

—¿Fusilarlo? ¿Por qué? Ni siquiera voy armado. —Pero entonces carraspeó y dio su nombre, rango y número—. Vengo por mi camarada —dijo—. Le tienen encerrado en la despensa.

Se oían los gemidos de los heridos. El oficial asintió y siguió hojeando el

libro, una gran Biblia encuadernada en piel, con iniciales aureoladas pintadas a mano.

—El pronombre masculino de complemento directo es «lo» —dijo, metiendo la mano en el cajón y llevándose un cigarrillo a la boca—. «Lo tienen encerrado en la despensa.»
¿Cuál es su formación?

Se sacó un mechero Triplex, y Walter, al que por un momento se le olvidó mantener la posición de firmes, se encogió de hombros.

—¿Cuál, la mía? Pues la normal —respondió—. Estudié en la escuela primaria Horst-Wessel de Essen-Borbeck. Vengo a verle por Fiete Caroli,

Sturmbannführer. Bueno, Friedrich Caroli. Van a fusilarle... esto, fusilarlo, mañana y lo tienen medio muerto...

El oficial levantó una mano. El humo azulado que flotaba sobre la mesa olía a perfume, dulce y acerbo al mismo tiempo.

—La escuela está muy bien —dijo—, y para muchos es suficiente... Pero es demasiado poco, joven. ¿Usted se ha oído hablar? Medio muerto, dice... Habrá personas más vivas que otras, eso no lo niego, pero los muertos lo están todos por igual. ¿Me explico?

Walter asintió, dubitativo.

—Desde luego —dijo—. Disculpe. Yo solo venía a preguntarle si...

—¡No! —exclamó su superior, desenroscando la tapa de un termo de metal abollado—. ¡No cambie de tema, soldado! ¿Cómo puede formar parte de mi compañía y tener semejantes problemas con la gramática? ¿El genitivo, por lo menos, sabe qué es? ¿O acaso se llama «genio»? ¿O «genital»? —Levantó la barbilla, apretando los labios y mostrando sus ojos grises y las pupilas oscuras—. ¿Y bien? ¿Me va a dar una respuesta?

Walter, que se empezaba a acalorar, tragó saliva.

—Pues... es un caso —dijo con voz ronca, pasándose la mano por el cogote—. El caso de posesión o

pertenencia, o sea, el segundo caso. Antes viene el nominativo y después el acusativo y el dativo.

Domberg se sirvió café en una taza con rosas pintadas, café auténtico, según parecía, y añadió una cucharada de azúcar.

—Bueno, menos mal, Alemania no está perdida todavía. ¿Y para qué cree que sirve este segundo caso? ¿Para qué se necesita?

Removió el café sin apartar la vista de Walter, dio otra calada al cigarrillo y expulsó el humo poco a poco por la nariz. Las lágrimas de cristal de la lámpara temblaron levemente cuando un

carro de combate o un buldócer atravesó el patio.

—¡Para nada! —exclamó al final el Sturmbannführer con una sonrisa—. La lengua funcionaría perfectamente sin él. La función de posesión o pertenencia se puede construir con partículas gramaticales: «la cobardía de mi amigo», sin necesidad de recurrir a un uso flexionado. Todos entendemos el significado de la frase, ¿verdad?

Entonces levantó un dedo y enarcó las cejas.

—Y, no obstante, no obstante... El genitivo nos hace quienes somos. Modifica el aspecto, el prisma de la historia, la última luz del día. Nimba la

lengua —dijo, frotando el índice y el pulgar—. Nos afina el alma, joven, y nos muestra el significado de la nobleza de espíritu, el propósito de no permitir el desmantelamiento de todas las cosas, de no tomar siempre el camino más sencillo: ¡he aquí el porqué del genitivo! ¿Lo comprende?

Walter asintió y el oficial se inclinó sobre su escritorio y hojeó la libreta que había junto a su boina.

—A ver, ¿cómo se llama su camarada? ¿Caroli? ¿Friedrich Caroli? Un nombre precioso, ¿no cree? Friedrich, es decir, *Friede* más *reichen*: «el que alcanza la paz». Ah, sí, un alemán del norte que llevaba unos

versos en el bolsillo, ya lo recuerdo. — Entrecerró los ojos y, mirando hacia el techo, movió los labios en silencio. Finalmente levantó un brazo, escampó el humo con la mano y declamó—: «Dios anda ocioso. / Que trabajen los demás, / que yo gozaré del reposo / entre los pies del viento locuaz. / Pero cuando la uva inmemorial, / negra, cálida y polvorienta, regresa / renace en mí esa fe proverbial: / No llores, pues la generosidad de Dios no cesa».

Esbozó una sonrisa torcida, que dejó a la vista sus colmillos.

—No lo hace nada mal este Loerke; su camarada tiene buen gusto. Pero no sé qué quiere que haga, se ha puesto la

soga al cuello él mismo. Me temo que no está en mi mano hacer nada por usted. Nada de nada. —Cerró la libreta tosiendo, apagó el cigarrillo a medio fumar y cruzó las manos sobre el vientre —. Ya lo dijo nuestro Führer: los soldados pueden morir, pero los desertores deben morir. Que le den un permiso de visita y se despide de él. Pronto sabrá más que nosotros.

Señaló la puerta, bebió un trago y volvió a concentrarse en el volumen ilustrado. El bordado de oro brilló como el filo de una cuchilla. Pero Walter no se movió; cuando Domberg apartó de un soplo el papel cebolla que protegía una imagen de la Virgen y, extrañamente

calmado, le preguntó entre dientes qué más quería, Walter se acercó un paso más a la mesa, se quitó la gorra y dijo:

—Por favor, Sturmbannführer... Fiete no quería desertar, estoy seguro. Lo conozco bien, vivíamos y trabajábamos juntos en el canal del Káiser Guillermo. Es un bromista, nunca piensa las cosas, y cuando llegó no sabía distinguir una horca de un rastrillo. Pero a los animales les gustaba, los terneros le lamían las manos; eso tiene que querer decir algo. Es un tipo estupendo y un soldado valiente, no flaqueó casi nunca durante la instrucción básica y tiene más puntería que la mayoría, yo incluido. Es

dulce, pero no es un cobarde, al contrario; nunca se esconde cuando hay que hacer trabajos sucios...

El oficial disimuló un bostezo sin demasiado éxito; se rascó la barbilla, cruzó los brazos sobre el pecho y colocó una pierna encima de la otra. La punta de la bota lanzó un destello negro bajo la mesa.

—¿Y cuál es su trabajo, exactamente? ¿A qué se dedican?

Walter tragó saliva.

—Pues... somos ordeñadores. Bueno, yo ya lo soy, hace poco pasé el examen oficial. Fiete todavía es aprendiz. Y antes iba al instituto. Trabajamos en la granja del general de

división Van Cleef, en Sehestedt, y cuando... —¿Ordeñadores? —lo interrumpió su superior—. ¡Qué empleo tan bonito y honorable, desde luego! Yo también vengo del campo, de Königsberg. Trescientas hectáreas de terreno. Sobre todo trigo, aunque también teníamos ganado. Nuestros ordeñadores eran siempre chicos ingenuos, morenos y de bíceps fuertes; podías tirarles un cuchillo y rebotaba. Y cómo se lo pasaban con las chicas en los pajares, por no hablar de todo el queso fresco que se zampaban... —Sonrió satisfecho y se rascó la barbilla—. Pero, sinceramente, ¿serán necesarios los ordeñadores en el futuro? ¿No se trata

de un trabajo del pasado? Pronto lo harán las máquinas, ¿no? Se inclinó hacia un lado y comió una cucharada de azúcar directamente del tarro, con un gesto impulsivo, ansioso. Aliviado ante el tono distendido de sus palabras, Walter meneó la cabeza.

—Qué va, eso no va a pasar, Sturmbannführer. No lo creo, vamos. El aprendizaje dura tres años largos, para vaciar una ubre no solo hace falta fuerza, sino también sensibilidad en los dedos. Si no, quedan restos de leche y se inflama todo. Cada vaca quiere que la ordeñen a su manera y, si se hace mal, vuelca el cubo de una coz. Además, no todo es ordeñar: también hay que llevar

los toros con las becerras y vigilar que no les partan el espinazo, ayudar durante el parto y saber reconocer y tratar enfermedades. Y a veces hay una emergencia y tienes que sacrificar un animal, o sacar a un ternero muerto del vientre de una vaca. Para eso no hay máquinas que valgan.

El oficial torció la comisura de la boca, donde todavía quedaban cristales de azúcar, con una mueca que casi pareció una sonrisa. La montura de carey recogía la luz y la transformaba en una línea rojiza alrededor de las gafas, pero de repente, cuando se las quitó, sus ojos estaban mucho más juntos y desprendían una mirada fría, y unas finas

arrugas se insinuaban ya debajo. Walter dudó un instante, pero al final cogió aire y dijo:

—Fiete, quiero decir, Friedrich Caroli, está herido, Sturmbannführer. Recibió una esquirla de una bomba de fragmentación y tiene grandes dolores que no lo dejan dormir; todos cometemos estupideces en esas condiciones... Supongo que había tomado muchas pastillas y alcohol. Estoy convencido, nunca ha tenido medida. Se ofuscaría y saldría a que le diera el aire, imagino. Y de pronto se topó con la policía militar.

El otro chasqueó la lengua y se sirvió café de nuevo. Walter agachó la

cabeza y añadió:

—Acaba de cumplir dieciocho años, Sturmbannführer. Sus padres murieron calcinados en Hamburgo, durante un bombardeo, y su novia acaba de solicitar un matrimonio por poderes, y al parecer está embarazada... Yo la conozco. Ortrud es una chica magnífica, muy decente, que lo va a meter en vereda... ¡Por favor, no lo mande fusilar! —Cerró un momento los ojos, retorció el quepis y añadió en voz baja —: Si quiere, ocuparé su lugar: mándeme al frente, allí donde lo iban a mandar a él. Él sabe conducir tractores, o sea que también se sabrá defender con un Krupp o un Borgward; así no me

echarán en falta aquí... Es mi amigo, señor Domberg, quiero decir, Sturmbannführer, y un ser humano verdaderamente excepcional. Y va a enmendarse, lo sé.

Del termo abierto salía humo, y su superior contempló la imagen de la Biblia: la Virgen vestida de azul, leyendo en un prado en flor. Mientras bebía, una gota de café resbaló por el costado de la taza, pero quedó suspendida en el aire.

—Su amigo, su querido amigo... —dijo, meneando la cabeza, y le temblaron las ventanas de la nariz—. ¿Durante cuánto rato más cree que voy a tener que aguantar sus pamplinas,

soldado? ¡Abra los ojos de una vez! ¿De verdad está defendiendo a un tipo que quiso dejarlos plantados, a usted y a sus camaradas? ¿Al que le da igual que los rusos pisoteen nuestro país, asesinen a nuestros hombres, ultrajen a nuestras mujeres y arrastren la cultura alemana por el barro? ¿De verdad pretende justificar la debilidad de espíritu y convencerme de que este criminal es un buen hombre porque los terneros le lamían las manos?

La gota cayó sobre el libro que la Virgen sostenía en el regazo, pero el oficial no se dio cuenta. Walter iba ya a replicar algo, pero Domberg levantó la

barbilla. Volvió a colocarse las gafas en su sitio.

—¡Escúcheme bien, Urban! —dijo en un tono súbitamente afilado—. Dejando a un lado que podría arrestarlo por el partido tomado, la guerra no tiene nada que ver con lo que uno desea, siente o piensa. En la guerra solo cuenta lo que uno hace. Imagino que ya lo habrá vivido, ¿no? Y este hombre, que, como todos nosotros, en la hebilla del cinturón lleva escrito «Mi honor es mi lealtad», ha cometido el peor crimen que puede cometer un soldado: no es que se haya comportado como un cobarde ante el enemigo, ¡oh, no! Eso, en según qué circunstancias, todavía se puede

comprender. ¡No, se ha comportado como un cobarde delante del amigo! Piense en ello. Porque si el día de mañana lo alcanza una bala, seguramente será porque tipos como él, desleales sin escrúpulos, han preferido rendirse.

Echó un vistazo a la gorra que Walter llevaba en la mano.

—¡Y ahora levante esas patas de burro y cierre la puerta por fuera! ¡Mi paciencia tiene un límite! Usted y sus camaradas de cuarto cumplirán con la orden de fusilamiento mañana por la mañana, tal como se les ha ordenado. Y si se niega o finge estar enfermo, se puede poner usted también en el paredón. ¿Entendido?

Le indicó que se marchara con un gesto displicente y se golpeó la muñeca contra el tampón secante. La sombra del mango, una pequeña águila de bronce, se proyectaba enorme sobre el tapizado de la pared y, sin darse ni cuenta, Walter dio un paso más hacia la mesa de escritorio. Los ojos le ardían y sintió cómo se le llenaban de lágrimas. Notaba el latido del corazón en los oídos, tanto que apenas oyó sus propias palabras, pronunciadas con los dientes apretados.

—¿Por qué, por qué...?

Pero Domberg, que ya había pasado la página, se encogió de hombros. Cuando respondió, su voz volvió a sonar a la defensiva. Se

encendió otro cigarrillo y expulsó el humo con un suspiro.

—Por compasión, evidentemente —dijo—. Porque, como has dicho, eres su amigo. Por eso apuntarás bien, para que no sufra.

Cuando Walter regresó de Győr, los relojes de la iglesia del pueblo tocaban a la misa vespertina. Seguía lloviendo, y después de descargar los medicamentos, cogió el saco de pan y se dirigió al sótano. Había sangre en la escalera, una pisada de bota sobre un charco seco y arañazos marrones en el revoque. El soldado de guardia, uno distinto que a

mediodía, se estaba limpiando los dientes con una astilla y se quedó perplejo cuando le tendió el permiso de visita, una simple línea manuscrita. — Con sello y todo —dijo, abriéndole la puerta metálica—. ¡Con qué elegancia se va el mundo a la mierda! Las zanahorias desprendían un olor terroso y dulzón, y en la oscuridad se distinguía el brillo de los botones del abrigo de Fiete. Uno de los dos feces estaba en el suelo, aplastado. Fiete levantó la cabeza y se incorporó lentamente en su lecho de paja; al apoyarse en la pared volcó una escudilla. El guardia volvió a cerrar la puerta y, desde el otro lado, dijo:

—Abreviad, camaradas; el papelucho pone diez minutos.

Se oyó el chasquido del cerrojo y el silencio que se produjo a continuación multiplicó el ruido de la lluvia. La última luz del día caía sobre los campos, y Walter se sacó la manta enrollada que llevaba colgando del cinturón y la echó sobre la paja. A continuación sacó una vela de la bolsa, la prendió y abrió la botella de coñac de una marca italiana que le había comprado al contraмаestre. Le temblaba la mano y el cuello de rosca tintineó contra el cristal mientras él evitaba la mirada de su amigo y la acuciante pregunta que contenía. Sin abrir la boca,

se fijó en la verja, con sus espinas retorcidas. Una corriente de aire hizo oscilar las telarañas polvorientas del techo. A Fiete se le hundió el pecho y cerró un instante los ojos. Cogió la botella con las dos manos y dio un buen trago. Se sentaron encima de la paja y Walter sacó una tableta de chocolate, un cantero de pan, algo de salchichón y dos paquetes de cigarrillos de la bolsa, un poco de todo. También le había llevado pomada de azufre y, mientras presionaba el tubo, miró a su alrededor: en el cuarto, cuya profundidad se intuía apenas debido a la falta de luz, no había nadie más. Las sombras de las montañas de zanahorias llegaban hasta el techo

abovedado de ladrillo, con las juntas cubiertas de musgo.

—¿Y los dos bosnios? —preguntó en voz baja, pero Fiete, con la botella entre las rodillas, hizo un gesto vago. Walter le pidió que inclinara la cabeza y le aplicó el unguento en los arañazos, entre el pelo ralo. Después le desabotonó el capote y la camisa, le levantó el brazo bueno y le examinó la axila. Entre el vello sudoroso había una miríada de piojos, más pequeños que las semillas de sésamo, que parecían arenilla entre los dedos. Se sacó un peine del bolsillo, los rastrilló como buenamente pudo y aplicó algo de

pomada. Notó cómo le quemaba debajo de las uñas.

A través de la lluvia se oían cañones y artillería ligera en la otra orilla del Raba. El viento arrastraba los sonidos, y Fiete empezó a dar tragos más largos; el coñac le goteó por las comisuras y le mojó la clavícula y la gasa con crosta. Pero cuando Walter le propuso cambiársela —también se había llevado vendas—, su amigo ni siquiera se dignó a negar con la cabeza. Lo miró de reojo sin decir nada, henchido, al parecer, de un amargo entusiasmo, y sacó un cigarrillo del paquete.

El tabaco barato crepitó sobre la llama y a la primera calada le siguió un

ataque de tos tras el que escupió una flema con algo de sangre. Con los ojos brillantes, contempló la vela del suelo, su llamita blanca y aplastada por la corriente de aire, bajo la cual la estearina fluía como el agua.

—Bueno —dijo con voz ronca—, lo intenté. —Se pasó la lengua por los labios agrietados y levantó el tono de voz para hacerse oír por encima de la lluvia y las explosiones que resonaban fuera—. ¡Por lo menos lo intenté, maldita sea! Y eso es lo que cuenta, ¿no?

Le salió un borboteo de los bronquios; Walter asintió, dubitativo. Entonces algo se movió en la oscuridad, y Walter entrecerró los ojos para ver

mejor. Encima de una caja había aparecido una rata, negra y con la cola blanca, que pronto se escondió entre las zanahorias. Las hortalizas tenían marcas de mordiscos. Walter aplastó varios piojos que se le habían quedado en los dedos.

—Quién sabe —murmuró—. A lo mejor los rusos llegan antes de lo que la gente cree. Tal vez mañana a primera hora estén aquí.

La estearina cayó sobre el suelo de cemento; Fiete frunció el cejo y negó con la cabeza.

—No veo en qué mejoraría mi situación: no hacen diferencia alguna entre voluntarios y reclutas forzosos,

Ata. Ejecutan a todos los miembros de las SS de inmediato, ¿no lo sabías?

Sin dejar de beber, echó un vistazo a sus zuecos de campesino. La madera estaba agrietada y forrada de piel por la parte del tobillo. Fiete golpeó una punta contra la otra y soltó un suspiro.

—A ver, ¿qué he perdido? Quiero decir, que si hubiera elegido luchar por Hitler, como la mayoría... Pero yo nunca quise saber nada de este lío, lo mismo que tú. Yo no tengo enemigos, y menos aún enemigos a quienes quiera matar. Esto es una guerra de cínicos que no creen en nada más que en la ley del más fuerte. Pero luego resulta que no son más que unos peleles y unos pobres de

espíritu, lo he comprobado en el campo de batalla. Aplastan a los de abajo, se inclinan ante los de arriba y masacran a mujeres y niños. —Con el cigarrillo en la boca, se puso algo de pomada en el dedo y dijo en voz baja, como para sí—: Y esa gentuza es la que me va a arrancar la vida.

Se metió la mano dentro del pantalón y se frotó la entrepierna. Alguien dio un golpe en la puerta y los dos se encogieron a la vez. Se oyeron voces y risas de borrachos, un perro ladró.

—Milli, se llama —gritó alguien —, bueno, Melitta. ¡Te va a tirar la sierra de cortar huesos a la cabeza!

Con los labios casi blancos, Fiete cerró los ojos y se dejó caer contra el revoque blando del muro, pero al cabo de poco los hombres se marcharon y volvió a reinar el silencio en el pasillo, a excepción de los pasos del guardia, que de vez en cuando silbaba algo para matar el aburrimiento. La luz que entraba por debajo de la puerta era cada vez más tenue. Fiete tragó saliva.

—Lo más raro es que esto lo he soñado a menudo —murmuró—. En los últimos años me han fusilado en varias ocasiones, y a veces incluso era un alivio, una liberación. Por ejemplo, si no tenía ganas de seguir vi-viendo y me acuciaban las penas de amor, el

pesimismo o lo que fuera... Paz, por fin, pensaba. Chupádmela, idiotas. Pero casi siempre me despertaba de un susto, con la mano sobre el pecho, y me costaba respirar.

El cigarrillo se había apagado, así que lo acercó de nuevo a la llama.

—Mi padre era médico, trabajó en un laboratorio, y era oficial de sanidad, ¿te lo había contado alguna vez? Durante la última guerra, o sea, mucho antes de que naciera yo, lo hirieron varias veces, francotiradores. Cojeaba mucho al andar. Más tarde, mientras estaba prisionero de los franceses, cerca del Ródano, lo obligaron tres veces a cavar su propia tumba. Le vendaban los ojos y

él creía que lo iban a ejecutar. Daban órdenes y cargaban los fusiles, pero entonces los gabachos simplemente meaban en el hoyo, y él lo tenía que volver a cubrir. Era un buen tipo, a menudo lloraba al hablar de la guerra.

Escupió algo de tabaco.

—Y una vez, cuando le mencioné mi sueño, dijo que las células de nuestro cuerpo, y también los espermatozoides y los óvulos, tienen memoria, y que eso se hereda. Las lesiones físicas y psicológicas afectan también a los descendientes. Las humillaciones, los golpes y las balas que sufres tú afectan también a tus hijos, más o menos. Y más tarde, por mucho que tú los quieras

cuando son pequeños, crecen con pánico a la enfermedad, a que los golpeen y los fusilen. Por lo menos inconscientemente, en sueños. En el fondo tiene lógica, ¿no?

Dio una última calada al cigarrillo y bebió otro trago. Por la ventana entraba una fina llovizna, y Walter volvió a amontonar la estearina medio derretida, que ya casi había vuelto a cuajar, alrededor del pábilo.

—¿Y qué pasa...? —preguntó con voz ronca, y carraspeó para aclarársela—. ¿Qué pasa con el que tiene que disparar? ¿Qué dejará en herencia?

Junto al campo pasó un guardia con un capote con capucha. Unas briznas de paja se pegaron a la cera y prendieron.

Fiete se rascó el cuello y durante un momento, con el brillo de la llama, su rostro recuperó el aspecto de antaño, el de una chica elegante, medio oculto por la sombra de la mano. Entonces esbozó una sonrisa abatida y dijo:

—¿Y cómo quieres que lo sepa, gran jefe? Seguramente una gran tristeza...

La lluvia empezaba a amainar. Del pueblo llegó un único tañido, y Fiete le pasó la botella, se subió la manta hasta la barbilla y le apoyó la cabeza en el hombro. Walter tomó un trago de coñac, que le ardió en la garganta pero no le calentó el estómago. Contuvo el aliento, cerró los ojos y de pronto notó la mano

de su amigo, que con toda la naturalidad, y sin temer ningún tipo de resistencia, le acariciaba la mejilla, el cuello y el pecho. Se trataba de un consuelo silencioso, el último, y Walter volvió la cabeza para ocultar las lágrimas. Fietetosió de nuevo.

—¿Te acuerdas del perro enfermo de Malente, Ata? ¿Ese chucho sarnoso que soltaba espumarajos por la boca? ¿Recuerdas cómo atravesó bamboleándose el patio de la escuela y todos salieron corriendo? ¡Menuda bestia! Jadeaba como si hubiera tragado fuego. De pronto me di cuenta de que solo quedaba yo, con la espalda pegada

a la pared, y el perro empezó a acercarse, como el diablo en persona.

Fuera, una salva de trazadoras atravesó el cielo, y Walter asintió. Fiete escupió más flema.

—Casi me desmayo de miedo. ¿Por qué yo?, recuerdo que pensé. ¿Por qué precisamente yo, maldita sea? Todos miraban boquiabiertos desde detrás de las ventanas, y yo ya me veía muerto o en el hospital, y entonces pensé, aunque en realidad fue más una sensación que un pensamiento: oye, un momento, y ¿por qué no? ¿Por qué no iba a ser yo? Te juro que lo pensé. De pronto me invadió una sensación de libertad, Ata, como no la había conocido jamás, una levedad

increíble. No sentí miedo, o mucho menos que nunca, y el chucho sarnoso, el pobre perro, dio media vuelta y se largó... —Meneó la cabeza y soltó el aire por la nariz—. Increíble, ¿no? Me podría haber matado.

Walter le devolvió la botella y no dijo nada, porque no sabía qué decir. Fiete se la terminó y la arrojó contra las zanahorias, pero no se rompió; se oyó un tintineo. Algunas de las zanahorias cayeron rodando con un ruido sordo, como de madera o de huesos, acompañado de una nube de polvo marrón grisáceo que llenó el halo de la vela, y de un olor a tierra cocida bajo el sol, a cosecha otoñal. Fiete volvió a

doblarse sobre sí mismo y cerró los ojos.

Respiraba con dificultad, casi entre jadeos, y la yugular le latía con fuerza. Walter notó el íntimo temblor de su amigo, su miedo. Se limpió la cera de los dedos y aguzó el oído: en el pasillo no se oía nada. También los disparos habían cesado al otro lado del río, y ambos creyeron dormirse un momento sobre la paja. A él, que tenía la espalda pegada a la fría pared, el chirrido que salió de debajo de las zanahorias le recordó los pitidos y los siseos de leños húmedos en las fogatas de los campamentos en su infancia, y dio un

respingo cuando su amigo lo cubrió con parte de la manta.

—Estás tiritando —le susurró.

En ese preciso instante la llave giró en el cerrojo. La parte inferior de la puerta combada arañó el suelo de cemento, y la chapa, reforzada con barras de hierro en cruz, se abolló y recuperó la forma original con un chasquido.

Fiete se incorporó, cogió la muñeca de Walter y miró la hora. Al final del cono de luz había un grupo de soldados. El ayudante del Sturmbannführer llevaba una lámpara de petróleo colgando de un alambre, que dejó junto a la vela. Después se quitó

los guantes, se los guardó en el bolsillo de su abrigo de piel y les hizo una seña.

—Qué suertudos son algunos — dijo. Su voz enérgica, tan acostumbrada a dar órdenes, resonó bajo la bóveda del techo—. Debe de tener enchufe, Caroli.

Como atraídas por el olor de las zanahorias, las polillas del pasillo entraron revoloteando en el cuarto. Los dos jóvenes se miraron y Troche esbozó una sonrisa seca, se inclinó y le entregó al condenado un sobre amarillento.

—Saludos del jefe. Excepcionalmente, se le concede permiso para escribir a sus allegados. Veinticuatro líneas como máximo, con letra clara. Sin dar nombres de lugares,

camaradas ni superiores, y sin hacer referencia al juicio sumarísimo. No se salga de las líneas ni anote nada en los márgenes. —Se levantó la visera de la gorra y le dirigió una mirada inquisitiva —. ¿Me ha entendido, joven? El destinatario en la parte trasera.

Fiete frunció el ceño, pero no respondió. Apartó la mirada y se fijó en la cera, que volvía a derretirse, y solo cuando Troche le indicó a su amigo con un gesto que debía marcharse, se estremeció y respiró profundamente. — ¡No, un momento!

Alargó la mano para cogerle el brazo. Con la cara pálida y descompuesta por el dolor, se agarró de

su uniforme y se levantó con él. Se le salió un pie del zueco y Walter lo sostuvo, lo ayudó a tenerse en pie y le colocó la manta encima de los hombros. Con dedos temblorosos, apartó una brizna de paja, que parecía una veta de oro vista a través de las lágrimas, agachó la cabeza y lo atrajo hacia él, con gesto delicado. Nunca antes había abrazado a un hombre, y Fiete, que estaba delgadísimo a pesar de la manta y el capote, se puso de puntillas y le dijo al oído:

—Que te vaya bien, gran jefe. Gracias por todo. Y saluda a Ortrud de mi parte, ¿me oyes? Salúdalos a todos. Lo de mañana ya está superado. —

Entonces le entró un acceso de tos y, reprimiéndolo, preguntó en voz baja, casi con un suspiro—. ¿Vas a estar ahí?

Su respiración era febril. Fuera, en el campo, se oyó un crujir de gravilla bajo las botas del guardia, y Walter abrazó con más fuerza a su amigo y le dio un beso en la sien. Con los ojos cerrados, movió los labios cortados sin pronunciar una palabra; tenía la garganta como paralizada. Ni siquiera podía tragar saliva, así que pegó la frente fría contra la frente sudorosa de Fiete y le pasó la mano por el pelo ralo. Se le escapó un gemido y el otro le dio unas palmadas en la espalda.

—No pasa nada, Ata —dijo—. Son unos idiotas. Mañana ya nada me va a hacer daño.

El viento soplaba a través de la reja y los soldados del pasillo hablaban en voz baja. Los dos amigos, que habían dejado de llorar, se separaron finalmente y se miraron el uno al otro durante un instante. Ambos tenían los ojos oscuros, solo un poco, y era imposible distinguir el azul claro de uno del marrón verdoso del otro. Troche pisó el resto de la vela con el tacón y dio unas palmadas. —¡Bueno, al tajo, que no tenemos todo el día! —dijo—. ¡Escriba la carta, Caroli!

Fiete miró a su alrededor y se apoyó en el muro. Cayó una fina arenilla del revoque quebradizo.

—¿Cómo, ahora? —preguntó, enarcando las cejas llenas de arañazos y abrigándose el cuello con la manta—. ¿La tengo que escribir ahora mismo?

—¡Pues claro! —le espetó el ayudante, que se metió la mano en el bolsillo—. ¿Qué hago aquí, si no? ¡Estoy esperando!

Se sacó una pluma, le quitó el capuchón de rosca y volvió a ordenarle a Walter que se marchara. Este saludó una vez más al condenado con la cabeza, y se oyó el tintineo metálico de una hebilla cuando se tropezó con un

cinturón que había quedado en el suelo, junto al fez. Con cada paso que daba hacia atrás, su sombra proyectada en el suelo y la pared se iba volviendo más y más grande, hasta que se perdió en la oscuridad, entre los barrotes de la reja.

—Bueno, hasta mañana —dijo con voz ronca, y cerró un instante los ojos—. Sí, allí estaré.

Pero Fiete ya no lo miraba. Había colocado la hoja delante de la lámpara y estaba escribiendo, arrodillado y con el brazo apoyado en el suelo de cemento. La manta le había resbalado por la espalda y formaba un bulto bajo el que apenas se distinguía la cabeza; los extremos le cubrían las manos, y el

emblema del capuchón de la pluma, una especie de copo de nieve, desprendía un brillo mate.

—Gracias —murmuró, sin dejar de escribir.

La humedad se había convertido en escarcha durante la noche y los charcos estaban cubiertos de una fina capa de hielo. Medio hundido en el lodo del otro lado del campo de cultivo había un cañón de defensa antiaérea. Los primeros pájaros trinaban ya y las cañas blanquecinas se inclinaron al paso de un viejo jabalí, que se dirigía hacia el agua. Era un animal enorme, con el cogote

perlado de rocío; levantó el hocico y olfateó los abetos de la otra orilla, con los ojos entrecerrados, antes de agachar de nuevo la cabeza y empezar a sorber las lentejas de agua. Las orejas se le movían nerviosamente y blandía la cola de placer. Acto seguido, se metió gruñendo en el fango y el ambiente se llenó de un olor a amoníaco; después de restregar el lomo humeante en una encina y de afilarse los largos colmillos —la corteza se partía y estallaba, sus incisivos rechinaron sobre la madera blanca—, puso punto final a su peculiar baño y desapareció con el mismo sigilo con el que había llegado.

Los dos estrechos túmulos de detrás del granero, cubiertos de pisadas de soldados desde el día anterior, estaban llenos de escarcha. Los hombres estaban sentados en un extremo de la larga mesa, comiendo pan con mermelada, mientras Jörg les servía té con una jarra de latón. Llevaba una gorra con orejeras y unos mitones, y mientras el aprendiz de curtidor y los bachilleres ordenaban sus cartas, le hizo un gesto a Walter para que se acercara y le ofreció una taza.

—¡Menuda cara! ¿No has dormido?

No respondió, o, mejor dicho, tan solo inclinó la cabeza antes de sentarse con ellos. Apoyados en la pared había

cinco fusiles limpios y engrasados, con la culata de madera de nogal, con cinco cascos colgando de los cañones. Walter frotó las manos sobre el latón y dijo:

—Quise ir a verlo otra vez, pero los guardias... Da igual. De vez en cuando se le oía toser en el agujero y parecía que ya estuviera bajo tierra.

Jörn lo observó con atención, alargó el brazo por encima de la mesa y le acercó el dorso de la mano a la frente, pero Walter se apartó. Después el otro le echó algo de aguardiente de su cantimplora plateada en el té. —No te tortures —le dijo—. En la hora más oscura hay oscuridad, es así, son cosas del destino. Y para alguien joven

seguramente sea menos grave de lo que creemos. Una vez, en la universidad, me caí de un andamio y no recuerdo cómo me subí a él. Había perdido la conciencia antes incluso de llegar al suelo. Es una especie de gesto misericordioso en los momentos más duros.

Un oficial zarandeó los postes del campo, tres estacas de aliso, para comprobar que estaban bien clavados. Llevaba un estetoscopio colgando del bolsillo de la chaqueta de piel. Jörn se frotó las manos y se retorció los dedos.

—¡Madre del amor hermoso! ¡Y yo creía que ya llegaba la primavera!

¿Dónde has dejado el capote? ¿No se te están helando las pelotas?

Walter bebió otro trago, con los ojos cerrados. El té era fuerte y dulzón, de modo que el aguardiente apenas se notaba.

—Lo tiene Fiete —dijo, sin apartar la cara de la taza—. Pues yo pienso apuntar mal... —añadió.

Los estudiantes comían pan y se peleaban por una jugada, pero Florian, el aprendiz de curtidor, lo oyó y se pasó el borde de una carta por el cuello.

—No seas idiota, hombre —le dijo —, va a morir de todos modos. Y luego cuentan los disparos: como falte uno, antes de la hora de la comida nos habrán

mandado a todos al frente, y esta noche estaremos con las tripas desparramadas debajo de la cadena de un tanque.

Los estudiantes levantaron la mirada y Jörn se cruzó de brazos. Cuando habló, lo hizo en voz baja, casi suplicante.

—Tiene razón, Walter. ¡No nos mandes a la mierda cuando falta tan poco para el final! Fiete ya está en el otro mundo, créeme, en una especie de sueño del que la realidad no lo puede despertar. Apuesto a que ni siquiera nos va a reconocer. Además —añadió, señalando los fusiles con el pulgar—, en alguna hay un cartucho sin bala. Cualquiera es libre de creer que...

Dejó la frase a medias y Walter se lo quedó mirando. —¿Y eso cómo lo sabes? —preguntó, pero no obtuvo respuesta.

El caballo del rincón volvió la cabeza. El Sturmbannführer entró en el granero al frente de una pequeña escolta; su ayudante chasqueó los dedos. Los soldados saltaron por encima de los bancos y se pusieron firmes. Domberg, con los cristales de las gafas sucios y los ojos enrojecidos en las cuencas oscuras, alzó la barbilla mal afeitada e inspeccionó la fila, hombre a hombre; incluso colocó bien algún cinturón y el cuello de una camisa. Solo al pasar por delante de Walter parpadeó un instante.

Entonces echó un vistazo al reloj y metió las manos en los bolsillos.

—Bien, señores —dijo, y le tembló la papada, la chaqueta tirante sobre el estómago—. Espero de vosotros virilidad y carácter. En la guerra hay situaciones en las que uno debe sobreponerse a sus escrúpulos. Quien en este momento decisivo dé por perdida nuestra trascendental batalla, nos da por perdidos a todos y renuncia al derecho a vivir entre nosotros. Delante de vuestras armas, tenedlo claro, no tendréis a un camarada, sino a un enemigo que ha pisoteado nuestro honor y nuestra fidelidad. Y para eso solo puede haber un castigo.

En Győr resonaron las sirenas de la alarma antiaérea, y el Sturmbannführer se colocó bien las gafas y los amenazó con un dedo. Aunque de pronto hablaba en voz baja, su tono era más virulento, como si exhalara aire gélido:

—Y otra cosa: si alguien prefiriera rehusar la orden, lo entenderé perfectamente. Eso sí, en ese caso espero que sepa dónde tiene que colocarse. —Se pasó la lengua por la parte inferior de la dentadura—. ¿Estamos?

—Sí, Sturmbannführer — respondieron todos como un solo hombre, y él les dirigió un saludo lacio, más con la mano que con el brazo, hizo

un gesto con la cabeza a su ayudante y se marchó. De camino a la puerta, dio una palmada en el cuello polvoriento del caballo del rincón. Troche, que aquella mañana tenía las cicatrices más pálidas que la tez, se quitó el quepis, se puso un casco de hierro y les indicó que hicieran lo mismo. A pesar del forro de piel, el metal frío se dejaba notar en la coronilla. Mientras se ajustaban las correas, Troche señaló las armas y dijo:

—Bueno, cuanto antes empecemos, antes terminaremos. Ya conocéis las reglas: os colocáis hombro contra hombro, quitáis el seguro al unísono, apuntáis al pecho y disparáis a mi orden. Está prohibido mirar al criminal a los

ojos y hablarle. Y ahora, ¡todos fuera!
¡A vuestros puestos!

Encima de sus cabezas se oía el zumbido de los bombarderos rusos, una gran escuadrilla de Tupolevs que volaba rumbo a Viena, como casi cada mañana. Uno de los aparatos arrojó una lluvia de panfletos: era el *Frontnachrichten*, el noticiero del frente cuya lectura conllevaba un severo castigo. Los cinco hombres salieron del granero en el momento en que Fiete entraba en la plaza acompañado por dos paracaidistas. Iba descalzo, a excepción de unos calcetines, pero llevaba el capote, que le venía demasiado grande: por las mangas apenas le asomaban los

dedos. Del cuello de la chaqueta le colgaba un trozo de venda deshilachada y manchada de sangre seca.

No lo habían maniatado, y, si vacilaba o tropezaba con alguna madriguera de topo helada, los dos soldados tan solo lo sujetaban por los antebrazos. Uno llevaba una pistola en la mano y le dijo algo con la boca entrecerrada, a lo que Fiete respondió con un leve gesto de cabeza. Caminaba muy derecho y a primera vista parecía tranquilo, pero el aire frío delataba su respiración rápida y entrecortada, y las nubes de vapor que exhalaba eran más delicadas y translúcidas que las de sus guardianes.

Lo colocaron con la espalda pegada al poste central, y Troche se sacó un trozo de cuerda del bolsillo del capote. El cáñamo siseó sobre los bordes de cuero. Le ató las manos detrás de la madera con un doble nudo y, con la punta de la bota, le indicó que acercara más los pies al poste, antes de atárselos también. Después le cortó los botones de latón del capote con un cuchillo y le alisó las solapas para que el pecho ofreciera una superficie plana.

Fiete se dejó hacer sin decir nada, con los párpados caídos, y negó casi imperceptiblemente con la cabeza cuando el oficial, que se había sacado una pitillera, quiso ponerle un cigarrillo

entre los labios. Entonces levantó la barbilla y miró hacia los tiradores.

Tenía una mirada febril y las orejas y la nariz coloradas de frío. De pronto frunció el ceño y abrió la boca, pero Walter no habría podido decir siquiera si su amigo lo veía, pues el sol le daba en la cara. Con un parpadeo, estiró el cuello y buscó entre los presentes, pero no lo reconoció, como si la desesperanza hubiera convertido a su mejor amigo (el borde del casco de acero encima de las cejas, la culata del arma junto a los pies) en un desconocido. Volvió a encogerse de hombros.

En la puerta del granero había varios soldados que miraban con actitud curiosa, sosteniendo el bocadillo del desayuno en una mano y una taza de té humeante en la otra. Las cañas de las botas de montar de Troche crujieron cuando recorrió los diez pasos escasos que separaban el poste de los tiradores, a quienes miró uno a uno a los ojos. Fumando el cigarrillo que Fiete había rechazado, con un breve gesto con el pulgar les indicó que cogieran los fusiles y quitaran el seguro. Walter dejó el dedo debajo del perno metálico para que no hiciera ruido, pero el chasquido de las demás palancas resonó en el aire gélido, y Fiete, que respiraba de forma

cada vez más agitada, cerró los ojos y movió los labios.

—¿Y tu capote? —preguntó Florian desde detrás de la culata—. ¿En serio se lo quieres dar?

Pero Walter no respondió. Echó un vistazo de reojo, primero a las manos azuladas del curtidor y luego a Troche, que se había colocado junto a ellos pero aún no se había vuelto hacia el condenado. No solo eso, sino que cogió el cañón de uno de los bachilleres y le corrigió la posición con gesto circunspecto. Entonces dio otra calada al cigarrillo y, en voz baja, casi con un susurro, dijo:

—¿Preparados? Y... ¡ar!

Walter, que esperaba una orden distinta y una voz más fuerte, vio el humo que salía de las armas de sus camaradas antes incluso de apretar el gatillo, algo que hizo más como un acto reflejo que por cumplir la orden. El eco le retumbó en los oídos.

Una bala levantó un puñado de tierra. Una bandada de mirlos echó a volar en el campo arado y antes de que el estupor por la violencia inesperada de los disparos se reflejara en su rostro, Fiete cayó de rodillas y se quedó así, con las piernas arqueadas. Como los niños cuando les sobreviene un dolor inesperado, que no han experimentado nunca y que consideran imposible, abrió

mucho la boca, aunque seguía con los ojos cerrados. El aliento se le escapaba por los orificios que habían dejado las balas.

Los seguros chasquearon de nuevo. Fiete, temblando de pies a cabeza, volvió a tensar las piernas, pero el tronco se le fue hundiendo hacia delante y le desaparecieron las arrugas de la frente. Su repentina palidez ya no era la de un vivo. La cuerda de cáñamo resbaló crepitando sobre la corteza del árbol, que se había agrietado. Había manchas de sangre sobre la madera blanca. Fatigosamente, como si todavía no se lo pudiera creer, Fiete negó con la

cabeza. Del labio inferior le colgaba un hilillo de saliva de color rosado.

Entonces la barbilla le cayó sobre el pecho, y Walter, con el cañón caliente del arma apoyada en el hombro, cerró los ojos. Le dio un vahído, notó un ruido en las tripas y encogió involuntariamente los dedos de los pies cuando alguien, a sus espaldas, exclamó: «¡Limpio!». Se apartó el casco de la frente, se secó el sudor de la cara con la manga y vio a su amigo, que se retorció en el suelo. El oficial que cortó la cuerda que lo ataba al poste de madera les indicó que iba a pasar revista a los vehículos en cinco minutos.

Anotó algo en su libreta. Los hombres dejaron los fusiles apoyados en la pared y salieron del granero. Pero Fiete todavía no estaba muerto; el labio inferior le temblaba, el pecho le subía y bajaba, y con una mano arañaba el aire que le faltaba. El médico se inclinó sobre él y le apartó el capote; mientras contaba los disparos —que iba señalando con el lápiz—, el joven siguió respirando por la nariz y la boca, con alentadas rápidas y entrecortadas, y abrió lentamente los ojos: a la vista quedaron sus iris, que desprendieron un último destello, y el azul cada vez más lánguido de su mirada, que ya no era capaz de enfocar nada.

Con la cabeza echada hacia atrás, como si les ofreciera el cuello, parecía sonreír de aquella forma tan suya, de medio lado. Walter, que no escuchó la voz de Troche y su brusca reprimenda, se abalanzó hacia su amigo, tropezando sobre la hierba helada y arrastrando el arma por el suelo, antes de dejarla caer, pero no llegó a tiempo. Su sombra ya caía sobre él, le cubría la cara y los ojos garzos, cuando este exhaló el último aliento y se quedó con la boca abierta.

Tenía sangre en los dientes. El médico sujetó el estetoscopio sobre el pecho del muerto y le cerró los párpados con el pulgar y el índice de la otra mano. Los paracaidistas empezaron

a cavar. Sus azadas y palas tintineaban en el aire frío, y de pronto Walter perdió el mundo de vista, todo quedó envuelto en una especie de neblina y, acto seguido, notó las piedras y las madrigueras de topo que se le clavaban en la espalda y oyó a sus camaradas, sus gritos y sus pasos apresurados, que hacían retumbar la tierra.

«Querida Helene: gracias por tu carta y por el paquetito. Todo llegó puntualmente el día señalado, aunque hemos cambiado varias veces de emplazamiento. Por lo menos parece que el correo todavía funciona, y a lo mejor la próxima Pascua ya la pasaremos en paz.

»No sé si mamá te lo ha contado: hace poco tuve unos días de permiso y los dediqué a buscar la tumba de papá. Cayó muy cerca de donde estoy, pero a menudo las cruces no llevan nombre, y hay tantas... Uno no sabe ni por dónde empezar a buscar. En cualquier caso,

seguro que está enterrado por aquí. Cuando termine la guerra, volveremos. En la *puszta* hay un silencio como si estuvieras en una habitación o en un sótano, como si los muertos aguzaran el oído.

»Tus galletitas, sobre todo las de chocolate, estaban riquísimas. También el salchichón hizo muy feliz a alguien. Estoy en la enfermería, por cierto, pero no os preocupéis, estoy bien. Son los nervios, dice el enfermero, una especie de delirio del frente, aunque me encuentro en la retaguardia. Tengo espasmos y temblores en la cara y no puedo hacer nada para evitarlo. Incluso afeitarme supondría un peligro. Pero ya

se me pasará. De momento, y como tratamiento, me dan gachas y vino con miel.

»El enemigo ataca sin cesar y poco a poco vamos retrocediendo. Estamos ya dentro de las fronteras del Reich, donde espero que no haya tantos partisanos. A lo mejor pasamos cerca de Viena, así vería por fin una gran ciudad.

»Cuando tenía tu edad, la Pascua era mi fiesta favorita: después siempre hay más luz y hace más calor, y todavía hoy me gusta más que la Navidad. Aquí, por cierto, también tenemos huevos, teñidos con grasa azul, manzanilla y remolacha, pero no con verde de abedul, porque han talado la mayoría de árboles.

»En fin, Helene, cuídate mucho, preciosa. Están apagando las luces. Espero que tu tos vaya mejorando, ya pronto pasará el invierno. Si tienes una habitación húmeda, coloca cristales debajo de la cama, es lo que hace la gente de aquí. Y, si quieres, saluda a mamá de mi parte. Tuyo, W.»

Se había agotado el combustible. Con la ayuda de carros tirados por caballos y bueyes, trasladaron toda la comida que habían rescatado de los almacenes al otro lado de las montañas. Walter cruzó el paso con sus tres pollines mucho antes que sus camaradas, que lo estaban

pasando mal por el estado de los caminos y por la terquedad de sus bestias de tiro. Su ventaja se debía también al hecho de que de vez en cuando les daba un poco de azúcar a los animales, que lo seguían ligeros por el pedregal arrastrado por el deshielo de la primavera pese a los fardos llenos que llevaban sobre el lomo; cuando en una ocasión a Walter se le escurrió la cuerda entre las manos, en vez de huir, se quedaron donde estaban.

A menudo los soldados tenían que apartar raíces o incluso árboles enteros del camino, hasta que, alrededor de mediodía, llegaron a una carretera medio pavimentada que descendía

serpenteando hasta el valle, donde se distinguía un pueblo con su iglesia. Se oyó el repicar metálico de las campanas, y de pronto el suelo empezó a vibrar y se desprendieron piedrecitas de la ladera. Los animales levantaron las orejas y, en ese instante, un camión verde aceituna con un parachoques enorme y faros enrejados tomó la curva. En la parte trasera iba un grupo de soldados americanos armados, y el conductor —en un primer momento Walter creyó que llevaba el rostro embetunado— frenó junto a él y, hablando por encima del hombro, le dijo:

—*Hey man, where 're your wheels?*

Riendo, apuntó con una pistola a Walter, que, aunque no había entendido ni una palabra, no pudo reprimir una sonrisa. Inmediatamente levantó las manos para ocultar las iniciales de las SS que llevaba en el cuello y miró de reojo a sus camaradas. Algunos saltaron de sus carros y desaparecieron por los caminos sin que nadie disparara ni saliera tras ellos, pero la mayoría hicieron lo mismo que él y se acercaron con paso vacilante al camión. Después de cargar los víveres, los americanos dispersaron los animales con una palmada en el lomo.

El campo al que llevaron a los soldados tras una noche de viaje en un

remolque sin techo se encontraba en un valle, cerca de Wagrain, a ochenta kilómetros al sur de Salzburgo, según le dijo un enfermero. Una alambrada de púas y un alto muro de piedra rodeaban el lugar, una antigua dehesa convertida en estación de paso para un gran número de prisioneros. La hierba estaba aplastada y el suelo chasqueaba a cada paso; las botas quedaban empapadas de inmediato. Habían construido dos letrinas, largos cagaderos hechos con tablas sin desvastar, pero no había barracones, tiendas, ni cobertizos para los hombres, con lo que muchos cavaban en el suelo con latas de conserva e incluso con las manos para tener un

lugar donde resguardarse del sol y la lluvia.

No había nada que beber en ningún lado, y cuando la sed se volvió insoportable, Walter, como todos los demás, se echó boca abajo en el suelo y bebió de un charco, con los dientes apretados. Entre el barro brillaban condecoraciones, medallas e insignias de combate de la Luftwaffe, y después de dar unas vueltas y echar un vistazo, también él se deshizo de la hebilla del cinturón y de las fichas de identificación perforadas, y, con un trozo de cristal que le prestó un soldado de la Wehrmacht, recortó las iniciales bordadas de la chaqueta.

Después subió a una pequeña colina, al borde del campamento. A lo lejos se distinguían las cumbres blancas y un grupo de gamuzas que corrían por la nieve resplandeciente. Un soldado, un cabo, señaló a la multitud: vueltos hacia el sol, que empezaba ya a calentar, muchos prisioneros se habían quitado la chaqueta y la camisa, y cabeceaban en cuclillas: nuca rapadas y descarnadas, hombros afilados que se marcaban bajo la ropa sucia, manos y brazos desollados...

—Fíjate —murmuró—. El Reich milenario. ¿Cómo dijo el Führer en su discurso de Año Nuevo? Cuando el destino te exige tanto, es que te reserva

algo grande... o algo así. ¿Tú a qué crees que se refería? ¿A la diarrea o a la sarna?

El barracón de los americanos olía a cigarrillos, a café y a beicon frito, pero durante dos días los prisioneros no recibieron ningún tipo de alimento. Muchos preparaban «sopa juliana» dentro del casco; uno se hizo un puré de ortigas, acedera y diente de león, manteniendo el fuego a base de cartillas militares. También Walter se acuclilló delante de un cazo de esos, y un zapador, un hombre de unos cuarenta años y cabeza ya entrecana, le prestó una cuchara. Después metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó algo de

tabaco; cuando Walter le preguntó cuánto tiempo iban a tener que pasar allí, se encogió de hombros.

—Yo creo que poco. Los yanquis no tienen ningún interés en los prisioneros. Les salen demasiado caros.

El papel con el que se lio el cigarrillo tenía marcas de agua con letras cirílicas.

—Buscan criminales de guerra, miembros de las SS. Y, la verdad, les está bien empleado a los muy desgraciados. Siempre tenían las armas más nuevas y más comida que el resto, y encima las mujeres más guapas se les ofrecían voluntariamente. El Führer y su amigo Himmler no pararon de hacerles

la pelota y de prometerles la luna, y aun así no pudieron acudir a nuestro rescate, ni en el lago Balaton ni tampoco a las puertas de Viena. Que se pudran todos en el hoyo.

Walter tragó: la papilla era verde como las espinacas, pero tenía un sabor mucho más amargo, y notó el rechinar de la arenilla entre los dientes.

—¿Cómo? —preguntó—.

¿Criminales de guerra? ¿Y cómo los van a reconocer?

El hombre relamió una hoja.

—Veo que eres un chico muy listo... Pues ¿cómo quieres que los reconozcan? Por los tatuajes, naturalmente, por el grupo sanguíneo. Es

su marca de Caín. Y luego seguirán cribando.

Walter se metió la mano debajo de la camisa y se palpó el tatuaje. Notó un soplo frío en la nuca.

—Pero ¿eso es exclusivo de las SS? —preguntó, desconcertado—. ¿Los demás soldados no llevan tatuaje? —Ajá —soltó sarcásticamente el zapador, entre dientes, mientras se encendía el cigarrillo en el hueco de la mano. Exhaló el humo por un lado de la boca y se fijó en el cuello de su uniforme—. No, no todos. Ya lo verás cuando te despiojen.

Por la noche empezó a llover y los prisioneros se cubrieron la cabeza con

chaquetas y capotes. Quien todavía conservaba lonas y mantas, las clavaba con estacas encima del hoyo en el que dormía o intentaba dormir. Pero pronto estuvo todo lleno de agua, y cuando los hombres se apiñaron para por lo menos tener un poco de calor, los americanos dispararon bengalas desde el otro lado de la verja. Los muros de piedra se llenaron de sombras afiladas y el magnesio ardiente cayó sobre los agotados prisioneros. Algunos resultaron heridos y sus gritos se convirtieron en lloros y gemidos, hasta que, al rato, alguien desde los barracones gritó:

—*Shut up!*

Al amanecer, la lluvia empezó a amainar, el cielo se despejó y algunos lograron conciliar el sueño; a pesar de que la tierra estaba empapada, se oía algún ronquido. Las estrellas se habían desvanecido sobre el valle, las cumbres nevadas de las montañas tenían un brillo rosado y el viento hacía tintinear los millares de chapas de identificación ovales que colgaban de la verja de alambre.

«Querida Liesel: espero que estés sana y salva. Yo estoy bien, dadas las circunstancias. Que no te sorprenda mi mala letra: te escribo sobre un papel

especial, que se vuelve azul cuando entra en contacto con el agua y a menudo se corre, así que hay que tener mucho cuidado con la pluma.

»Tras unos días cerca de Salzburgo, en la Marca Oriental, ahora me encuentro en un antiguo campo de concentración cerca de Múnich. Los yanquis nos tratan razonablemente. Incluso los interrogatorios transcurrieron sin gritos ni golpes, por lo menos el mío. Pero bueno, yo soy joven, me reclutaron a la fuerza y no he hecho más que conducir camiones. Nos podemos duchar dos veces por semana y nos dejan llevar sus viejos uniformes, o los de sus muertos. Eso sí, en la espalda

tenemos que escribir “POW”, que son las siglas inglesas de “prisionero de guerra”. Yo lo he hecho con pasta de dientes Colgate, así luego lo podré lavar.

»Mientras tanto, entretenemos la espera reparando los vehículos de los yanquis; aparte de esto no hay gran cosa que hacer. Algunos se suben a los tejados de los barracones para ver el bloque de mujeres. Allí tienen encerradas a las vigilantes de los campos, verdaderas pistoleras de la División Totenkopf de las SS que en pleno invierno ataban a las prisioneras a las alambradas y les tiraban agua por encima. Y si no se morían lo bastante

rápido, ellas les echaban una mano con cuchillos de cocina. Ahora no tienen nada que perder y les enseñan a los hombres lo que quieren ver.

»Algunos organizan veladas literarias, otros representan obras de teatro. A veces incluso nos ponen películas, imagínate. Ayer, en nuestra sala, vi a Göring, el mariscal del Reich. Se ve que han organizado un gran juicio en Núremberg. Entró como si fuera vete a saber quién, todavía con el grueso anillo en el dedo, aunque llevaba todas las ranuras para condecoraciones de la chaqueta vacías. Unos veinte policías militares con casco y cinturón blanco se sentaron a su alrededor, para que nadie

podiera acercarse a él. El tipo se puso en cuclillas y vio *Un romance en tono menor* con todos nosotros, y cuando al final el pobre marido engañado dijo: “¡Se acabó, se acabó, ya ni siquiera me duele!”, se le llenaron los ojos de lágrimas. Vi cómo le brillaban.

»No está claro cuánto tiempo más tendremos que pasar aquí. Se ve que ayer dijeron que iban a soltar antes a los jóvenes de las regiones mineras, para impulsar la economía; yo nací en el Ruhr y tengo a la familia allí, o sea que a lo mejor puedo salir con ellos. En cualquier caso, lo voy a intentar: diré una mentirijilla y a ver si en verano puedo estar en el norte. ¿O has

encontrado ya a otro? He pensado a menudo en ti y por eso no me ha pasado nada, estoy convencido de ello. Uno, dos, tres.»

Las cúpulas de las dos torres se parecían mucho a la imagen que uno tenía de ellas por las fotos y las postales, pero entre los escombros del ábside había varios bancos destrozados y una cruz en la que faltaba el Cristo: solo se conservaban las manos, clavadas al travesaño. Entre las pilas de madera y ladrillos había unos estrechos caminitos, y el polvo que le cubría los labios sabía a yeso. Walter se colocó tras un grupo

de personas que hacían cola delante de una boca de riego. Todos llevaban cubos, jarras o sifones de cerveza vacíos, con válvulas de porcelana, y hablaban en su dialecto, del que solo entendía algunas palabras, y a veces ni eso. Dos muchachas que llevaban sandalias con suela de goma y un vestido tradicional, y que compartían un cigarrillo junto a la cola, le sonrieron.

Hacía un calor bochornoso. De todas partes llegaba el repiqueteo de martillos con los que arrancaban el cemento viejo de los ladrillos, y Walter carraspeaba a menudo, con la garganta tan seca que le costaba tragar. Muchas personas colocaban pequeños maderos o

manojos de paja encima de los cubos para que no se les derramara el agua entre los escombros. Cuando finalmente le llegó turno, saludó al encargado de la boca de riego y colocó las manos debajo de la abertura. Pero el otro miró primero al sediento y luego a las dos chicas, y dijo:

—¿No tienes un vaso? *You need a cup.*

Llevaba una venda sucia en el cuello y su boca era apenas una ranura entre la barba de dos días. No lucía ningún distintivo en la chaqueta del uniforme, pero debía de haber tenido un alto rango, pues la tela era de muy buena calidad. En las mangas, donde había

lucido los galones con el nombre de la división, brillaba tan solo una corona de espino bordada con hilo dorado deslucido.

—Soy alemán —repuso Walter con voz ronca—. Dame agua, camarada.

Agarró la llave de la boca de riego con ambas manos, pero el tipo echó un vistazo a sus pantalones color mostaza y a la chaqueta de combate con cremallera.

—¿Cómo quieres que te dé agua, si no llevas un vaso? —repuso—. ¿Y por qué llevas ropa yanqui? ¿Trabajas para ellos?

—No —respondió Walter—, estuve en un campo de prisioneros y nos

regalaron su ropa. Los uniformes alemanes se nos caían a trozos. Y ahora dame agua, por favor. Llevo horas caminando.

El otro reaccionó con perplejidad. Tenía pústulas en los ojos.

—¿De un campo de prisioneros? ¿De Dachau? Pero ¿ahí no están los capitostes? ¿Qué os daban para comer? Walter se pasó la lengua por los labios reseco.

—¿Para comer? Por Dios, piña. Piña enlatada, a diario. Y a veces galletitas, aunque no sé de qué eran. Sabían a patata. Nada de carne, claro. —Volvió a agacharse y colocó las

manos debajo de la llave—. ¡Vamos, que tengo que coger un tren!

Pero el otro ni se inmutó.

—¿Piña enlatada? —preguntó—.

¿A diario? Caray, menudo lujo. Y, mientras tanto, nosotros teníamos que salir a los prados y comer margaritas. No te voy a dar agua. No sin vaso.

El sediento enarcó las cejas.

—Venga ya, hombre. ¿De dónde quieres que lo saque? ¡Abre el grifo! ¿No ves que están todos esperando?

—No es problema mío. El agua potable es un lujo, imagino que si vienes de un campo de prisioneros ya lo sabes. Solo se puede proporcionar agua en

recipientes, para que no se pierda. Me limito a cumplir órdenes.

Walter meneó la cabeza, incrédulo. Cerró los puños, dio un paso por encima del barro acumulado delante de la boca de riego y preguntó entre dientes:

—¿Y quién te ha dado esas instrucciones, si se puede saber? ¿Tu Führer? Porque está muerto, por si no te has enterado.

Entonces le pisó la punta del pie al hombre, pegó la barbilla al cuello y entrecerró los ojos. El aliento le olía muy mal.

—Vaya, vaya, ¿y encima me amenazas, yanqui asqueroso? Tienes ganas de pelea, ¿eh? Tócame los huevos

—dijo, y quitó la llave de la boca de riego y se la guardó en el cinto. A sus espaldas estalló un rumor de quejas y maldiciones, pero el tipo enderezó la espalda, cruzó los brazos sobre el pecho y, levantando la barbilla, gritó—: Atención: por alteración del orden público, el suministro de agua potable queda interrumpido hasta próximo aviso. Como responsable de aguas estoy en mi derecho. Las quejas se presentarán por escrito a la administración municipal. El siguiente punto de aprovisionamiento está en Stachus. Le podéis dar las gracias aquí al menda... —añadió, señalando a Walter con la cabeza.

Acto seguido, se encaramó a un montículo de ladrillos y se metió en el sótano de una casa de la que solo quedaban los muros cortafuegos. Los cuervos atravesaban la nave de la iglesia desde el otro lado de la plaza y Walter, con la camisa pegada a la espalda, miró a su alrededor. Dos hombres harapientos abandonaron la fila y se le acercaron en silencio; un viejo con unos pantalones que le llegaban a las rodillas dejó su cubo encima del polvo. Debajo de las cejas blancas, su mirada desprendía una intensa cólera.

—¡Será imbécil! ¡Menudo gañán!
—exclamó—. ¡Menudo saco de mierda!
Bueno, a ver... —añadió, mientras

apartaba delicadamente al joven y se volvía—. ¿Qué necesitamos, Huberle? ¿Una llave inglesa o una francesa?

El hombre al que se había dirigido, vestido también con un pantalón corto y con las manos llenas de nudos de gota, rebuscó en una mochila de excursionista.

—¡Y yo qué sé! Lo menos unas tenazas... —Sacó una llave ajustable y golpeó la válvula—. ¡Fíjate, de aluminio! Es como si fuera de hierro, podrías cascar nueces con ella, pero es aluminio, ¿me entiendes? Lo último, vamos. Bueno, ¿y esto cómo va? ¿Hacia la izquierda o hacia la derecha?

Relamiéndose los extremos del bigote, encajó la herramienta y apoyó un

pie contra la boca de riego. Después de un borboteo vacío en la cañería, que olía a goma caliente, salió un chorro de agua que describió un amplio arco y cayó sobre los adoquines. Todos los presentes soltaron un suspiro de alivio y aplaudieron, y una chica joven, con el pelo rubio recogido en la nuca, le dio una jarra a Walter.

Como si debajo de las ruinas y el polvo hubiera una tierra distinta, intacta, el chorro de agua reveló un mosaico en forma de estrella, una rosa de los vientos. Walter bebió y se lavó la cara, y la chica se acercó a él.

—¿A qué sabe la piña enlatada? — preguntó en voz baja, y se rascó la nariz

con el meñique—. ¿Es dulce?

En el pecho del vestido bávaro llevaba cosida una flor de los Alpes tallada en asta. Él le devolvió la jarra y sus manos se tocaron un instante.

—Sí —dijo, y notó que se ponía colorado—. Cada día un poco más dulce. La comíamos con hierba, si no era insoportable.

Ella se rio, creyendo que era un chiste, y él la saludó con la cabeza y se puso en marcha hacia la estación. A ambos lados de la calle había edificios de varios pisos en ruinas, y en la parte interior de muchas paredes todavía colgaban cuadros y relojes, y en una había un pañuelo junto a un espejo roto.

Delante de las pilas de piedras habían colocado unos raíles para las vagonetas que debían transportar los escombros, por lo que la calle era más estrecha. Cada vez que un camión militar tocaba la bocina, los transeúntes tenían que dejar paso y meterse entre las ruinas, donde se agarraban a las tuberías del gas o del agua, rotas y retorcidas, y estiraban el cuello para ver qué había en la trasera del vehículo. Muchos saludaban o se llevaban dos dedos a los labios, pidiendo un cigarrillo, pero por lo general los soldados los ignoraban. Solo devolvían el saludo a los niños y a veces les lanzaban caramelos o naranjas.

La estación estaba cerrada a los civiles. El aire tórrido de las vías hacía que los postes de señalización y de electricidad parecieran temblar y derretirse a la vista. En los arcos del abarrotado vestíbulo no quedaba un solo cristal, las bóvedas estaban apuntaladas con troncos de abeto y prácticamente no había ni una pared que no estuviera agrietada. Las rejas de las ventanas, deformadas por el calor abrasador de los bombardeos nocturnos, tenían formas extrañas y colgaban como plantas metálicas de los alféizares, pero a pesar de los incontables agujeros de bala aún se podía leer el cartel de encima de las

taquillas: «Múnich, capital del Movimiento».

Unas monjas repartían té y aros de manzana secos entre los soldados desmovilizados, centenares de ellos, procedentes de diferentes cuerpos del ejército. Los hombres descansaban en cuclillas o echados en el suelo, entre los escombros y las esquirlas de cristal de los andenes, y miraban sin decir nada hacia el lugar por donde tenía que llegar el tren. Había raíles retorcidos que se elevaban hacia el cielo, con los travesaños todavía unidos, bamboleándose. Los laterales de varios vagones incinerados y volcados sobre las vías estaban llenos de marcas de

tiza: direcciones, mensajes de gente que buscaba a otra gente, avisos sobre desaparecidos... Alguien había tachado un «Volveremos al Imperio» y, debajo del eslogan, había escrito: «¡Volveremos con nuestras madres!».

También en Essen había extensiones interminables cubiertas de escombros. Viendo el centro de la ciudad, parecía como si aún la estuvieran bombardeando: no quedaba piedra sobre piedra. En cambio, la inmensa sinagoga de la Steeler Strasse se alzaba en apariencia intacta en el cielo estival, y de no ser por las ventanas tiznadas de

humo y hollín, desperfectos anteriores a la guerra, uno habría podido pensar que el edificio se había salvado por la gracia de un poder protector.

El tranvía de Borbeck iba repleto. La gente viajaba apretujada en vagones abollados y sin ventanas, y Walter tardó casi dos horas en llegar: cada dos por tres, los viajeros tenían que apearse y atravesar a pie cráteres llenos de barras de acero corrugado, tuberías rotas y fango mezclado con aguas fecales, y montar en otro tranvía que esperaba al otro lado. Los anuncios de Persil de los vagones verdes estaban agrietados o quemados y cubiertos de burbujas provocadas por las tormentas de fuego,

y habían arrancado los bancos de madera. Los silenciosos viajeros pasaban hambre y se notaba; también los conductores tenían el rostro anguloso y ensombrecido por la pena. En cambio, el tintineo que se oía cuando uno tiraba de la cuerdecita del techo sonaba tan cristalino como siempre.

Delante del Lito, en el barrio de Frohnhausen, donde solo proyectaban películas en inglés, unos niños intentaban despegar los chicles de la acera. Walter se apeó frente a la abadía y echó a andar hacia la Klopstockstrasse. Detrás de las pilas de escombros asomaban improvisados cobertizos hechos de chapa ondulada y

listones de tarima unidos con clavos; el humo de madera flotaba en el ambiente. Muchos edificios en ruinas, revestidos de tela metálica, se utilizaban como corrales; había conejos y gallinas encima de armarios, y cómodas y sillas cubiertas de excrementos; en un cuarto de baño, una vaca flaca comía heno de la bañera.

Entre las ruinas de la casa donde Walter había pasado su niñez brillaban, aquí y allí, las baldosas azules del pasillo. Walter se encaramó a una montaña de ladrillos y echó un vistazo a su alrededor. Las tres naves de la iglesia de San Dionisio estaban destruidas hasta las ojivas, pero, en cambio, el

campanario seguía intacto. También la alta chimenea de la panadería Linde se mantenía en pie gracias a sus aros de acero. Una muchedumbre esperaba ante la nueva puerta enrejada, con el cartel «Distribución de comida/*Food Distribution*», y se oía el tintineo de tarros y lecheras cuando los niños, aburridos, los golpeaban entre sí, un ruido que hacía que los gorriones salieran volando de los arbustos.

—¡Compórtate, Uschi, ven con la abuela! —gritó una mujer, y una niña, que miraba a Walter embobada, se dio la vuelta. El muro del cementerio también estaba medio derruido, pero la conserjería de la entrada, en cuya planta

baja estaba la funeraria, tenía el mismo aspecto de siempre. No había una sola grieta en el revoque ni en el letrero de la empresa, de cristal negro, y no faltaba una sola plancha de pizarra del tejado con claraboya. Walter llamó al timbre oxidado, se sacudió el polvo de la chaqueta y se sobresaltó: como si hubiera estado esperando al otro lado, su hermana abrió la puerta.

—¡Lo sabía, lo he soñado! —dijo con un hilo de voz, un suspiro que resonó en el vacío del tiempo de pronto suspendido, y esbozó una sonrisa—. ¡Mi pluma te ha protegido!

Durante un instante espectral, Walter vio el rostro de su padre, pero

entonces ella bajó corriendo los escalones y se echó en sus brazos. Le pareció que las sombras que le rodeaban los ojos eran más profundas y que tenía los hombros más huesudos; luego la hizo girar por los aires con tanta energía que le volaron las coletas y sus zapatillas de andar por casa cayeron sobre el asfalto. En cuanto recuperaron el aliento, Walter frunció la nariz y preguntó:

—¿Se puede saber qué es este olor? No fumarás, ¿verdad?

Su hermana, que vestía pantalones debajo de una blusa floreada, señaló una ventana que quedaba detrás del letrero: «Servicios funerarios Hess».

—No, yo no —dijo—. Pero es el cumpleaños del novio de mamá, cumple ciento ochenta o algo así. Tranquilo, ya va como una cuba, no hace falta ni que lo felicites. Está roncando en el sofá, mientras los demás se beben su licor Bols y se fuman sus puritos baratos. — Se metió los dedos entre los dientes y estiró un chicle—. ¿Lo quieres probar? Es de hace una semana, pero todavía está bastante blando. Antes de ir a dormir lo meto en un vaso con azúcar, así se impregna durante la noche y vuelve a estar dulce.

Él hizo una mueca y se sentaron en las escaleras.

—El colegio todavía está cerrado, pero a lo mejor en agosto podemos volver a ir —siguió contando ella—. ¡Se ha hundido el tejado entero, imagínate! Mientras tanto estoy estudiando por mi cuenta, sobre todo inglés. Primero vinieron los yanquis y ponían un *swing* fantástico, pero ahora tenemos a los ingleses. Es un rollo, porque son bastante aburridos, casi no escuchan música y parecen teteras, hablan siempre por la nariz. ¡Eso sí, su chocolate es *spectacular!*

Un chiquillo que pasaba por la acera con su bicicleta oxidada frenó de golpe y esquivó las zapatillas bordadas de la hermana de Walter.

—¡Menos mal que no me has atropellado! —le gritó esta, y le guiñó un ojo a su hermano—. Por cierto, pronto me marcharé al norte, a un sanatorio de Glücksburg. Ando mejor de la tos, pero el doctor Böhmer dice que pronto abrirán las minas, más aún que antes de la guerra. Se ve que somos el motor de la economía, ¿lo sabías? El ambiente volverá a estar tan cargado que ni siquiera podremos tender la colada.

Sacó un momento los dedos de los pies por los agujeros de los calcetines y volvió a encogerlos.

—Porque durante la guerra el aire estaba más limpio, eso también es verdad. Bueno, menos cuando ardía

todo, claro... Podía respirar mucho mejor, también por la noche, y no me entraban los sudores. ¡Me sentía tan sana! —Arrancó un puñado de hierba de las escaleras y la dejó caer entre los dedos—. ¿Y tú? ¿Tienes una novia ahí arriba? ¡Apuesto a que sí! ¿Es guapa?

Su hermano sonrió y asintió, y ella, que al parecer no quería hurgar más, intentó hacer una pompa con el chicle, pero estaba demasiado duro y estalló enseguida, ruidosamente. Entonces se colocó las trenzas debajo de la barbilla y de pronto se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo de papá es horrible, ¿verdad? —preguntó con los labios apretados—.

Nunca habría pensado que iba a echarlo de menos. ¿Mamá te mandó el telegrama, al final? Ya ni me acuerdo, me quedé muy confundida. El mismo día enterraron a mi amigo del refugio, Micky Berg, ¿te acuerdas de él? Le regalaste una caja de piezas de construcción Trix. Era un buen chico, cada mañana iba al colegio con él y le tenía que sujetar las gafas siempre que se peleaba. Después, cuando lo habían apaleado, se sentaba en el banco, pálido y sin las gafas. Parecía un hombre viejo.

Sorbió por la nariz, tragó y escupió el chicle sobre la hierba. Walter le pasó un brazo por los hombros y la acercó a él. Le manchó la chaqueta de lágrimas,

que se acumularon en el tejido impermeable, y pasaron un rato sin decir nada, contemplando el hospital por encima de las montañas de ladrillos. De la raya y de las trenzas de Leni sobresalían algunos pelos sueltos que le hacían cosquillas en el cuello. En la calle reinaba tal silencio que Walter oía la respiración de su hermana, el ligero silbido en su pecho.

—No te vayas, por favor —le pidió finalmente, y volvió a sorberse los mocos—. Buscan trabajadores por todas partes. Como minero te darán un buen sueldo y manutención suplementaria, incluso mantequilla y leche fresca, y no esa basura en polvo. La corporación de

mineros te pondrá un piso, podríamos mudarnos juntos. Yo limpiaría, te lavaría la ropa y cocinaría. Soy fuerte, ni te imaginas, y así podría librarme de una vez de ese saco de grasa. Porque papá ya era difícil de aguantar, pero este...

—¿Por qué lo dices? —preguntó Walter, que se apartó un poco y la miró —. ¿Qué te hace? ¿Te pega? ¿Te mete mano?

Leni soltó un gruñido.

—¡Que lo intente, vamos! Le clavo el cuchillo pelador en el culo. No, pero es asqueroso. Cuando comemos sorbe como un cerdo, la grasa le chorrea por la barbilla, y a veces entras en el baño y te lo encuentras con los pantalones a

media asta, contemplando su propia mierda. Además, el tío guarda una bolsa llena de relojes y anillos de los muertos, ¡figúrate! «¿Para qué voy a enterrarlos con ellos?», pregunta siempre. «Los gusanos no llevan anillos.» ¡Qué horror!

Entonces lo miró y entrelazó los dedos con los suyos. —¿Hasta cuándo te vas a quedar? —le preguntó con un hilo de voz. Walter se encogió de hombros.

—Depende de los trenes. Mi trabajo está en el norte, Leni, no me van a guardar el puesto para siempre. Pero si vienes a seguir el tratamiento, nos podremos ver más a menudo, te lo prometo. Glücksburg tampoco está al otro lado del mundo. Te iré a buscar con

el tractor y te enseñaré la finca, los animales y todo lo demás. A lo mejor los caballos que nos incautaron ya han vuelto.

Ella hizo una mueca, como si el sol le diera en los ojos. —¡Oye, a mí no me hables como si fuera una mocosa! ¡Que voy a cumplir trece años! Incluso me enamoré, ¡uf, dejé la almohada empapada de lágrimas! Había un capitán, o algo así; David Reeve, se llamaba, un chico guapísimo. «*Young lady*», me decía a menudo. «*Take care, young lady.*» Siempre llevaba chicles con sabor a fresa y las uñas perfectamente recortadas. Pero bueno, ya lo he superado. El mundo no nos debe

nada, ¿lo sabes? Y menos que nada, romanticismo. A lo mejor un día beso a un hombre, tan solo una vez, para ver qué se siente, y cuando termine el colegio me meteré a monja. —Le pegó un codazo en las costillas y sonrió de oreja a oreja—. Porque tú no me querrás besar, ¿verdad? Bueno, vamos a entrar, pronto habrá algo de comer.

En la planta baja de la estrecha casa había una colección de tapas de ataúd de colores diversos apoyadas en la pared, con etiquetas que indicaban los precios colgando de las cruces. Al fondo del despacho, con su máquina de escribir Adler, una escalera conducía hasta una puerta de cristal mate en el

primer piso. Las hojas del ficus del pasillo relucían como el linóleo, pero el salón, donde había unas veinte personas que charlaban a media voz, estaba lleno de humo. Su hermana señaló a un hombre calvo repanchingado en el sofá, junto a la ventana y las cortinas amarillas: la barbilla sobre el pecho y, más abajo, la barriga oscilante y las manos sobre el regazo. Parecía dormido. Su aliento movía la punta del pañuelo del bolsillo y de vez en cuando se le contraía un pulgar.

—Bueno, pues aquí está —anunció Leni, y varios invitados se volvieron hacia él—. El hijo pródigo de mamá. Además de los hombres, había también

algunas mujeres que fumaban cigarrillos, y todos bebían vino con trozos de fruta; encima de la mesa había un ancho cuenco de cristal granate de Bohemia. Aparte del señor Moritz, el viejo sastre de la Kraftstrasse, Walter no conocía a nadie. Se le acercó, le dio la mano y se inclinó hacia él para poder oír su alegre saludo, susurrado apenas a causa de una enfermedad de garganta. El hombre, mayor y delicado, inspeccionó la tela de la chaqueta de su uniforme con los dedos, y ya iba a contarle cuál era la procedencia del material cuando su madre entró en la sala.

Más rellena todavía que antes de la guerra, se había pintado los labios y se

había ondulado el pelo, y en un primer momento pareció que no lo veía. Parpadeó a causa del humo. Llevaba un vestido rojo sin mangas, con un broche de perlas y un delantal blanco encima.

—¡Dejad sitio en el centro de la mesa! —dijo.

Llevaba una bandeja grande, con piezas de crujiente pollo asado y escalope rebozado, y mientras los invitados apartaban tazas, platos y ceniceros y extendían las servilletas, Leni se colocó junto al recién llegado y dijo: —¡Fíjese, señora Urban, a quién le he traído!

Pero su madre dejó la bandeja encima de la mesa antes de mirarlo, y

Walter tragó saliva con dificultad y supo que hacía ya rato que lo había visto. Aunque solo tenía cuarenta y cinco años, el pellejo del cuello le colgaba, flácido, y fingió que se aturullaba, con la boca muy abierta. Enarcó las cejas aparentando sorpresa, con lo que su frente pareció más estrecha todavía, y cuando batió teatralmente las manos cargadas de joyas, Walter se conmovió, aunque se dio cuenta de que se trataba de un gesto de cara a la galería. Le crecía un vello oscuro sobre los extremos de los labios y sus ojos marrones tenían la frialdad de siempre: Walter era incapaz de reconocerse en ellos.

—¡Habrased visto! ¿De dónde sale este ahora? —preguntó al final, apartándose para dejarle sitio a una mujer que había sacado varios boles llenos de ensalada de la cocina—. ¿No podrías haber avisado de que venías?

También la piel de los antebrazos era áspera y fofa. Acercó un taburete y examinó a su hijo de la cabeza a los pies. Por un momento pareció que lo que veía le gustaba: los uniformes, las libreas y los capotes siempre le habían parecido «elegantes» y «gallardos», y esbozó una sonrisa complacida, mordiéndose el labio. Pero entonces apoyó los puños en las caderas, miró a su alrededor meneando la cabeza y, al

ver que no quedaba ningún sitio libre, suspiró entre dientes.

—Ay, señor, ¿y a este ahora dónde lo metemos? Un comensal más...

Alguien se rio, el durmiente, en el sofá, se sobresaltó y abrió los ojos hinchados, y Walter, que iba a acercarse a su madre, bajó los brazos. Esta tenía una mirada inquieta, que evitaba la suya, y las arrugas de la frente perladas de sudor; entonces él bufó por la nariz, sonriendo, le dio una palmadita a Leni y se marchó. La puerta de la casa todavía estaba abierta, y el tintineo del tranvía, que arrastraba un remolque cargado de escombros, resonó en la escalera. Las ruedas chirriaron al to-mar la curva.

En la acera había unos niños jugando con cartuchos de escopeta gastados y astillas, que habían dispuesto como si fueran cubiertos. Su hermana abrió la ventana, se inclinó sobre el antepecho y le gritó algo, pero él, que no entendió ni una palabra, montó en la plataforma y le dijo adiós con la mano.

El trigo ya casi estaba en sazón, el cielo era azul y las golondrinas volaban en lo alto. Había una cantidad sorprendente de vacas pastando en los prados, a orillas del Eider: junto a las vacas Holstein, con sus manchas negras, había también vacas rojas del norte, de cuernos cortos.

Entre las flores centelleaban las alas de los insectos, había nuevas colmenas bajo los abetos del parque y habían sustituido la veleta chirriante de la torre de la casa por una bandera británica.

El autobús se detuvo delante de la caballeriza, que tenía un tejado nuevo. El sonido de las paletas de madera con que los artesanos daban forma al mimbre resonaba entre las paredes del edificio, y con cada paso se levantaba un remolino de restos de paja seca. Habían derruido la antigua cocina para el ganado, con sus muros cubiertos de moho, y Walter echó un vistazo a través de la puerta abierta de la herrería. En la forja, debajo de una capa de ceniza

blanca, había ascuas incandescentes, y de la chimenea colgaba una salchicha *cervelat* empezada, pero no se veía a nadie por ningún lado.

En la fachada de la residencia había un andamio. Habían reparado ya las columnas acanaladas del pórtico y el escudo de armas, con el caballo negro debajo de las hoces en cruz; las ventanas tenían cristales nuevos y habían pintado las persianas venecianas de verde. Las malvarrosas, las rosas y las espuelas florecían junto a la escalera. Walter levantó la pesada aldaba y la dejó caer. Aunque en algún lugar de la primera planta se oía una máquina de escribir, nadie le abrió.

Atravesó las sombras del patio y entró en la vaqueriza. Había varios operarios, fontaneros, concretamente, atornillando cañerías niqueladas a las paredes y al techo. La nave grande estaba vacía y tan solo había un animal en el corral, un toro belga blanco azulado, con las pestañas casi blancas, que con su largo lomo y sus cuartos musculosos debía de pesar el doble que un toro corriente; tenía barro en el hocico, y cuando Walter le rascó el copete, soltó un resuello grave. Preguntó por Thamling a los operarios. Encima del silo de heno se oía piar a las crías de golondrina.

Nadie sabía dónde estaba el encargado. Subió por la nueva escalera exterior, en cuyos rellanos había calcetines y camisas secándose al sol, y entró en los cuartos de los ordeñadores. El pasillo estaba casi a oscuras, y Walter hizo girar el conmutador que había junto a la puerta, pero no sirvió de nada: en los portalámparas oxidados no había bombillas. En ese momento alguien se puso a soldar debajo de él y la potente luz azulada que se filtraba a través de las tablas del suelo le permitió echar un vistazo a los dormitorios, que se habían convertido en salas de archivo y almacén. Junto a su cama había también arcones y cajas de cartón,

mesitas de noche sin cajones, vajillas antiguas y un cuadro de bicicleta.

El dardo de soldar chisporroteaba, las telarañas desprendían un brillo plateado y Walter se quedó un instante delante del cuarto donde había vivido Fiete, contemplando las imágenes de la pared. Eran recortes de periódicos y revistas, una bailarina semidesnuda, la silueta de un poeta o un filósofo con coleta, el puerto de Hamburgo por la noche... Del techo colgaba todavía el cesto donde solía guardar manzanas, a salvo de los ratones. Walter dio un paso y atravesó el umbral.

En el cuarto había una alta torre de colchones de fibra vegetal que impedían

que el armario de pared se abriera del todo. Mientras se adentraba en la oscuridad lo sorprendió un fuerte olor a alcanfor y a nata, que le hizo cerrar los ojos involuntariamente. Se oyó un tintineo de cubiertos de hojalata, tiró un libro y de pronto notó en los dedos el tacto del jersey de faena de su amigo, los hombros agujereados y deformados por la percha, y lo cogió.

El gato de la señora Isbahner cruzó el patio; un arrendajo salió volando del tilo. Entre los gruesos muros de ladrillo de los establos resonó el rugido de un motor, y la barandilla pulida de la escalera vibró ligeramente cuando Thamling dobló la esquina, conduciendo

un tractor verde con una placa en la que se podía leer «John Deere». El volteador de heno inclinado medía casi cinco metros de longitud y los extremos de los rastrillos, que parecían patas de araña, brillaban con el sol. El viejo se cubrió los ojos con la mano y exclamó:

—Pero ¿ese no es nuestro Ata?

Caramba, ¿has vuelto sano y salvo?

El aire temblaba sobre el capó y los tubos de escape verticales. Thamling se guardó la llave en el bolsillo de la pechera del mono de trabajo, se subió al enganche del remolque y le tendió la mano. Tenía los ojos llorosos por el viento y el bigote de morsa canoso amarillento por la nicotina.

—Un poco más flaco, pero bueno... Ya te volveremos a engordar. —Entonces se fijó en el jersey que llevaba colgando del brazo—. Vaya mierda lo del chaval, ¿no? Ay, siempre tuvo la cabeza llena de pájaros. ¿De qué sirve ser listo si uno es imprudente? Oye, qué gazuza tengo. Vamos a comer algo, anda.

Pasaron por delante de la pocilga, que parecía volver a tener todas las cochiqueras llenas. El viejo Thamling cerró la puerta delantera y se lavaron las manos en el fregadero. En la cocina todo tenía un aspecto distinto, y como siempre en verano, reinaba un frescor de lo más agradable. Thamling llenó una

jarra con agua del grifo, colocó una botella de licor de comino y dos vasitos en la mesa, y cogió una barra de pan, un pedazo de jamón y una anguila ahumada de la despensa. Después de que Walter sacara platos y cubiertos del armario, se sentaron y empezaron a comer.

Los árboles altos filtraban el sol que entraba en la cocina, de cuyo techo colgaba una espiral de cinta adhesiva llena de moscas. No todas estaban muertas: de vez en cuando se movía una pata o un ala y se oía algún zumbido perplejo, y al poco volvía a hacerse un silencio interrumpido solo por el tictac del reloj de pie. El viejo sonrió con ternura al ver que Walter olía una y otra

vez la comida, incluso la mantequilla, y recogía las migas con los dedos. Cortó varias manzanas amarillas de la temporada anterior y repartió los trozos entre los dos platos.

También él tenía un aspecto más demacrado, los ojos hundidos y rodeados de profundas ojeras. Sus manos, en cambio, eran tan grandes como siempre. El vasito parecía diminuto entre sus dedos. Se lo terminó de un trago, suspiró y volvió a llenarlo. Tenía la vista clavada en el prado, donde pastaban unas ovejas esquiladas. Sentados a la mesa de piedra bajo el tejo había dos oficiales ingleses, que habían dejado sus boinas y bastones con

mango de asta sobre el banco, junto a ellos.

—Cualquier trabajo, por duro que sea, es mejor que la guerra, ¿verdad? Lo que hayas vivido, sea lo que sea, te alcanzará para el resto de tu vida, ya lo verás. ¿Qué edad tienes ahora? ¿Veinte años?

Walter, que tenía la boca llena, negó con la cabeza mientras masticaba y tragaba, y el viejo se sacó un paquete de cigarrillos aplastado.

—¿Dieciocho? ¿Solo? ¡Que el diablo se los lleve a todos! —El péndulo de latón se detuvo, y al repentino zumbido de las ruedas dentadas, aquel momento en que el reloj

contenía la respiración, le siguieron los tañidos de la hora: dos—. Bueno — murmuró, y se puso un Chesterfield entre los labios—, a la mayoría ya se los ha llevado...

El reloj reemprendió su tictac, y en ese preciso instante un camión cruzó el patio y se detuvo delante de la pocilga. Cuatro soldados salieron de la cabina y cuatro más de un Jeep que lo seguía y que tenía una altísima antena pegada al parabrisas. Los hombres se pusieron los guantes, apoyaron una rampa hecha con maderos y listones clavados en la plataforma trasera y desaparecieron dentro del viejo edificio con los respiraderos en forma de cruz en los

muros. En la radio se oían trompetas, música de jazz, y al cabo de un rato salió por la puerta una pequeña piara de cerdos manchados, atados entre sí por las patas delanteras. Mientras unos soldados los azuzaban con horcas y garrotes, otros les tiraban de las orejas y los obligaban a subir por la rampa, excesivamente empinada. Un soldado resbaló sobre la madera cubierta de excrementos y se llevó por delante a uno de sus camaradas antes de dar contra el suelo empedrado, en medio de los pesados animales. Thamling desvió la mirada hacia Walter.

Las carcajadas del resto de soldados resonaban más que los

chillidos de los cerdos; Thamling expulsó el humo.

—Ya sé que os hice una promesa, Walter —dijo—, y si de mí dependiera volvería a contratarte ahora mismo. No hay nadie más cumplidor que tú. Pero yo aquí ya no pinto nada. Como puedes ver, producimos casi exclusivamente para los aliados, y todo está mecanizado. Y, teniendo en cuenta que la primavera que viene vamos a tener trescientas cincuenta vacas, no me parece una insensatez. Necesitaríamos un sinfín de trabajadores cualificados y se nos iría todo el dinero en salarios... Es preferible hacer una buena inversión inicial.

Afuera, los oficiales hojeaban expedientes. Walter bebió un trago de agua.

—¿Trescientas cincuenta vacas? ¿Más los terneros que van a nacer cada año? Pero ¿dónde van a pastar, señor Thamling? ¡Se van a comer la hierba más rápido de lo que crece...!

El viejo asintió con gesto melancólico.

—Eso mismo pensé yo. Pero el ganado pasa el año entero en el establo y come forraje traído de Sudáfrica. La cosa ahora funciona así. Todos los terneros nacen con polipasto o por cesárea, y hay unas máquinas de ordeñar modernas que cualquier idiota sabría

utilizar. Madre mía, tienen unas válvulas de baja presión refinadísimas... No hay maestro ordeñador que las pueda igualar. Las ordeñamos fuera, en la barbacana.

Walter se bebió el licor de un trago, hizo una mueca y se quedó un momento inmóvil, con la mirada perdida. Entonces se dio cuenta de que sí había algo distinto en la cocina: junto a la radio vio un teléfono negro, con un candado en el dial. Una mosca cruzó la mesa, recorrió el borde del plato y desapareció dentro de la afilada cabeza de la anguila. Cuando el encargado quiso servirle más licor, Walter cubrió el vasito con los dedos.

—Pues qué bien —dijo con voz débil—. Entonces, mis tres años de aprendiz no me van a servir de nada, ¿no? Tanto estudiar ¿para qué? —se lamentó, rascándose la barbilla—. Lo mejor será que me vuelva a la cuenca del Ruhr; buscan mineros y operarios del metal, y no pagan mal. Han vuelto a abrir muchas minas.

Thamling asintió, abrió el cajón de la mesa y sacó un papelito.

—No hay guerra sin leche, decíamos antes, ¿te acuerdas? Pues pronto diremos que no hay leche sin guerra. La competencia entre granjas es feroz, al final solo quedarán las granjas industriales. Pero para eso todavía falta

un poco, chico: las más pequeñas no se pueden permitir la maquinaria y siguen ordeñando a mano. Para los animales es mejor, la verdad; cada semana tenemos que amputar alguna ubre. Esto antes no pasaba. Vació el vaso y le pasó el papelito por encima de la mesa.

—Toma, mira. Para ir a trabajar a las minas siempre estarás a tiempo —añadió—. Pauly es un viejo amigo, estuvimos juntos en la primera guerra, en el hospital militar. Es un buen tipo, a los del Reichsnährstand no los podía ni ver. En realidad, se dedica a la cría de caballos trotones, verdaderos campeones, pero también tiene treinta y cinco vacas, y anda desesperado

buscando a una pareja de ordeñadores. Me preguntó si conocía a alguien y le hablé de ti. «Si vuelve sano y salvo, sería la persona perfecta», le dije. «Es tan limpio y escrupuloso que lo llaman Ata, como el jabón...» Ve y preséntate. Y date prisa, antes de que lleguen más refugiados y soldados y empiecen a bajar los salarios. Si quieres, te puedes llevar mi coche.

Walter se acercó a la ventana, donde había un poco más de luz. «Finca Fahrenstedt, calle Spielkoppel 7, Böklund. Teléfono 230», ponía en el papel.

—¿Una pareja de ordeñadores? — preguntó, rascándose la nuca—. Pero yo

no tengo mujer, ya lo sabe.

El viejo se levantó, cerró la botella de licor y lavó los platos en el lavadero.

—¡Pues te buscas una y te casas!
—respondió—. Las hay mariposeando por todas partes. La mayoría tienen un marido muerto a cuestras y están esperando. —Cortó un trozo generoso de pan, lo envolvió con un trapo limpio junto con el jamón y se lo pasó por encima de la mesa—. Esa chica menuda que tenías en invierno, ¿cómo se llamaba? Lisbeth, Lisa o algo así... Era buena, ordeñaba con las otras mujeres. Más fresca que una lechuga y siempre con un pitillo en los labios, pero muy minuciosa y más rápida que una gacela.

Yo de ti no me la dejaba robar. Ahora trabaja de camarera en Kiel, en un bar de esos para marines.

Hizo un gesto con la cabeza y abrió la puerta.

—Bueno, vamos, que el heno me llama. Llévate las manzanas. El coche está en el establo.

La carretera de tierra discurría entre los campos y estaba revuelta debido a las cadenas de los carros de combate; si miraba por el retrovisor, a través de las ventanillas traseras, Walter no veía más que una nube de polvo. El motor del Volkswagen, un escarabajo verde militar

con unas ruedas gruesas y acanaladas, traqueteaba como el de un tractor mientras Walter seguía lentamente el río Eider. El agua oscura fluía indolente y reflejaba las nubes aisladas del cielo. En la orilla, una cigüeña echó la cabeza hacia atrás, arqueó el cuello e hizo restallar el pico rojo.

Walter dejó atrás la colina y atravesó el hayedo, que estaba más cubierto de maleza que antaño. Restos de árboles caídos, blancos y marrones, asomaban entre las sombras. Había troncos carbonizados y astillados, pero en los cráteres que habían dejado las bombas crecían ya los helechos. Unos trabajadores con el uniforme azul de la

Wehrmacht que comían el bocadillo del almuerzo apoyados en las lanzas de un carro lo siguieron atentamente con la mirada. Uno de ellos echó un puñado de hierbas en una olla que humeaba encima de un fuego. Sobre la hierba yacía la piel ensangrentada de una liebre.

La luz que bañaba la avenida, de altos arcos verdes, daba un aspecto pálido a sus manos sobre el volante. Detuvo el escarabajo junto al bosque y apagó el motor. La carretera serpenteaba entre los prados segados, en los que el trigo estaba ya amontonado en largas hileras, hasta el embarcadero del transbordador. Allí había dos mujeres con sendas bicicletas; mientras

esperaban, contemplaban a los carpinteros que reparaban un agujero en el tabique de la casa. La madera nueva era rojiza, el sol hacía brillar las gotas de resina y encima del caballete estaba la corona de ramas de abeto que conmemoraba el final de la construcción de la estructura. De la corona colgaban cintas de colores.

Las mujeres llevaban pañuelos anudados a la frente y charlaban y reían sin dejar de observar a aquellos jóvenes trabajadores medio desnudos, mientras el transbordador se iba acercando desde la otra orilla. Le faltaba parte de la borda, el puesto del timonel tenía las ventanas rotas y las paredes blancas del

camarote estaban plagadas de agujeros de disparos, ya medio oxidados. El motor, en cambio, parecía nuevo, pues apenas se oía, y también la campana era distinta, más pequeña y brillante, como si estuviera bruñida. En el mástil ondeaba otra vez la bandera azul del municipio, con los nenúfares plateados.

El agua subió por la rampa empedrada y bajaron la pasarela de desembarque. Ortrud salió del puente y le dijo algo a su padre, que accionaba el manubrio. Llevaba el pelo rubio recogido en la nuca, pantalones de trabajo remendados y una chaqueta de hombre que le iba demasiado grande, con las mangas remangadas. Después de

lanzar la eslinga por encima del noray y de que desembarcara un motorista, les hizo un gesto a las mujeres que esperaban, para que subieran a bordo.

Su padre, al que costaba reconocer bajo el ala raída de su sombrero de paja, relleno la pipa, y Walter puso el Volkswagen en marcha, aún con el pie sobre el embrague. Con una mueca, Ortrud se llevó las dos manos a los riñones y enderezó la espalda, como si le doliera. El viento acariciaba el heno y le abría la chaqueta, y cuando, protegiéndose los ojos con la mano, volvió a tirar del cordón de la campana, Walter volvió a quitar la marcha. Se mordió una cutícula del pulgar y esperó

debajo de las hayas hasta que volvieron a subir la pasarela; la hélice revolvió el agua verdosa.

El motorista pasó junto a él y levantó una mano, pero llevaba gafas y Walter no lo reconoció. Flotaba en el ambiente un sabor salobre y las cintas de la corona ondeaban al viento. En el puente, la embarazada bebió de un termo mientras hacía girar el timón; su padre se metió la pipa en la boca y la embarcación se dirigió en diagonal y casi sin hacer ruido hacia la otra orilla, donde no había nadie esperando. En el bolardo aguardaba tan solo una bolsa de correspondencia. Walter cerró los ojos y respiró hondo. A continuación maniobró

y, conduciendo entre campos y prados llenos de fardos de paja cuidadosamente amontonados, se dirigió hacia Sehestedt, donde estaba el siguiente embarcadero.

En la Maklerstrasse quedaban muy pocos edificios con el techo intacto. Algunos muros estaban cubiertos con lonas de carros de combate y techos de chapa. Habían arrancado con un cincel la cruz gamada en relieve que presidía la puerta del casino de los soldados de la marina, pero la imagen en negativo era todavía reconocible bajo el sol poniente. Walter aparcó el coche de Thamling junto a una camioneta de tres

ruedas cargada de barriles con palabras en inglés impresas. A través de la ventana abierta del restaurante le llegaba un aroma a patatas asadas con cebolla y beicon. Las carcajadas de los hombres sonaban a licor.

Apenas inaudible por el ruido, un hombre con una pierna amputada tocaba el acordeón sentado en una silla de ruedas. Walter le echó unos *pfennig* al sombrero y sorteó mesas y sillas hasta la larga barra, cuyas columnas en espiral soportaban un reloj. En el mostrador había platos llenos de pepinos, huevos en salmuera y arenques al estilo de Kiel, y la capa de jalea que cubría los fiambres de pescado temblaba cada vez

que las camareras pasaban por ahí con sus pesadas bandejas. Una le sonrió, pero la mayoría de clientes, operarios de los astilleros con monos de trabajo cubiertos de aceite y mujeres con delantal, le dirigieron una mirada de soslayo cargada de veneno, a él y a su uniforme, o por lo menos eso le pareció. Nadie se movió para dejarle sitio. Había llegado demasiado pronto. Apartó un cesto lleno de paraguas con la punta de la bota y le pidió una cerveza a la mujer del tirador, una vieja esmirriada con rulos. En el otro extremo de la barra, junto al teléfono de pared, encima del cual todavía quedaba un trozo de uno de esos carteles en los que ponía «¡El

enemigo escucha!»), estaba Elisabeth, secando cubiertos. Levantó la mirada y lo observó un momento, pero no interrumpió su conversación con un cliente, vestido con un traje muy elegante, hecho a medida. También ella llevaba un vestido nuevo y zapatos de tacón, pero sus medias con costura tenían ya una carrera.

«*Davon geht die Welt nicht unter...*»,* entonó el acordeonista, tocando los primeros acordes de la canción de moda, y el tipo de la barra se terminó la copa de coñac de un trago. Con unos flemáticos mechones que le caían sobre la frente, se quitó un anillo del dedo y lo echó dentro de la copa.

Elisabeth se dio un golpe en la frente y se inclinó sobre la barra para colocarle bien la pajarita, que tenía el nudo empapado de sudor, mientras hablaba con él, al parecer en tono admonitorio. Al final, el hombre asintió con aire triste, le acarició la mejilla y salió haciendo eses.

Ella se puso el anillo, cogió la copa de cerveza que la dueña del bar acababa de servir y se acercó hacia donde estaba Walter. Sin embargo, siguió con la mirada al tipo que se marchaba, como si estuviera preocupada por él, y lo cierto es que, antes de salir del local, este se tropezó con el sombrero del acordeonista arrancándole

una mueca. Llevaba el pelo negro más largo y se había depilado las cejas, que había sustituido por unos arcos pintados enfáticamente sobre la piel. También llevaba los labios pintados, y no miró a Walter hasta que no estuvo frente a él.

—Bonito uniforme —comentó, sirviéndole la cerveza—. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

Llevaba un vestido de color antracita con el cuello blanco y perlas engastadas en oro en los lóbulos de las orejas.

—¿Yo? ¿Y tú qué crees? —le espetó él, y luego bebió un sorbito de espuma—. En un balneario, no te digo. ¿No recibiste mis cartas?

—¿Qué cartas? —preguntó ella. Encendió un cigarrillo y echó un vistazo a las botellas de los estantes, como si examinara las existencias. Se apartó una brizna de tabaco de la punta de la lengua y él pasó un dedo por el borde de la copa.

—Bueno, yo tampoco recibí las tuyas —dijo—. Las debió de interceptar el enemigo. Todas esas declaraciones inflamadas de amor... Se van a morir de envidia. Porque seguro que me escribiste muchas, ¿no?

Ella tardó un rato en responder. Echó un vistazo a la sala, con el codo derecho apoyado en la palma de la mano izquierda y el cigarrillo en la boca. Los

zapatos de tacón le habían cambiado el porte, que se había vuelto más erguido y orgulloso, y alzaba altivamente un culo respingón. A Walter le pareció que también tenía los pechos más grandes, aunque podía ser por el sujetador puntiagudo que llevaba. A pesar del humo, se notaba el olor de su perfume, *Urat Lavendel*, y un destello cruzó sus ojos azules cuando preguntó:

—¿No me ibas a traer algo? ¿No sé qué bordado?

Él frunció las cejas y dio otro trago.

—Puede ser —respondió, y se secó los labios con el dorso de la mano—.

Pero tú me tenías que mandar tu talla, ¿no?

Ella dejó caer la ceniza del cigarrillo con una sonrisa torcida.

—¡Por Dios, no me lo puedo creer! Estos campesinos... El tío se va a la guerra y no me trae ni una blusa. Pero, bueno, tampoco me habría quedado bien. Las mujeres de la *puszta* son más bien grandotas, ¿no? Redondas y apasionadas, por culpa de ese picante que comen. ¿Te las llevaste al cine? ¿A bailar?

Él se encogió de hombros.

—Solo vi enfermeras. Y prisioneras en los campos.

Un hombre calvo con una corona de pelo blanco que estaba escuchando se inclinó encima de la barra. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos.

—¡Lo de los judíos estuvo muy mal! —dijo, y dio una calada al filtro de cartón con el que fumaba su cigarrillo—. Fue un error y una estupidez, chicos, yo lo dije desde el principio. Hitler no los tendría que haber metido en los campos, y menos aún asesinado. —Sacó el labio inferior húmedo, exhaló una nube de humo y movió el pulgar como si fuera un péndulo—. ¡Una familia judía en cada buhardilla, en cada fábrica, en cada puente, o un político o un espía, y

ya os digo yo que no habría caído ni una sola bomba sobre nuestras ciudades!

Elisabeth, que había acercado un cenicero, levantó la cabeza. Las finas arrugas de la base de su nariz parecían describir un ángulo recto.

—¡Ya basta, Willi! —exclamó con voz inopinadamente brusca—. La política se queda en la puerta, ¿cuándo te lo vas a meter en la cabeza? Otro comentario de los tuyos y te vas a enterar. ¡Voy a montar unos cien metros lisos para polacos hasta la calle!

Se lo quedó mirando y el calvo dio un paso atrás.

—A sus órdenes, mi generala. Mis disculpas —dijo, llevándose los dedos a

la frente—. Y ahora, ¿puedo pedir?

Después de servirle una cerveza y un vasito de aguardiente, Elisabeth volvió junto a Walter. En el bar, lleno de humo, entraban unos anchos rayos de sol oblicuos que hacían que el techo pareciera más alto. A los hombres que había entre las sombras apenas se les veía la cara, y los que estaban sentados al sol parecían sombras. Aquí y allá brillaba la punta de un cigarrillo, y aunque había mucho ruido, a Walter le pareció oír el sonido del reloj de Elisabeth cuando esta le dio cuerda. Ninguno de los dos sabía qué decir, pero el silencio entre ambos no era incómodo, sino todo lo contrario. Walter

volvió a pasar un dedo por el borde de la copa.

—¿Qué le pasa? —preguntó ella finalmente, y apagó el cigarrillo—. ¿Está rota?

—No —murmuró él—. Pero es extraño. El cristal es muy fino, frágil.

Ella colgó el delantal en un armario y se miró en el espejo de la puerta.

—Es lo que tienen las copas de cerveza; siempre han sido muy delicadas. —Se soltó el pelo, se alisó el vestido y le sonrió. Por contraste con el cuello blanco, sus dientes tenían un aspecto más gris de lo que él recordaba—. Ven, te enseñaré mi cuarto. Está aquí arriba, tengo una ventana que da a la

esclusa y baño propio. —Mientras él se terminaba la cerveza, le hizo un gesto a la mujer del tirador de cerveza—. Solo hay agua fría —añadió—, pero así por lo menos no te quemas los pies...

Salió de detrás de la barra y los dos se abrieron paso entre la multitud cogidos de la mano. Subieron por una escalera estrecha, cubierta con una alfombra de coco, que conducía a la buhardilla, donde había una docena de puertas y en cuyos rincones colgaban gallardetes de la marina de guerra y modelos de barcos cubiertos de polvo. Se les acercó un gato pardo, un animal flaco, con una cola larga y temblorosa,

que salió corriendo cuando Elisabeth resopló.

—Este es mi reino —dijo, sacando una llave del paquete de cigarrillos.

Era una pequeña buhardilla, poco más que una recámara, con un armario con espejo y una cama con el cabezal lleno de tallas de madera. Había un estante montado en la pared, un hervidor y una taza de latón encima de una silla, y un ramo de rosas secas en el nicho de la ventana. La pantalla de pergamino de la lámpara estaba cubierta de números, de teléfono, tal vez. Apenas Elisabeth hubo cerrado la puerta, Walter la atrajo hacia él agarrándola por la cintura, pero ella volvió la cara y lo apartó.

—¡Oye, oye! A los caballos jóvenes hay que tratarlos con más delicadeza. Además rascas...

Con un suspiro, arrojó un zapato a un rincón. Después dejó el reloj en la mesita de noche, se desabotonó el cuello del vestido y se sacó dos pañuelos blancos de las axilas. Quería parecer tierna como una niña para él: se le acercó, le pasó las manos por la nuca y empezó a besarlo a su manera, delicadamente. Cuando se apartó tenía los labios más pálidos, solo estaban algo más sonrosados en las comisuras, pero el azul de sus ojos parecía más oscuro. Se echó en la cama y alisó la

parte que quedaba libre. Las aves marinas graznaban sobre el tejado.

—¿Qué quería el tipo de la pajarita? —preguntó Walter, que colgó la chaqueta en el pomo de la puerta, se quitó las botas pisándose los talones y las colocó junto a la pared. Las manchas de las almohadas olían a crema o a cosméticos, y del cubrecama salían plumas—. ¿Por qué te ha regalado su anillo?

Del baño, que tenía tan solo una cortina en lugar de puerta, salía un gorgoteo, y le llegaba el ruido de platos de la cocina, situada justo debajo. Ella le apartó una pelusa del pelo.

—¿Quién? ¿Freddy el
Estraperlista? Madre mía, es un caso
tristísimo —dijo—. Un borracho.
Siempre deja el anillo aquí, así al día
siguiente tiene una excusa para volver al
bar. En realidad, me corteja.

—Ah, ¿sí? —Walter contempló las
manchas de humedad del techo y los
agujeros del revoque, del que salían
briznas de paja; en un punto incluso se
veía el techado de latón y las soldaduras
oxidadas—. Seguro que es un buen
partido. Se nota que tiene dinero.

Ella empezó a desabotonarle la
camisa y le acarició el pecho.

—Sí, es un hombre de posibles. Y
muy aseado. Huele como una droguería

y habla por los codos. Dice que soy su sueño, siempre me llama *gypsy queen*. Es inglés, quiere decir «reina gitana».

—¿Y por qué le has dado calabazas?

—¿Qué sabes tú lo que le he dado? Es uno de mis muchos admiradores, amigo, y solo le he dicho que es demasiado bajo para mí. Que yo necesito a un hombre más alto. Oye, ¿siempre has tenido pelo en el pecho?

Él pegó la barbilla al cuello y miró hacia abajo.

—Ni idea. Seguramente... Contigo uno tampoco puede ser demasiado susceptible, ¿no? A lo mejor el hombre todavía pega un estirón, o tiene otros

méritos. ¿Y yo? ¿Soy lo bastante alto para ti?

Se oyó la sirena de un barco en la distancia y Elisabeth se puso colorada. Pero a lo mejor solo se lo pareció a él: el sol del atardecer se reflejaba en el espejo de cuerpo entero del armario.

—Bueno, los hay que lo son más, eso está claro... —murmuró, abriéndole la bragueta—. Caramba, pero ¿qué tenemos aquí? ¿Una auténtica cremallera? —Resiguió los dientes del cierre metálico con el reverso de la uña pintada—. En América siempre van con prisas, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.

—No sé, no he estado nunca. Aunque así uno pierde menos botones, eso seguro. —Con dedos temblorosos, le colocó un mechón detrás de la oreja. Tenía el pelo fino y parecía recién cortado—. ¿Has tenido tiempo de pensar en lo que te dije cuando te telefoneé, Liesel?

Ella abrió la boca y fingió desconcierto.

—¿Qué me dijiste? Yo solo oí «he vuelto» y un balbuceo en la línea... ¿Te refieres a esa llamada?

Walter se incorporó, la vieja cama chirrió y, cuando ella levantó la cabeza y abrió los ojos menudos, medrosa como

siempre, él distinguió la sombra de las cejas depiladas debajo del maquillaje.

—Oye —dijo—, tenía pocas monedas, encima del teléfono había un cartel en el que ponía: «¡Sé breve!» y fuera había una cola de soldados esperando... En fin, si tú lo consideras imprescindible, lo podemos hacer por la iglesia. La señora Thamling nos prestaría su vestido de boda; me lo ha enseñado y apenas huele a alcanfor. Y seguro que mi madre nos manda unos anillos. Tú y yo nos conocemos desde hace ya bastante y a lo mejor esto sale bien. Cuando estamos juntos todo es mucho más fácil, y también más bonito, no sé por qué. Lo único es que tendrías

que acompañarme a la vaquería... Le cogió la mano y durante un instante ella no dijo nada. El rizo volvió a salirse de detrás de la oreja y al final la chica cerró los ojos y suspiró profundamente.

—Caray, eso no hay quien lo supere —musitó—. Ni siquiera el estraperlista. A alguien se le tenía que ocurrir. —Parecía divertida, pero le dirigió una mirada atónita—. «Lo único es que tendrías que acompañarme a la vaquería...» ¡Dudo que a nadie le hayan hecho nunca una propuesta de matrimonio tan romántica!

Se escabulló de entre sus brazos y él se reclinó contra el cabezal de la

cama. El relieve se le clavaba en la espalda, frutas y flores de madera.

—Vale, pero ¿qué me dices?

Pero Elisabeth, con la barbilla apoyada en la mano, estaba ya ocupada otra vez con la cremallera, que iba abriendo y cerrando lentamente.

—¿Qué te digo de qué? —repuso—. ¡Qué preguntas tan idiotas! ¿Quién se casa con diecisiete años sin tener necesidad de hacerlo? Además, estoy muy contenta de vivir por fin en una ciudad. Las cosas me van bien aquí, tengo amigas, ropa y zapatos bonitos. La hija de la jefa no volvió del campo de Neuengamme y me deja usar todas sus cosas. Los domingos voy a pasear al

puerto, a ver los transatlánticos, y los marineros, con sus uniformes blancos, silban al verme pasar. ¿Y tú quieres arrastrarme otra vez al estiércol?

Él asintió, circunspecto.

—Por lo menos la granja es impecable. Muy cerca de Schleswig, fui a visitarla ayer. Treinta y cinco vacas lecheras y un toro, incluso le han dado premios. Se llama Mozart, como el cantante. Pero solo quieren emplear a una pareja de ordeñadores, para ahorrarse al mozo de cuadra, claro. — Se deslizó sobre el colchón y se arrimó a ella—. Podríamos vivir en una casita junto al campo, sin pagar alquiler, ¿sabes? Tres habitaciones ya

amuebladas, un jardín y remuneración en especie: un cerdo al año, gansos, huevos, harina... Mientras ordeñemos, mantengamos el establo en orden y llevemos la leche de la vaquería a Böklund, nadie nos dirá qué tenemos que hacer. Hay un carro de caballos para transportar las lecheras. Y en el merendero del pueblo hay baile cada sábado, con bandas diferentes. Los domingos yo me encargaría de las vacas y tú te podrías quedar durmiendo. ¿Qué me dices?

Ella no contestó, pero al ver que él volvía a coger aire para añadir algo, chasqueó la lengua sin querer, lo agarró

por las orejas y, con los labios muy cerca de su boca, le susurró:

—Deja ya de hablar, ¿quieres?

Sus uñas afiladas se le clavaban detrás de las orejas, pero de repente sus labios parecían más mullidos, turgentes. Se sacó el vestido por encima de la cabeza y se desabrochó el sujetador mientras él se quitaba los pantalones, echado en la cama. Entonces notó los botones de las medias en los muslos, los fríos ribetes de perlas, y sus rizos negros le hicieron cosquillas en las mejillas.

—Y ahora ten cuidado... —dijo ella.

Las sombras cruzaban la habitación y se convertían en gaviotas cuando acariciaban el espejo. La cama se sacudía, el cabezal golpeaba contra la calefacción de hierro forjado y Elisabeth, con la punta de la lengua entre los labios, no cerró los ojos mientras se movía, o solo un instante, en el último momento, al tiempo que le cubría la boca a él. A continuación se echaron uno al lado del otro y contemplaron el techo mientras recuperaban el pulso normal y esperaban a que se les secara el sudor de la piel y se disipara aquella vaga tristeza para la que no tenían palabras. Poco a poco fue oscureciendo.

Durmieron casi una hora y se despertaron cuando un haz de luz de faro de la esclusa entró a través de la ventana. Elisabeth se incorporó, se desenroscó las medias y se desabrochó el cinturón color carne del liguero. La percha de la que colgaba su vestido tenía una funda de ganchillo. En el pasillo se oía el maullido de un gato que arañaba la puerta y que solo se calló cuando ella le lanzó un zapato. Entonces sacó una botella de vino medio llena de detrás de las rosas y le enseñó la etiqueta, donde venía dibujado un cura gordo.

—¿No te recuerda al viejo Hunstedt, el Bauernführer? Ese sí que era un cerdo fanático. Lo lincharon los trabajadores forzosos que tenía a su cargo. Se les partió la cuerda dos veces, tuvieron que coger un trozo de alambre.

Reprimió una carcajada. El tapón se rompió cuando intentó sacarlo y tuvo que extraer el resto con unas tijeras. Después llenó una taza de latón y se la ofreció.

—Tú primero, eres el invitado. Yo ya he tomado. Bebamos a la memoria de Fiete.

El vino era casi negro. Olía bien, pero tenía un sabor extrañamente metálico. Elisabeth se volvió a echar

junto a él, se arrimó a su hombro y le acarició el pelo del pecho, mientras miraba por la ventana con expresión soñadora. Walter bebió un poco más, pero eso no hizo sino acrecentar su sensación de que tenía la boca seca; también se notaba los dientes como anestesiados.

—Mira que desertar... —murmuró Elisabeth, como si hablara en una lengua extraña—. Qué estupidez, ¿no? ¿Por qué lo hizo, si sabía lo peligroso que era? Y pensar que siempre había sido tan listo. ¿No lo podrías haber cuidado?

Él frunció el ceño.

—¿Quién soy, su hermano mayor?

Él combatía en otra unidad.

Ella le clavó la mirada. El olor a lavanda del perfume ya casi se había evaporado.

—Desde luego, se lo advertí —añadió Walter—. Todos teníamos miedo de terminar en Siberia, haciendo trabajos forzados en algún campo de concentración. Los húngaros alemanes fingían esconder a los desertores, pero luego los delataban; la policía militar peinaba cada pajar y cada pozo. Fiete no tenía ninguna posibilidad en una llanura donde por la mañana ya ves quién llegará por la tarde. Pero no me hizo caso, él solo quería volver con su Ortrud.

Ella le acarició el brazo con dulzura.

—¿Y tú? ¿No querías volver conmigo?

A Walter se le derramó algo de vino en la clavícula y le ofreció la taza a Elisabeth.

—Yo lo que quería era resistir —respondió—. Aguantar hasta que se terminara aquella locura. Nunca estuve en el frente, apenas disparé un tiro; bueno, en realidad disparé solo uno. Vamos, que tenía muchas menos probabilidades de caer en combate que de morir fusilado por intentar fugarme.

Elisabeth se incorporó; las perlas desprendían un brillo mate y la luz de la

esclusa le iluminaba el pelo. Tenía la mirada perdida y las mejillas pálidas, y mientras bebía se le humedecieron los ojos.

—Pero ¿quién es capaz de eso? — preguntó con voz ronca—. Los que lo fusilaron, digo, ¿no eran sus camaradas, chicos como Friedrich? ¿Es que no tienen escrúpulos? ¿Disparan así, sin más?

Walter cerró un momento los ojos.

—Como si fuera tan fácil. ¿Qué otra opción te queda? U obedeces las órdenes o te niegas. Y eso equivale a una sentencia de muerte, sin honor. O disparas o ya te puedes poner en el paredón. Solo te queda un consuelo,

aunque pequeño: en una de las armas ponen siempre un cartucho sin bala, sobre todo cuando un camarada necesita creer en ello. Así, cada soldado se puede convencer de que no ha sido él quien ha matado a su compañero; es bueno para la moral.

Elisabeth dejó la taza junto al cenicero y esperó, pero él no añadió nada más. El faro de la esclusa se apagó. —Entonces, ¿estuviste ahí? —preguntó con un hilo de voz, casi susurrando—. ¿Lo viste?

Walter se rascó la barba incipiente y, tal vez debido a la súbita oscuridad, su obstinado silencio resultó mucho más audible que el que reinaba en la

habitación. Se volvieron a oír maullidos en el pasillo, pero eso no cambió nada, como tampoco lo hizo la sirena de un barco, tan próxima y tan grave que hizo temblar los cristales.

—Vi muchas cosas —dijo al final, tragando saliva—. Demasiadas, en realidad. Pero así es la guerra.

Elisabeth se enjugó los ojos. Durante un momento pareció meditar su respuesta, con el labio inferior encima del labio superior, como solía hacer cuando estaba pensativa. Aunque ya tenía el pulgar en el interruptor de la lámpara de la mesita de noche, no la encendió. Miró por la ventana: sobre la esclusa habían asomado ya las primeras

estrellas, una de las cuales era particularmente brillante. Entonces sacudió la cabeza, con un gesto breve y enérgico, como para alejar un pensamiento, sopló para apartarse un mechón de la frente y dijo en voz baja:

—Pobre chico. Se merecía algo mejor.

Walter dio otro trago de aquel vino amargo.

—Pues sí —murmuró—. Como todos.

Pero ella respiró hondo.

—Ah, no, tú no —dijo, y encendió la luz; la pantalla plisada estaba quemada en un punto donde tocaba la bombilla—. Ni hablar, jovencito. Tú ya

tienes lo mejor, o sea, ¡a mí! —Con una sonrisa, le despeinó el pelo, se inclinó hacia la mesita de noche, donde había una docena de paquetes de cigarrillos apilados, y le dio una tableta de chocolate. Mientras ella entraba en el baño, Walter se dio cuenta de que tenía una estría brillante en el muslo—. No tires el papel de plata —le dijo desde detrás de la cortina—. Los colecciono.

Sin preguntarle por qué, abrió el paquete. Tenía demasiada hambre para dejar que el Cadbury se le derritiera en la boca, así que lo masticó vorazmente, como si fuera pan. Sabía a ron y pasas, y mientras Elisabeth dejaba correr el agua para que él no la oyera hacer pis, Walter

volvió a oler la funda de la almohada y le vino un estornudo. Se sacó varios pelos rojizos de gato de entre los labios y contempló la habitación: el armario con un baúl encima, la mesita debajo de la claraboya, la estantería de la pared... Además de algunas baratijas, había también una vela y varios libros: varios volúmenes de la enciclopedia Brockhaus, *Grand Hotel*, de Vicki Baum, *Bajo las ruedas*, de Hermann Hesse, la Biblia...

En el bar sonó una campana. Elisabeth se duchó, resoplando y tiritando, y él alargó la mano y hojeó el grueso tomo encuadernado en piel. Tenía los cantos dorados pero algo

descoloridos y varias esquinas dobladas. De entre las páginas cayeron unas hojas secas y billetes de cuando la inflación de 1923, por valor de varios millones de marcos, y al pasar la mano por encima de un salmo, notó las palabras bajo las yemas de los dedos.

Nunca antes había leído la Biblia. Descifrar los caracteres germánicos le suponía cierto esfuerzo, pues el papel era tan fino que el texto de una cara se transparentaba en la otra. Algunas palabras, como «cierva» o «leviatán», no le decían nada, y a menudo solo comprendía muy vagamente el sentido de una frase. Y, sin embargo, sus giros solemnes y sus repeticiones parecían

alterarle la respiración y moverle los labios de forma casi imperceptible; bebió un trago y leyó un par de versículos del Génesis con el mismo tono con el que solía hablar, y el eco de su voz resonó en la taza, como si alguien los leyera con él.

Elisabeth se asomó detrás de la cortina.

—¿Qué dices?

Pero él no respondió, marcó el punto donde se había quedado con la uña del pulgar y volvió a dejar la Biblia en el estante, que osciló levemente; colgaba de la pared por unos cordones de terciopelo.

—Todos esos libracos son heredados —dijo orgullosa, y se puso el camisón por la cabeza. Se había quitado los pendientes y tenía los lóbulos enrojecidos—. Antes aquí se hospedó un estudiante y luego un poeta pobre. Al parecer, la cama nunca se llegaba a enfriar. Por cierto, ¿has tenido cuidado?

—¿Cuidado de qué? —preguntó él, antes de dar otro mordisco a la tableta de chocolate; ella se encendió un cigarrillo. Tenía una arruga severa en el entrecejo, aunque su boca estrecha parecía sonreír.

—¡Ah, fantástico! Y si me quedo embarazada, ¿qué? Él se encogió de hombros.

—Pues que cogerás peso. Pero solo durante nueve meses.

—¡Caray, qué lengua tan afilada! —exclamó, y exhaló el humo hacia la lámpara—. Conquista a una y ya se cree que... Porque seguro que tú querías tener un hijo, ¿no? El... pirómano, o primógeno, o como se llame. Y luego construimos una casa, plantamos un árbol... Muy emocionante, vamos. ¿Tú no te vas a duchar?

—¿Y qué? A mí me da igual —replicó él—. También puede ser una hija. Incluso lo preferiría.

—No, no, tú quieres un hijo, sé sincero. El hijo del ordeñador... —Se sentó en la cama y le acarició el brazo

—. ¿Qué va a ser de mayor? ¿Jefe de ordeñadores? Walter le quitó el cigarrillo, dio una profunda calada y le sorprendió que no le entrara la tos.

—Me da igual lo que sea —dijo, paladeando el humo—. De todos modos, eso lo decidirá el destino, o el tiempo, o lo que sea. Por mí que sea lo que quiera, menos soldado. —Dio otra calada y la miró. A pesar de su juventud, tenía ya algunos capilares rotos en los pómulos —. Bueno, ¿qué me dices de lo de la granja, Liesel? ¿Te lo has pensado ya? No tiene por qué ser para siempre. Tarde o temprano nos sustituirán por máquinas, y entonces nos iremos a la cuenca del Ruhr, allí la gente se gana

bien la vida. Y tú volverías a estar en una ciudad. —Walter carraspeó—. Pero nos tendríamos que decidir pronto, este fin de semana es día uno. ¿Vendrás conmigo?

Del bar ya no llegaban ni música ni voces. También el ruido de platos de la cocina se había extinguido, y cuando Elisabeth apagó la lámpara, el interruptor chisporroteó de forma casi inaudible. Durante un breve instante la oscuridad fue absoluta, y ella se le acercó y le puso una mano sobre el hombro. La luna no se atisbaba a través de la ventana, pero su luz proyectaba un brillo azulado en la habitación y arrancaba trémulos destellos a los

ángulos de los muebles y al espejo, como el reflejo de un deseo casi olvidado por el cansancio. Entonces, en voz baja, Elisabeth dijo:

—Sí.

Epílogo

Cogí el tren a principios de marzo, como de costumbre, cansado tras un invierno de mucho trabajo que parecía que no fuera a terminarse nunca; agradecido por la calma de mi vagón y por el café que nos traía el servicio, me dediqué a buscar ávidamente las primeras flores en el paisaje. Pero no había ni un triste capullito, ni un tallo nuevo: saliendo de Berlín, los campos estaban yermos; los viveros, vacíos, y, vistos de cerca, los ciervos gris pardo

que yacían en las hondonadas eran piedras y sus correspondientes sombras. Las cañas de los cascajales inundados tenían un tono amarillento, el sol no alcanzaba a iluminar el agua oscura, y encima anunciaban otra vez heladas. En Magdeburgo había escarcha sobre las vías y una fina capa de nieve; cerca de Braunschweig, un banco de nubes. Y, aun así, el íntimo deseo de que llegara la primavera daba un matiz verde a los abedules pelados del horizonte.

Si no me decidía a prorrogar el alquiler, iban a desmantelar la tumba de mis padres. Hasta entonces se había encargado de ella una tía, la hermana de mi padre, que según la estación del año

plantaba pensamientos, begonias o brezo, y encendía una vela el Día de los Difuntos. Era una bebedora melancólica que siempre sabía dónde tenía el Jägermeister; en la familia solo quedaba ella de la generación de mis padres, y nunca había dejado que la edad ni las enfermedades ni la soledad le quitaran el humor. Una vez la había invitado al Café Kloos y en un momento dado había apartado el cigarrillo y había dicho: «Muy bueno el pastel Streusel. Me gustaría comerlo en mi entierro».

La tumba estaba a las afueras de Oberhausen, y como tenía previsto viajar a Bélgica, decidí pasar antes por la región del Ruhr. Las veces que había

depositado flores sobre la lápida se podían contar con los dedos de una mano, por lo que no estaba seguro de si debía prorrogar el alquiler. Descartada la tía Leni, que ya me había dado a entender que lo de plantar y rastrillar se le hacía cada vez más cuesta arriba, y que además quería que la enterraran junto a su marido, no me quedaban más parientes, y la mayoría de conocidos de mis padres también habían muerto ya. ¿Qué sentido tenía, pues, conservar la tumba?

Y, no obstante, algo en mi interior se resistía a dejar que la desmantelaran; superstición, acaso, el temor a alguna desgracia o una maldición muda, no lo

sabía. Había resuelto decidirlo en el cementerio. El contrato —me di cuenta por primera vez— estaba todavía firmado por mi padre, con caligrafía Sütterlin, tan en boga en su época, y trazo tembloroso por culpa del cáncer. Debajo del apellido, la fecha y el número de la tumba, había un sello rojo en el que ponía: «Fin del periodo de reposo».

Antes de llegar a Bielefeld ya nevaba, una densa ventisca que obligaba al tren a detenerse constantemente. Estaba amaneciendo cuando por fin llegué a Oberhausen. Dejé la maleta en el hotel Ruhrland y tomé un taxi, el único que esperaba delante del edificio.

—¿Adónde vamos? —preguntó el taxista, un tipo con una coleta canosa, que resolvía sudokus mientras escuchaba la radio, un *Lied* de Schubert.

—Adonde nos lleve la música, siempre —dije yo, y él apoyó las dos manos, cubiertas de anillos, en el volante y me miró por encima del hombro, con la frente arrugada y una expresión vagamente amenazante—. Al cementerio de Tackenberg —añadí, y él sonrió.

«*Fremd bin ich eingezogen, / Fremd zieh ich wieder raus...*», cantaba el tenor: «Extranjero he llegado, extranjero me voy». Unos enormes copos de nieve caían sobre el

parabrisas, pero no cuajaban sobre el asfalto de la concurrida carretera de Sterkrade, donde formaban apenas un cieno grisáceo que salpicaba al paso de las ruedas y goteaba de los carteles publicitarios. La situación cambió cuando empezamos a encaramarnos al Dicken Stein: el coche circulaba por unas roderas cada vez más profundas, hasta que la nieve húmeda empezó a crujir bajo la carrocería y el taxista maldijo en voz baja. Circulando despacio, pasamos junto al recinto deportivo, el mercado de Schätzlein y mi antiguo colegio. No había ni una sola pisada en el patio nevado, y el ave rapaz

que presidía la fuente era de plástico: su única función era espantar palomas.

La luz de las farolas entraba a través de las ventanas de los pasillos e iluminaba el interior de las aulas, donde las sombras de los copos de nieve caían sobre sillas, mesas y la pizarra limpia; siempre me había parecido que el edificio silencioso tenía un aspecto más sofocante durante las fiestas o el fin de semana que cuando había clases, tal vez porque, sin personas, aquella arquitectura rectangular y numerada revelaba su funcionalidad de manera aún más fría. Aunque a lo mejor era porque, más que cualquier cementerio, aquel lugar vacío presagiaba cómo serían las

cosas el día en que dejara de existir y atestiguaba que, de todas las cosas que uno amó y consideró importantes, apenas quedaban garabatos emborronados de números y palabras sobre una pizarra.

«Will dich im Traum nicht stören, / Wär schad um deine Ruh, / Sollst meinen Tritt nicht hören...», se oía en la radio: «No quiero turbar tu sueño, sería una pena ahora que descansas, mejor será que no oigas mis pasos...» El taxista giró por la Elpenbachstrasse, una antigua avenida de plataneros que, con sus casas de ladrillo, sus setos recortados y sus elegantes cortinas, parecía una línea en francés en medio de

un texto en alemán. Le pedí que se detuviera delante de la floristería del cementerio y le di una propina considerable para que no se marchara; si me tenía que pasar a recoger otro taxi por allí, me tocaría esperar mucho rato. Entonces me abrí paso por la nieve hasta la pequeña tienda que había junto a la puerta y compré un ramito en la ventanilla: tulipanes blancos, ramitas de pino y mimosas.

En los últimos años habían ampliado el cementerio. Habían nivelado la colina donde estaba la cruz y habían arrancado el jardín de detrás, e incluso la pequeña piscina descubierta del solar del vecino, cerrada desde que

yo era pequeño y que el último campesino que había vivido allí usaba como pasto —«No tirar pan seco, el caballo murió hace cinco años», rezaba un cartel en la casa—, formaba parte del cementerio. Todo estaba blanco; tan solo habían despejado el camino a la nueva capilla, y bajo el grueso de la nieve apenas se distinguía alguna lápida y la punta de un obelisco aquí y allá.

Me dirigí hacia el lugar que creía recordar y dejé atrás una única farola de color rojo y luz trémula, sepultada por la ventisca, pero al cabo de tres o cuatro pasos me encontré ya fuera del camino. Bajo mis zapatos la nieve crujía y crepitaba como si estuviera pisando

coronas de ramas secas. En su día la tumba estaba junto a un seto de aligustres, pero no logré distinguirla. Pasé junto a una verja cubierta de desechos —lazos negros, rojos y dorados, rosas de plástico y crisantemos marchitos colgaban de ella—, y de pronto me hundí hasta las rodillas y me tuve que agarrar a una roca.

Todo el solar estaba medio abandonado y la mina donde en su día había trabajado mi padre estaba cerrada: ya solo quedaba el castillete de extracción, negro por los cuervos que se habían posado encima. Monumentos y cruces hasta la linde del bosque y, hasta llegar allí, nada más que caminos

extraños y árboles desnudos, como esmaltados por el hielo. Con los zapatos llenos de nieve, seguí buscando, yendo de un lugar a otro; me tropecé con peldaños invisibles, me torcí el tobillo en aceras ocultas y limpié varias lápidas con las manos, desgarrándome un guante con los relieves, pero no encontré la tumba de mis padres.

Estaba oscureciendo. Bajo la capa de hielo de un estanque se oía un leve borboteo, una liebre pasó dando brincos, y supe que ya no iba a encontrarla. Volví sobre mis pasos, regresé hasta la farola roja, que humeaba levemente, y dejé el ramo a su lado. Permanecí un momento inmóvil.

Casi no hacía viento y había dejado de nevar; a lo lejos, donde el humo del escape del taxi flotaba sobre la calle, se distinguía el resplandor de la floristería, y aunque los copos caían y se acumulaban sin hacer ruido, de pronto sentí que reinaba un silencio todavía más profundo.

«Guerras, horribles guerras.»

PLATÓN

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE
queremos agradecerle el
tiempo que ha dedicado a la
lectura de *Morir en
primavera.*

Esperamos que el libro le
haya gustado y le animamos a
que, si así ha sido, lo
recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en www.facebook.com/librosdelasteroide donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias. Le esperamos.



Nota biográfica

Ralf Rothmann nació en 1953 en Schleswig y creció en la cuenca del Ruhr. Al finalizar la educación obligatoria, y tras un breve paso por la escuela de comercio, empezó a trabajar como albañil. Después de varios años en el sector de la construcción, desempeñó diferentes oficios –impresor, enfermero o cocinero, por mencionar algunos– antes de dedicarse por completo a la escritura. Vive en Berlín

desde 1976. Poeta y dramaturgo, es conocido sobre todo por sus novelas y ha recibido algunos de los premios más importantes de la literatura alemana, como el premio Heinrich Böll en 2005, el Max Frisch en 2006, el Walter Hasenclever en 2010 o el Friedrich Hölderlin en 2014. Entre sus obras más importantes destacan *Wäldernacht* (1994), *Milch und Kohle* (2000), *Junges Licht* (2004) y *Morir en primavera* (2014).

* Organización encargada de la producción y distribución agrícola del Reich. (*N. del T.*)

* «Un amigo, un buen amigo...» (*N. del T.*)

* «Pero eso no asusta a un marinero.»
(*N. del T.*)

* Formación de élite de las Waffen-SS, concebida inicialmente como la guardia personal de Adolf Hitler pero que terminó combatiendo como unidad blindada especial en muchos escenarios bélicos durante la segunda guerra mundial. *(N. del T.)*

* «Cómprate un globo de colores.» (*N. del T.*)

* «Por una noche de pura felicidad.» (*N. del T.*)

* Milicia popular creada en los últimos días de la Alemania nazi bajo las órdenes de Joseph Goebbels, para la que se reclutaron forzosamente a todos los hombres de entre dieciséis y sesenta años. (*N. del T.*)

* «El país de tus estrellas.» (*N. del T.*)

* «Todavía no se acabó el mundo...» (*N. del T.*)

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Morir en primavera*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

La bandera invisible, Peter Bamm

Hogueras en la llanura, Shohei Ooka

La agonía de Francia, Manuel Chaves
Nogales